EJERCICIOS ESPIRITUALES 2016

Nuevo itinerario de Comunión y Servicio de O.A.L.A.

Ministerio de Comunidades y Servicio de Salud
OALA

INTRODUCCIÓN

Estimados Hermanos:

Para este año como aún estamos en la ETAPA DEL VER del "Nuevo Itinerario de Comunión y Servicio", etapa que culminará en Adviento de 2016, año de la misericordia, queremos seguir haciendo eco en nuestras comunidades de lo que fue el año dedicado a la Vida Consagrada. Por lo cual, como Equipo de Animación Continental, junto al Asistente General de la Orden para América Latina y El Caribe, a la Directiva y al Secretario General de OALA, reunidos en Cusco (Perú) el 8 y 9 de Abril de 2015, hemos querido fundamentar los temas del retiro 2016: A PROPÓSITO DEL AÑO DE LA VIDA CONSAGRADA.

COMO TEXTOS BASE HEMOS QUERIDO COLOCAR:

DEL PAPA FRANCISCO:
LA CARTA APOSTÓLICA: "TESTIGOS DE LA ALEGRÍA".
LA EXHORTACIÓN APOSTÓLICA: "EVANGELII GAUDIUM".
LA BULA DEL JUBILEO DE LA MISERICORDIA: "MISERICORDIAE VULTUS".
Y LA CARTA ENCÍCLICA: "LAUDATO SÍ".

DE LA CONGREGACIÓN PARA LOS INSTITUTOS DE VIDA CONSAGRADA Y LAS SOCIEDADES DE VIDA APOSTÓLICA: LOS DOCUMENTOS "ALEGRAOS" Y "ESCRUTAD".

Además de estos textos base, los temas a reflexionar, han sido actualizados, complementados y enriquecidos, por cada uno de los hermanos que los trabajó, teniendo como telón de fondo la Sagrada Escritura; nuestra Regla y Constituciones; las Prioridades del reciente Capítulo General Ordinario de nuestra Orden; El Documento Espíritu Nuevo; la Carta del Prior General con motivo de la Celebración del año de la Vida Consagrada; los Documentos de las Conferencias del Episcopado Latinoamericano: Puebla, Santo Domingo, Aparecida; y la Encíclica Lumen Fidei; más los textos de San Agustín y otros autores actuales, según lo haya requerido la elaboración de cada uno de estos valiosos temas.

Agradecemos a todos los Hermanos que colaboraron en la confección de cada uno de los temas de los Ejercicios Espirituales 2016, a quienes mencionamos a continuación: Fray Jimmy Mogrovejo, Fray Miguel Ángel Keller, Fray Francisco Galende, Fray José Ignacio Busta, Fray Paulo López, Fray Miguel Pastor, Fray Javier Pinto, Fray Yuliano Viveros, Fray Rafael Baltasar Torres y Fray Juan Carlos Ayala.

Estos diez temas son para una semana de retiro, comenzando (como ya es costumbre en muchas de nuestras Circunscripciones de América Latina y El Caribe) el día Lunes al medio día y terminando el viernes también por el medio día. Hemos querido introducir en el Programa del

Retiro para este año 2016, como momento de desierto para la reflexión personal, el Apéndice del Tema 3 (Que ira en archivo anexo al final del Texto de estos Ejercicios Espirituales 2016).

Los temas, por lo tanto, se pueden distribuir de la siguiente manera:

- Lunes: Por la tarde: Tema 1
- Martes: Por la mañana: Temas 2 y 3. Por la tarde: Tema 4.
- Miércoles: Por la mañana: Tema 5 y 6. Por la tarde: Desierto Personal: Apéndice Tema 3.
- Jueves: Por la mañana: Temas 7 y 8. Por la tarde tema 9.
- Viernes: Por la mañana: Tema 10.

Se recomienda también, rezar todos los días la oración por la revitalización de Nuestra Orden en América Latina y El Caribe. Esta ha sido presentada por estrofas para que pueda ser rezada, en común, a dos coros. De aquí deriva su extensión: fue creada para ser rezada en comunidad.

Deseándoles que el Señor acompañe con su Espíritu Santo a cada una de las Circunscripciones de Nuestra Orden de San Agustín presentes en los diferentes países de América Latina y El Caribe, les entregamos estos Ejercicios Espirituales 2016 como un aporte que nos ayude a mirar nuestra propia identidad de Consagrados.

Dios quiera que, al ir concluyendo la etapa del ver, estas reflexiones sobre nuestra identidad a partir de nuestra consagración religiosa nos posibiliten renovar nuestra vida a la luz de lo que nos pide el Espíritu de Dios para estos tiempos, y a ir dejando nuestras comodidades y seguridades, como lo pide el Papa Francisco, para abrirnos hacia nuevas fronteras con una Renovada Visión sobre Nuestro Trabajo Pastoral que nos permita redefinir nuestra presencia en este continente como Consagrados, como Discípulos y Misioneros de Jesucristo, como obreros de la construcción del Reino de Dios y como testigos de un estilo de vida que busca, según la espiritualidad de San Agustín, la Santidad personal y Comunitaria.

Que Nuestra Señora Madre del Buen Consejo, Nuestro Padre San Agustín y Nuestra Madre Santa Mónica, intercedan delante de Dios Padre, en nombre de Jesús, por todos y cada uno de nosotros.

EQUIPO DE ANIMACIÓN CONTINENTAL (EAC).

ÍNDICE

TEMA 1:

MIRAR EL PASADO CON GRATITUD,
Pág. 6

TEMA 2:

VIVIR EL PRESENTE CON PASIÓN,
Pág. 10.

TEMA 3:

ABRAZAR EL FUTURO CON ESPERANZA,
EXPECTATIVAS: QUE SE ESPERA.
Pág. 17

TEMA 4:

QUE VIVAMOS CON ALEGRÍA:
ALEGRAOS, REGOCIJAOS, LLENAOS DE ALEGRÍA (ALEGRAOS).
Pág. 24

TEMA 5:

QUE LOGREMOS DESPERTAR AL MUNDO,
Pág. 34

TEMA 6:

QUE SEAMOS EXPERTOS EN COMUNIÓN,
Pág. 39

TEMA 7:

QUE SALGAMOS DE NOSOTROS MISMOS PARA IR A LAS PERIFERIAS EXISTENCIALES
(CAPÍTULO PRIMERO DE EVANGELII GAUDIUM),
Pág. 48

TEMA 8:

QUE NOS PREGUNTEMOS LO QUE DIOS Y LA HUMANIDAD DE HOY NOS PIDEN: CONSOLAD,
CONSOLAD A MI PUEBLO (ALEGRAOS. MISERICORDIAE VULTUS),
Pág. 55

TEMA 9:
A LA ESCUCHA: COMO GUÍADOS POR LA NUBE. MEMORIA VIVA DEL ÉXODO. ALEGRÍAS Y CANSANCIOS DEL CAMINO (ESCRUTAD),
Pág.64

TEMA 10:
A LA ESCUCHA: EL MODELO BÍBLICO: EL PROFETA ELÍAS. LA PROFECÍA DE LA VIDA CONFORME AL EVANGELIO, LA PROFECÍA DE LA VIGILANCIA Y LA PROFECÍA DE LA MEDIACIÓN (ESCRUTAD. LAUDATO SÍ),
Pág.72

ANEXO PARA LA LECTURA PERSONAL: TEMA 3 *(APÉNDICE),*
Pág. 90

ORACIÓN POR LA REVITALIZACIÓN*,*
Pág.97

TEMA 1:

MIRAR EL PASADO CON GRATITUD.

Desde los principios de la Iglesia hubo hombres y mujeres que se propusieron seguir a Cristo (P.C. 1) entre estos hombres esta Nuestro Padre Agustín al llamarnos a que habitéis unánimes en la casa (cf. Sal 67,7) y tengáis una sola alma y un solo corazón (Hch 4,32) en camino hacia Dios. (Regla 3) como norma de vida y en para seguir al mismo Señor.

La historia, al evocarnos el pasado, nos ha enseña constantemente, al estudiarla, que los seres humanos en mucho nos hemos equivocamos, y en ello la Iglesia también ha caído.

Desde el inicio de la vida cristiana, el mismo Apóstol tuvo ya inconvenientes con el naciente cristianismo (cf 1Cor, 11,17ss) en la forma en se estaba pervirtiendo la Cena del Señor.

Agustín, al inicio de su ideal monacal, a semejanza del Primitiva comunidad Cristiana, junto a otros hombres con el mismo ideal que él, de afanarse en el estudio profundo de las Sagradas Escrituras, tuvo al igual inconvenientes. En su tiempo corrigió también a ciertos religiosos que no querían integrarse completamente al trabajo que nos atañe, la construcción del Reino de Dios, en las labores materiales, que es, el Anuncio a los demás del Evangelio a todos los seres (CF. Ope. Mon.).

En nuestra Orden, ya mendicante del siglo XII, a lo largo de los más de siete siglos de existencia
Ha encontrado al igual momentos de altos y bajos, pero subsiste aún, por el deseo mismo de aferrarse a Dios en cada una de las tareas, al servicio de la Iglesia, que realizamos.

A ello nuestra Orden en América Latina ha inicia, hace ya varios años atrás, un proceso de renovación de estos ideales que no propone el mismo Agustín, para llegar a Dios: La oración; la vida común; la vida de estudio; y, el trabajo pastoral o servicio al Pueblo de Dios.

Cada vez que leemos la historia, sea de la Iglesia, nuestra Orden o nuestras Circunscripciones, debe ser un llamado a nosotros a comprenderla desde su momento, allí buscó responder a las situaciones reales, como lo hizo Pablo, como lo hizo Agustín, como lo hace nuestra Orden según la realidad que vivimos.

LAS SAGRADAS ESCRITURAS

Las Santas Escrituras nos relata en las Historias Sagradas, momentos que son trascendentales para vivir nuestra identidad de hijos de Dios. Hay momentos que nos parecen malos, por sus actos, pero conservan en ellos el mismo Plan Divino de Salvación, tales son los ejemplos:

- José, hijo de Jacob, como la envidia de sus hermanos los lleva a cometer un acto en contra de Dios, sin embargo de ese dolor de José, que en su momento no lo entendió, luego el mismo se convirtió en la herramienta para el Pueblo elegido de Dios no desaparezca durante los siete años de escasez. (Cf Gen. 37.42)

- Moisés y su triste historia de ser abandonado en las aguas y luego él mismo se convierte en el hombre que guía nuevamente al Pueblo de Dios para ser salvado de la Esclavitud (Cf Ex 2-3.13)
- Los Reyes, Saúl, David y Salomón. Hombres que agradaron a Dios pero sus pecados los separó de la perfección, la ambición de Saúl (Cf. 1 Sam 15), el deseo de David (Cf. 1Sam 11); pero aún en ellos Dios, ayudó al Pueblo a vencer en las guerras que amenazaban su subsistencia.
- Los Profetas, cada uno de ellos hablando en nombre de Dios, aunque siempre juzgados como malos por decir la verdad al Pueblo. Incluso condenados a morir en la misma Jerusalén (Cf. Jer7,25ss; 25,4-6; Mt 23, 37; 21, 3; Lc 13, 34)
- Jesús. Nuestro Señor mismo, en el sufrimiento de Cruz nos recuerda, que para ser merecedor del Reino es necesario aceptar la Historia como gesto de la misma Voluntad Divina, Dios no se equivoca.
- Los Apóstoles. En Pedro y Pablo vemos el ejemplo claro. Pedro a pesar de estar con el mismo Dios, lo niega 3 veces (Mt 26, 31-35, 69-75; Mc 14,27-31, 66-72; Lc 22,31-34; 54-62; Jn 13,36-38, 18,25-27), pero luego de la Resurrección, la vida nueva, él le profesa su amor 3 veces (Jn 21, 15-19); se reconcilia con Jesús es Cristo. Pablo, conocemos su historia un hombre asesino de cristianos que luego es elegido de Dios como Apóstol de Jesucristo (Cf Hch 9).

El pasado siempre, aunque no perfecto a los ojos de los hombres, para Dios ha sido perfecto.

LA VIDA RELIGIOSA

Siendo la vida religiosa un modo de seguir al Señor de manera especial, de modo profético. Teniendo que ser hombre y mujeres capaces de despertar el mundo. La Iglesia cada día nos instruye y nos invita a ser esos testigos fieles a Jesucristo en su mismo ser.

La Iglesia en el Concilio Vaticano II nos recuerda a buscar y amar a Dios sobre todas las cosas que nos amó primero (Cf Col 3,3) de donde dimana y se estimula el amor del prójimo para la salvación del mundo y la edificación de la Iglesia cada cosa que hacemos nos debe guiar al amor mismo de Dios que se manifiesta en la Iglesia, es decir, los hermanos.

Los religiosos no somos protagonistas de la Historia sino que hacemos presente a Jesucristo, tal como María Santísima que siempre nos indicó hagan lo que Él les diga (Jn 2,5) nuestro. Cada cosa pasa por algo que Dios mismo quiere que vivamos.

La vida religiosa, sin duda alguna ha tenido muchos traspiés en el caminar del tiempo. Pero, sin embargo, la meta sigue clara, ser semejantes a Jesucristo: casto, pobre y obediente. Las distintas formas de vivir estas virtudes fueron cambiando desde sus inicios con los Padres del Desierto hasta nuestros días, con las Órdenes Religiosas y las diversas Comunidades.

Las distintas formas llevaron a muchos de los fundadores a proponer sus Reglas o normas por las que se debe guiar la vida personal para formar la comunidad y así llegar a ser la Comunidad, Iglesia, Cuerpo de Jesucristo, cuya Cabeza es Él mismo.

Cada forma y cada grupo ha tenido a lo largo del pasado, en su historia, tropiezos, pero ellos han contribuido a ver como las cosas ocurren para algo. Aprender de la Historia es aprender del pasado que nos invita a ver la acción del Espíritu Santo que está en constante movimiento.

La vida religiosa está al Servicio de los hermanos, al servicio de la Iglesia, a los demás y a los mismos hermanos de nuestra Comunidad Religiosa. Nosotros, cómo al Espíritu Santo, debemos estar al servicio de los demás y del Pueblo Santo de Dios sin perder la paciencia.

NUESTRA ORDEN

La Orden de Ermitaños de San Agustín, así llamados hasta el Capítulo Extraordinario de Villanova en 1968, también ha incurrido en momentos difíciles, porque hombre soy. Entre los hombres vivo y nada de lo humano me es ajeno (Epist. 78, 8). Nuestros Padres mayores nos han mostrado en cada momento de nuestra historia, el ideal mismo que Agustín nos predica para llegar a Dios. En el Vitas Fratrum del beato Jordan de Sajonia, las tradiciones de nuestra Orden en todas aquellas personas virtuosas que viviendo el ideal de Agustín, en cuyo final estará siempre el encuentro con Jesucristo. Sus enseñanzas y hasta sus pecados, nos enseñan cómo buscar ser alter Christus.

El Papa Francisco en el día del inicio de nuestro Capitulo General Ordinario nos recuerda ¿qué inquietudes nos invita a suscitar y a mantener vivas en nuestra vida este gran hombre y santo? Propongo tres: la inquietud de la búsqueda espiritual, la inquietud del encuentro con Dios, la inquietud del amor. Cada Inquietud ¿la hemos vivido o no?

Agustín, el hombre inquieto, cada día de su vida, suspiraba con esa inquietud de encontrar al Señor. Pero ello tuvo un pasado, un pasado de debilidad, de pecado, de desaciertos, con los que seguro ofendió a Dios; pero el Dios amor, ese Padre misericordioso, todo se lo perdonó, ¿Por qué? Porque pidió perdón y se dejó amar. Amar y ser amado (Conf. 1,1) era su deseo y ello lo alcanzó en el mismo Dios.

Ese mismo hombre de que hoy conocemos virtuoso, fue pecador, débil. Es decir, tuvo un pasado, pasado con el cual no lo maldice, sino que nos lo presenta en el libro de las Confesiones, como enfermedad, enfermedad que sólo Dios en lo infinito de su amor nos puede curar cuando te acercas, te dejas envolver de el mismo Dios que dijo: de las Tinieblas brille la luz (2 Cor 4, 6).

CONCLUSIÓN

La historia, el pasado siempre nos traerá nostalgia, para algunos agradable o lo contrario, pero cuando recordamos que es Dios mismo el autor de nuestra vida y recordando las palabras del mismo Jesucristo "No se haga mi voluntad, sino la tuya, Padre" (Lc 22, 42).

La historia siempre es parte de la Voluntad de Dios que nos instruye y enseña a ser mejores cada día, pero mejores según el Evangelio, no según nuestra conveniencia.

Nuestra vida religiosa es también testimonio. Con ellos mostramos a los demás que Dios es quien nos ha elegido, nosotros en nuestra humanidad, no somos dignos de la vida religiosa que vivimos hoy, sin embargo, el mismo Dios nos ha elegido para ser luz para los demás, ser sal de la tierra, tierra que es la misma naturaleza del ser humano, tierra somos, a la tierra volveremos (Gen 3, 19)

A nosotros, los religiosos, se nos invita a ver en la figura de la Virgen Madre, el ideal de cómo debemos ser. La fuente misma del encuentro con Dios es nuestra Oración. Cuidar de no caer, como

lo llama el Papa Francisco, Alzheimer Espiritual , no olvidarnos de donde nos trajo Dios y que quiere ahora de nosotros.

PREGUNTAS:
¿ENTIENDO LA HISTORIA QUE HE VIVIDO HASTA HOY COMO VOLUNTAD DE DIOS?
¿ME SIENTO ELEGIDO COMO RELIGIOSOS AGUSTINO POR SER MEJOR? (1Sam 16, 1-13)
¿RECUERDO QUIEN SOY Y DE DONDE ME TRAJO EL SEÑOR PARA SERVIRLO EN LA NUESTRA ORDEN Y A AL PUEBLO DE DIOS?

BIBLIOGRAFIA

- Brouwer, Desclée de, Biblia de Jerusalén, Bilbao, 2009
- Documentos Completos del Concilio Vaticano II, Edit. San Pablo, 9° reimpresión, Bogotá, Colombia, 2006.
- Sajonia, Jordán de, VITAS FRATRUM, O.A.L.A., Iquitos, Perú, 2014
- AA. VV. Literatura Patrística, Diccionarios San Pablo, España, 2010.
- O.A.L.A., ESPÍRITU NUEVO, Iquito, Perú, 2011.
- Discurso del Papa Francisco a los Religiosos, Religiosas, Sacerdotes y Seminaristas del Ecuador, Quinche, Quito, Ecuador, el 8 de Julio de 2015.
- Homilía del Santo Padre Francisco, en la Santa Misa de Apertura del Capítulo General de la Orden de San Agustín, Basílica romana de los santos Trifón y Agustín, Roma, Italia, Miércoles 28 de agosto de 2013.

TEMA 2:

VIVIR EL PRESENTE CON PASIÓN

Hablar sobre el pasado es relativamente fácil: hay documentos y libros, recuerdos y testimonios, relatos de familia y memorias de las instituciones…El valor de hablar del pasado se basa en su rico aporte de experiencias, sabiduría y modelos; "la historia es maestra de la vida". Pero también tiene su peligro: pensar que "todo tiempo pasado fue mejor", perder la perspectiva histórica de futuro, anclarse en el tradicionalismo y el inmovilismo.

Hablar sobre el futuro en cambio es más difícil, incluso podría decirse que es arriesgado: nadie sabe lo que va a pasar, las mejores previsiones y proyectos pueden terminar como el "cuento de la lechera…Pero tiene su importancia y su valor hablar del futuro: nos abre horizontes y nos da esperanza, nos lanza a la aventura, nos impide improvisar o ser víctimas de las circunstancias. Claro que también es peligroso si nos convierte en ilusos soñadores y nos impide poner los pies en la tierra; todos conocemos quizás a especialistas en el Vaticano III que ni siquiera han leído (y menos aún puesto en práctica, por supuesto) el Vaticano II…

¿Y hablar del presente? Es igualmente difícil, desde luego, como señala Agustín ya al final de sus Confesiones, y tiene también el peligro de que "los árboles no nos dejen ver el bosque", pero sin duda es necesario y fascinante. La sabiduría clásica lo asegura y exige: age quod agis (haz lo que haces), carpe diem (aprovecha el momento presente); vivir el HOY y el AQUÍ es igualmente una de las características de la cultura actual.

Desde esta perspectiva vamos a acoger y profundizar el llamado de Francisco en el Año de la Vida consagrada a VIVIR EL PRESENTE CON PASIÓN.

VIVIR

La publicidad es realmente un arte, que nos sorprende por su creatividad y capacidad de seducción. Posiblemente alguno de Ustedes recordará un spot publicitario que ya hace años protagonizó una campaña de propaganda de la famosa Coca-Cola: la chispa de la vida. Ese era el lema que se repetía y cantaba con una música muy pegadiza, mientras se proyectaban una serie de imágenes que expresaban de diversa forma la "chispa", la fuerza y la alegría de la vida: una catarata de agua en un frondoso monte, un deportista sudoroso y feliz después de su victoria, una pareja de jóvenes enamorados, un hermoso y risueño bebé… Era un anuncio tan conocido y repetido en la TV que todo el mundo sabía la musiquilla de la chispa de la vida. Hasta en una ocasión, el sacerdote que estaba dando una charla a una comunidad religiosa se refirió a ella, e invitó a reflexionar en su significado y a pensar otras escenas o imágenes que podrían haberse utilizado también para la famosa propaganda. Surgieron varias, pero a nadie se le ocurrió decir: una escena de frailes o monjas o comunidades religiosas…Y la charla terminó con una pregunta maliciosa: ¿por qué será?, ¿habremos perdido la chispa de la vida o seremos incapaces de vivirla o al menos de expresarla?

Nuestro Dios es el Dios de la vida; Jesús, el camino, la verdad y la vida; Él vino para darnos vida y vida en abundancia; esa es también la misión de la su Iglesia, como señala y analiza el Documento de Aparecida. La vida es el mayor don de Dios al ser humano: la vida cristiana es vida o no es nada, la fe no se tiene sino que se vive. Y la vida religiosa no es tampoco nada si no es vida: vida humana, vida cristiana, vida de fe, vida en comunión, vida…con toda la plenitud y la riqueza de la chispa de la vida, la alegría del evangelio.

La regla y constituciones, nuestro carisma y nuestras estructuras, nuestra profesión y nuestros votos…Todo tiene sentido cuando es fuente y expresión de vida humana y cristiana. Entonces nos sentimos realizados y felices; de lo contrario estaremos siempre vacíos y frustrados. Seremos tristes sepulcros farisaicos, como decía Jesús, o creyentes con cara de funeral, como dice Francisco. Vale la pena pensarlo, y pensar desde esta perspectiva en nuestra experiencia personal y en nuestra capacidad de atracción o testimonio vocacional.

Pero sobre todo vale la pena vivirlo, vivir la alegría del Evangelio. "La pregunta que hemos de planearnos en este año [de la vida consagrada] es si, y como, nos dejamos interpelar por el Evangelio; si éste es realmente el 'vademecum' para la vida cotidiana y para las opciones que estamos llamados a tomar. El Evangelio es exigente y requiere ser vivido con radicalidad y sinceridad. No basta leerlo (aunque la lectura y el estudio siguen siendo de extrema importancia), no es suficiente meditarlo (y lo hacemos con alegría todos los días). Jesús nos pide ponerlo en práctica, vivir sus palabras"(Francisco, Carta apostólica a todos los consagrados, 21-XI-2014, n.2)

EL PRESENTE

Karl Barth, clásico teólogo protestante poco sospechoso de modernismos, afirmaba que un creyente debe leer todos los días la Biblia y el periódico. Dios, que nos ha hablado en su Palabra y más plenamente en Jesucristo, nos sigue hablando hoy. La realidad y la historia son lugares teológicos, lugares de encuentro con Dios, que nos interpela a vivir el Evangelio hoy y aquí, y a testimoniarlo de forma adecuada e inteligible para el hombre y la cultura actual.

Es el reto que nos plantean los "signos de los tiempos", expresión puesta en labios de Jesús en el Evangelio (Mt. 16, 1-4; Mc. 8, 12; Mc 13, 1-23; Lc. 12, 54 – 56), como una invitación a la perspicacia y atención constante al Reino de Dios. El señorío de Dios sobre la historia significa que los seres humanos están llamados a responderle a Dios en la historia misma, es decir, con la fe como respuesta a la revelación, y así se contribuye a hacer posible su señorío (reinado de Dios). Dios nos confía el sentido de la historia y lo pone en nuestras manos. Dios se comunica a través de muchos canales, o medios humanos, no se reduce a la Sagrada Escritura, sino también, a través del Espíritu, se hace presente en diversos signos y manifestaciones de todos los tiempos, que se constituyen en lugares de encuentro entre Dios y el ser humano.

Pero es el Concilio Vaticano II el que profundiza en la teología de los signos de los tiempos (la teología del presente, podríamos decir). La Gaudium et Spes aparecerá, en el contexto del Vaticano II, como una Constitución de carácter pastoral que buscará clarificar la actitud y respuesta pastoral de la Iglesia en el mundo contemporáneo. Gaudium et Spes abordará el concepto de los "signos de los tiempos" como aquellos acontecimientos de la sociedad moderna de la época más relevantes y que nos plantean no sólo un mundo en proceso de cambios acelerados en todos los

ámbitos del desarrollo humano (la ciencia y tecnología, la familia, la cultura, la sociedad, la economía, la política, la paz, etc.), sino también anuncios de esperanza para un cambio y compromiso posible en los seres humanos y la construcción de una mejor sociedad.

El concepto "signo de los tiempos" no se presentará como una salida a las diversas problemáticas actuales, ni tampoco el documento pretenderá ser un recetario de soluciones a los distintos desafíos del mundo moderno. Los "signos de los tiempos" serán abordados por la Gaudium et Spes como preguntas que plantea el mundo actual, a las que hay que buscar respuestas a la luz del evangelio, y que nos ayudan a tener un mejor acercamiento a los designios profundos del corazón de Dios. Esta expresión novedosa para la teología trajo consigo un proceso de renovación teológica para la Iglesia, que se verá reflejado en el período postconciliar, particularmente en la reflexión eclesial de la Iglesia latinoamericana con el aporte novedoso del pobre como "signo de los tiempos".

Pero en cualquier contexto y en cualquier reflexión teológico-pastoral, conocer y escrutar los signos de los tiempos es fundamental "para que (la Iglesia) pueda responder en modo acomodado a cada generación, a los perennes interrogantes del hombre sobre el sentido de la vida presente y de la futura y sobre su mutua relación" (GS. 4). De lo contrario, tendremos que dar por buena aquella irónica definición de un libro de teología (o una homilía…) como un texto que da respuestas muy profundas y razonadas a unas preguntas que hoy nadie se hace…O renunciaremos en la práctica a toda posibilidad de renovación, conversión y actualización para seguir encerrados en nuestra rutina teórica y pastoral, anclados en el pasado e ignorantes del presente, lejos de la humanidad y la historia reales. Es decir, todo lo contrario de lo que expresaba el Vaticano II al decir que "Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo… La Iglesia por ello se siente íntima y realmente solidaria del género humano y de su historia" (GS. 1). El método teológico-pastoral 'ver, juzgar, actuar' tiene ese objetivo y parte de esa convicción.

Entre los signos más relevantes de nuestro actual siglo XXI, se pueden mencionar:

- La proliferación de movimientos migratorios, sobre todo de países del tercer mundo hacia el primer mundo.
- El fenómeno del terrorismo, el nuevo enemigo del orden establecido por las sociedades del primer mundo (como antes se consideraban el comunismo y los movimientos de insurgencia en el tercer mundo).
- Los fundamentalismos religiosos, que, inspirados muchas veces, en convicciones fanatizadas, sirven de motivación intrínseca para los movimientos terroristas.
- El consumismo exacerbado de los países capitalistas. Tienen como estereotipo de vida plena, el consumir por consumir, es decir, la comodidad que provoca el llenarse de productos suntuarios, muchas veces innecesarios, generando un modelo de sociedad superficial y "plástica", en otras palabras, a lo que se le ha empezado a llamar la vida "light". Este comportamiento consumista, de los países del primer mundo, penetra los valores de las culturas tercermundistas, a través de influencias comerciales, hasta tal punto, que llega a sustituir lo que era "típico" y "tradicional" en el pueblo, por lo no tradicional y moderno de la "aldea global"

- La globalización, muy unida el fenómeno del consumismo, y que representa la corriente del mundo actual, a la que ninguna nación puede darle la espalda, por correr el riesgo de "autoaislarse".
- Los adelantos tecnológicos de los medios de comunicación y redes sociales, de enorme impacto cultural.
- El tema de género, como un signo positivo de madurez en la humanidad, hacia el papel que debe desempeñar la mujer en la sociedad. Esto desemboca en movimientos feministas que también han empezado a cuestionar las estructuras de la Iglesia y su postura doctrinal.
- El diálogo interreligioso entre todos los sectores religiosos, más allá de las fronteras del cristianismo. Este diálogo, podría constituirse la llave para contrarrestar un eventual fundamentalismo religioso.
- El surgimiento de gobiernos de izquierda central o moderada o de corte social demócrata, tanto en países desarrollados como tercermundistas, lo cual representa la búsqueda constante de la humanidad de la forma de organización política más ideal, que beneficie a la humanidad entera, particularmente los más necesitados y urgidos de condiciones dignas de vida.

No es este el lugar para profundizar más en el tema, del que Francisco hizo una buena síntesis recientemente (homilía 23 de octubre 2015):
"Los tiempos cambian y nosotros los cristianos debemos cambiar continuamente", con libertad y en la verdad de la fe. Lo afirmó el Papa Francisco, y reflexionó sobre el discernimiento que la Iglesia debe hacer viendo los "signos de los tiempos", sin ceder a la comodidad del conformismo, sino dejándose inspirar por la oración.

Los tiempos hacen lo que deben: cambian. Y los cristianos deben hacer lo que quiere Cristo, a saber: evaluar los tiempos y cambiar con ellos, permaneciendo "firmes en la verdad del Evangelio". Lo que no se admite es el tranquilo conformismo que, de hecho, hace que permanezcamos inmóviles.

Sabiduría cristiana

Inspirándose en un pasaje de la Carta de San Pablo a los Romanos, el Santo Padre explicó que el Apóstol predica con "mucha fuerza la libertad que nos ha salvado del pecado". Mientras el Evangelio relata que Jesús habla de los "signos de los tiempos" definiendo hipócritas a quienes saben comprenderlos pero no hacen lo mismo con el tiempo del Hijo del Hombre. Dios nos ha creado libres y "para tener esta libertad – afirmó el Papa – debemos abrirnos a la fuerza del Espíritu y entender bien qué cosa sucede dentro y fuera de nosotros", usando el "discernimiento":
"Tenemos esta libertad para juzgar lo que sucede fuera de nosotros. Pero para juzgar debemos conocer bien lo que sucede fuera de nosotros. ¿Y cómo se puede hacer esto? ¿Cómo se puede hacer esto, que la Iglesia llama 'discernir los signos de los tiempos'? Los tiempos cambian. Es precisamente de la sabiduría cristiana conocer estos cambios, conocer los diversos tiempos y conocer los signos de los tiempos. Lo que significa una cosa y lo que significa otra cosa. Y hacer esto sin miedo, con libertad".

Silencio, reflexión y oración

El Papa reconoció que no es una cosa "fácil", porque son demasiados los condicionamientos externos que también afectan a los cristianos induciendo a muchos a un más cómodo "no hacer":
"Este es un trabajo que nosotros no solemos hacer: nos conformamos, nos tranquilizamos con 'me han dicho, he oído, la gente dice, he leído…'. Así estamos tranquilos… ¿Pero cuál es la verdad? ¿Cuál es el mensaje que el Señor quiere darme con aquel signo de los tiempos? Para entender los signos de los tiempos, ante todo es necesario el silencio: hacer silencio y observar. Y después reflexionar dentro de nosotros. Un ejemplo: ¿por qué hay tantas guerras ahora? ¿Por qué ha sucedido algo? Y rezar… Silencio, reflexión y oración. Sólo así podremos comprender los signos de los tiempos, y qué cosa quiere decirnos Jesús".

Libres en la verdad del Evangelio

Y comprender los signos de los tiempos no es un trabajo exclusivo de una élite cultural. Jesús -recordó Francisco -no dice "miren cómo hacen los universitarios, miren cómo hacen los doctores, miren cómo hacen los intelectuales…". Y subrayó que Jesús habla a los campesinos que, "en su sencillez" saben "distinguir el trigo de la cizaña":
"Los tiempos cambian y nosotros los cristianos debemos cambiar continuamente. Debemos cambiar firmes en la fe en Jesucristo, firmes en la verdad del Evangelio, pero nuestra actitud debe moverse continuamente según los signos de los tiempos. Somos libres. Somos libres por el don de la libertad que nos ha dado Jesucristo. Pero nuestro trabajo es mirar qué cosa sucede dentro de nosotros, discernir nuestros sentimientos, nuestros pensamientos; y ver qué cosa sucede fuera de nosotros y discernir los signos de los tiempos. Con el silencio, con la reflexión y con la oración".

CON PASIÓN

Es decir -para expresarlo pronto y claro desde el principio- con AMOR. El amor que nos hace imagen y semejanza del Padre Dios, que es el mandamiento de Jesús y el distintivo de sus discípulos, el don primordial del Espíritu Santo a su Iglesia, el sentido profundo del carisma agustiniano y la única posibilidad de unir almas y corazones en Dios. "Si no tengo amor, no soy nada": clave de la vida humana, cristiana, religiosa y agustiniana.

En noviembre de 2004 se celebró en Roma el I Congreso Internacional de la Vida Consagrada, con participación de 865 religiosos/as de todo el mundo, previamente preparado a partir de un Documento de trabajo significativamente titulado "Pasión por Cristo, pasión por la humanidad". Sus conclusiones presentan la vida consagrada actual guiada por el Espíritu tras las huellas de la samaritana y el Samaritano, en alusión a los dos textos bíblicos que sirvieron de icono e hilo conductor: Jn 4, 4-43 (Jesús y la samaritana) y Lc 10,25-37 (el buen samaritano).

PASIÓN POR CRISTO, sed de Dios, es el aprendizaje y el seguimiento a los que estamos invitados desde la figura de la samaritana. Ella que, sedienta y con su cántaro vacío, se encontró con Jesús de Nazaret, se asombró de que le pidiera de beber y se dejó fascinar por su interpelación: ¡si conocieras el don de Dios! Ella que no puso ningún obstáculo a la acción del Señor, le descubrió los secretos de su vida, aprendió que hay una sed que sólo Él podía saciar. Ella que descubrió el Amor y que, cautivada y enamorada, se convirtió en testigo y misionera. Y que quizás nos puede ayudar

(como Jesús hizo con ella) a redescubrir el amor auténtico que está -¿o solamente estuvo?- en el origen de nuestra vocación, y esa sed que no puede saciar ninguno de nuestros "maridos", esos con los que estamos casados o nos vamos casando cuando se nos seca el corazón y el voto de castidad es ya más carga que compromiso de amor:

- el marido del conformismo (¿para qué cambiar? Lo sensato es acomodarnos a lo que hay, no hay remedio para nuestra situación).
- el marido del consumismo (cada vez más cómodos e instalados, lejos de los pobres y de toda capacidad de entrega y renuncia)
- el marido del individualismo (insensibles a Dios y los demás, encerrados en nosotros mismos).
- el marido pseudoterapeuta (todo se explica psicológicamente, no hay libertad ni lugar para la trascendencia).
- el marido secularista (falta de experiencia de fe y encuentro con el Señor, liturgias fosilizadas, abandono de la oración).
- el marido espiritualista (santuarios, sacralizaciones, falsos misticismos sin relación con la vida ni compromisos de ningún tipo).
- el marido idolátrico (culto a las leyes, los medios e instrumentos, las instituciones, los ritos, que ocupan el lugar que sólo corresponde al Señor).
- el marido de los mil quehaceres (activismo, búsqueda de protagonismo y éxito personal con disfraz de celo apostólico...)

PASIÓN POR LA HUMANIDAD, por el ser humano herido y sufriente, es el aprendizaje y el seguimiento a los que estamos invitados desde la parábola y la figura del buen samaritano. Que, quizás, nos sugiere en primer lugar que somos los "medio muertos" al borde del camino (vida religiosa mortecina, nos han robado la alegría, nos sentimos en crisis y abandonados…) que hoy necesitamos urgentemente el vino y el aceite que sólo Jesús puede darnos para sanar nuestras heridas y nuestra fragilidad, si nos dejamos llevar por él a la posada de su intimidad y su Iglesia. Y que nos sugiere también ayudar, cuidar, sanar desde nuestra pobreza (el samaritano no era seguramente muy rico ni poderoso, quizás un simple comerciante) pero con misericordia y generosidad al ser humano caído, a los que sufren, a los pueblos necesitados.

La parábola del buen samaritano es un paradigma del modo de mirar con compasión y misericordia entrañable propia de Dios, puesto en práctica por Jesús de Nazaret, y clave por eso de la actitud auténticamente cristiana. La compasión o misericordia entrañable implica ser sensible al sufrimiento y necesidad de los demás, compartirlos, sentirlos como propios, ponerse de parte de quienes son víctimas de una situación inhumana y deshumanizadora (pobreza, marginación, sufrimiento, injusticia, cualquier otra manifestación del mal...), actuar eficaz y generosamente para ayudarlos. Es lo que hizo el samaritano. Es la fraternidad real, sin la que nada valen la piedad vacía ni la preocupación por la ley y la oración del sacerdote y el levita. Es realmente cristiano quien mira al mundo así, "con ojos de buen samaritano", y adopta esa actitud. Una actitud que no se improvisa fácilmente ni puede darse por supuesta. Nace de la auténtica experiencia cristiana que, desde la comunión con Jesucristo, acepta una opción sincera y decidida "por el Reino de Dios y su justicia" (Lc 12,31; Mt 6,33), que en verdad ilumina y transforma toda la existencia, que se encarna realmente y con todas las consecuencias en los distintos aspectos de la vida real, que se manifiesta en actitudes y acciones coherentes y eficaces.

Pasión por Cristo y pasión por la humanidad, una vida religiosa samaritana (sed de Dios) y buen samaritano (misericordiosa con la humanidad), enamorada de Jesucristo y del ser humano. Es la misma propuesta de Francisco, y no está por supuesto lejos del ideal agustiniano:

"Jesús, hemos de preguntarnos aún, ¿es realmente el primero y único amor, como nos hemos propuesto cuando profesamos nuestros votos? Sólo si es así podemos y debemos amar en la verdad y la misericordia a toda persona que encontramos en nuestro camino, porque habremos aprendido de Él lo que es el amor y cómo amar: sabremos amar porque tendremos su mismo corazón…[Desde el carisma de nuestros fundadores y fundadoras] la fantasía de la caridad no ha conocido límites y ha sido capaz de abrir innumerables sendas para llevar el aliento del Evangelio a los más diversos ámbitos de la sociedad…

Nuestros ministerios, nuestras obras, nuestras presencias, ¿responden a lo que el Espíritu ha pedido a nuestros fundadores, son adecuados para abordar su finalidad en la sociedad y en la Iglesia de hoy? ¿Hay algo que hemos de cambiar? ¿Tenemos la misma pasión por nuestro pueblo, somos cercanos a él hasta compartir sus penas y alegrías, así como para comprender sus necesidades y poder ofrecer nuestra contribución para responder a ellas?...

Vivir el presente con pasión es hacerse 'expertos en comunión', testigos y artífices de aquel 'proyecto de comunión' que constituye la cima de la historia del hombre según Dios. En una sociedad del enfrentamiento, de difícil convivencia entre las diferentes culturas, de la prepotencia con los más débiles, de las desigualdades, estamos llamados a ofrecer un modelo concreto de comunidad que, a través del reconocimiento de la dignidad de cada persona y del compartir el don que cada uno lleva consigo, permite vivir en relaciones fraternas" (Carta Apostólica a los Consagrados, n.2)

PARA LA REFLEXIÓN Y EL DIÁLOGO:

1. ¿Crees que como personas y como comunidad somos un modelo de vida plena y con sentido? ¿En que sí y en qué no? ¿Por qué?
2. ¿Qué signos de los tiempos más importantes puedes señalar en tu realidad? ¿Qué interpelación puedes descubrir en ellos?
3. Agustín era una persona apasionada, para él era muy importante el corazón, y un corazón inquieto. ¿Estaría de acuerdo con nuestra forma de vivir hoy? ¿En que sí y en qué no? ¿Por qué?
4. Señala tres cambios personales y/o comunitarios que te parezcan importantes para poder realmente vivir el presente con pasión.

TEMA 3:

ABRAZAR EL FUTURO CON ESPERANZA.

OBJETIVO: Sembrar hoy lo que anhelamos cosechar mañana.

I. UNA MIRADA A LA REALIDAD

Los Documentos de la Iglesia, desde el Vaticano II, Puebla y Aparecida, hasta los de los últimos Papas: La Perfectae Caritatis de Juan Pablo II, Testigos de la Alegría, Evangelii Gaudium, Laudato Si, del Papa Francisco, han dedicado particular atención a la Vida Consagrada, considerándola de vital importancia para la vida de la Iglesia.

En ellos se nos habla de la urgencia de una triple mirada:

- Mirada al presente: Tanto del Mundo en que vivimos, como de la propia Vida Religiosa.
- Mirada a los orígenes de la propia Congregación, para revitalizar el Carisma que nos define.
- Mirada al futuro: Para redefinir el Faro, o ideal, que ilumina y orienta el rumbo de nuestra vida, personal y colectiva.

Tres miradas que han de armonizarse entre sí. Una de las notas que definen nuestra época, según notables sociólogos, es el "inmediatismo": La tendencia, muy generalizada, a centrar la propia vida en el presente, en lo de hoy, en lo moderno, en lo que está de moda; sin que importe para nada el pasado y el futuro, que supuestamente no existen, y por ello, son simples ficciones, imaginaciones o espejismos. Lo único real es el presente.

En tal visión de cosas, hemos clasificado a los seres humanos en conservadores y liberales; tradicionalistas e innovadores; anticuados y modernos, con la consiguiente confrontación entre unos y otros y manifiesta irrisión hacia los primeros.

Estamos aquí ante una de esas "medias verdades", que se convierten fácilmente en una trampa. Es cierto que sólo en el presente tenemos la vida en nuestras manos. Pero en el presente somos dueños también de nuestro pasado y futuro. El pasado ha acuñado, en cada uno, una experiencia, unas tendencias, unos hábitos, que siguen rigiendo la propia vida, consciente o inconscientemente. El alcohólico, el drogadicto, el sexópata, lo son hoy, porque en su pasado se entregaron sin control a la bebida, las drogas y el sexo. Similarmente, la persona honesta, bienhechora, y dueña de sí misma, lo es porque está cosechando hoy lo que su buena educación sembró ayer. Para el que sabe mirarse honestamente a sí mismo, el pasado es una ilustrada universidad de aprendizaje.

Tampoco es literalmente verdadero que el futuro no existe, porque no ha llegado. El futuro define nuestras Metas; y esas metas son determinantes en la vivencia de nuestro presente. Pasado, presente y futuro, constituyen un todo inseparable. Son las necesarias coordinadas para ubicar correctamente la propia existencia: <De dónde vengo-Para qué estoy-Adónde voy>. Y la propia vida queda dislocada en cualquiera de los tres encerramientos: En las simples añoranzas del pasado; en las satisfacciones del presente, o en los sueños de un futuro ilusorio.

Vive en plenitud la existencia el individuo o sociedad que centra sus anhelos, como el campesino en su trabajo:

- Limpiar la maleza que el pasado ha dejado en su heredad.
- Seguir cultivando, mejorando y cosechando los frutos heredados.
- Sembrar hoy lo que se anhela cosechar mañana. Hacer nueva y selecta siembra, que algún día disfrutará, en gozosa cosecha. "Lo que el hombre siembre, eso cosechará" (Gal. 6,7)

II. EL PRESENTE: ESPEJO LUMINOSO DE LA CALIDAD DE NUESTRO PASADO Y DE LA META FINAL QUE AUGURA.

La Realidad de lo que somos y del Mundo en que vivimos, nos presenta paradojas, no fáciles de entender:

- Ha disminuido la natalidad y las familias numerosas y, por ello, también las vocaciones religiosas. Sin embargo, ha crecido notablemente la Población Mundial, y también el número de Creyentes Católicos. Según estadísticas oficiales, en el año 1975, la población mundial era de 4.068.109.000 individuos. En el año 2015 ha alcanzado los 7.376.471.981.
- De manera similar, en el año 2003 el número de creyentes católicos era 1.085.557.000; en el año 2012 habían subido a 1.195.671.000. Sin embargo, el número religiosos de la mayoría de las Congregaciones Religiosas, ha descendido notablemente. Centrándonos en nuestra Propia Orden. Veamos:

Número de Religiosos Agustinos de Votos Solemnes, en los últimos 30 años.

1964	1969	1974	1979	1984	1989	1994
3.701						
	3.574					
		3.397				
			3.161			
				3.021		
					2.791	
						2.622
	-127	-177	-236-	-140	-230	-169-

En síntesis: En los últimos 30 años, el número de religiosos de nuestra Orden, disminuyó en 1.079 religiosos.

III. TENDENCIAS DE FUTURO EN LA ORDEN EN A. L.

Analizando el discurso del P. General en la apertura del Encuentro Hipona, encontramos algunos datos de nuestra realidad que merecen especial atención y que nos marcan algunas tendencias de futuro para los Agustinos de América Latina.

1. Tendencia a pequeñas comunidades.

Actualmente ya no hay grandes comunidades, como había en 1963, particularmente en los colegios. Hay una tendencia a conformar pequeñas comunidades, debido por una parte a la reducción del número total de religiosos y por otra, para acentuar el rol de familia que debe tener la comunidad. Han disminuido los religiosos que han venido del primer mundo y han aumentado los nativos. La leve disminución del número total de religiosos en A. L. se debe, principalmente, a la disminución de religiosos europeos, porque el número de religiosos latinos ha aumentado. Un dato importante es que en 1963 había religiosos nativos sólo en 8 circunscripciones. Actualmente tenemos religiosos nativos en 18 circunscripciones. Aunque alguna Provincia Latinoamericana ha disminuido de número (Chile y Quito), otras circunscripciones han aumentado.

2. Inquietud para la necesaria revitalización espiritual.

Se busca la Santidad Comunitaria de acuerdo al objetivo general elaborado por la asamblea de SS. MM. en Hipona en 1996: "promover en la Iglesia, inmersa en la sociedad, un dinamismo de conversión y renovación permanentes por el testimonio de Santidad Comunitaria de la Orden en América Latina".

3. Mayor conciencia sobre la realidad social.

Hoy nuestros religiosos son más conscientes de las exigencias de la realidad de A. L., aunque no siempre se traduzca esa conciencia en acciones concretas o en opciones eficaces de solidaridad y compromiso personal y comunitario.

4. Escucha más atenta de la voz de la Iglesia.

Es precisamente la Iglesia Latinoamericana la que nos insta a un compromiso con los pobres: Opción por los Pobres (no exclusiva ni excluyente), recomendada en Puebla, Medellín y Santo Domingo. La Opción por los Pobres es una exigencia teológica y religiosa de nuestra pertenencia a la Iglesia. No es algo puramente sociológico, aunque algunos sectores dentro de la Iglesia hayan tendido a interpretarlo de este modo. La Iglesia Latinoamericana nos llama a vivir y testimoniar la comunión y la participación. Lo que exige, además de la Opción por los Pobres, comprometernos en la Opción por los Jóvenes y con el proceso de la Inculturación del Evangelio.

5. Mayor interés por la promoción de vocaciones y su formación.

Hoy la mayoría de las circunscripciones latinoamericanas está promoviendo programas de Promoción Vocacional y esforzándose por poner al día la formación de sus candidatos de acuerdo a la Ratio Institutionis.

6. Mayor diálogo y colaboración dentro de la Orden.

Como fruto de los apartados anteriores ha aumentado significativamente el diálogo y la colaboración dentro de la Orden. La conciencia de una necesaria revitalización espiritual, la apertura al mundo de los pobres según el llamado de la Iglesia, ha aproximado posturas y ha

abierto nuevos caminos de colaboración. De hecho, el Capítulo General de 1995 nos ha instado a la renovación espiritual y comunitaria. Pero ha dirigido también, junto con el Capítulo General precedente, una invitación muy insistente a la "Colaboración", que ha sido una de las palabras clave. En este punto estamos recogiendo frutos muy positivos en algunas áreas geográficas. Latinoamérica ofrece un amplio campo para la colaboración por la unidad de propósitos. A ello nos invita también el factor lingüístico. Es posible fomentar la colaboración dentro de cada área lingüística e incluso superando la barrera de las lenguas castellana y portuguesa, ya que se trata de un obstáculo fácilmente superable por la cercanía de ambas.

IV. EL CARISMA DE NUESTRO ORDEN Y SU FUTURO

A. LA AMISTAD

El carisma, heredado de Agustín, es el que define a nuestra Orden; su fuerza vital y garantía de futuro de la misma. Y ese carisma céntrico que marcó toda la vida de Agustín fue la AMISTAD, Y declara: "Sin mis amigos, no podía sentirme feliz… Yo los amaba desinteresadamente y me sentía amado por ellos con el mismo desinterés" (Conf. IV, 16-26). Desde su adolescencia, dondequiera que estuvo se rodeó rápidamente de amigos. La referencia a ellos, Agustín es repetitiva en sus escritos:

- "Después de la muerte de mi amigo, me admiraba de que los demás mortales viviesen, pues había muerto aquel a quien yo amaba como si no hubiese de morir, y más me maravillaba de que habiendo muerto él, viviera yo, que era otro él". (Conf. IV, 6,11).
- La verdadera amistad no se fundamenta en intereses temporales, sino en el amor gratuito. (Car 155,1).
- Se es libre cuando se es amigo. (CESJ 41,11).
- No podrás ser amigo de nadie, si no quieres para él lo bueno. (DLA Y, 12 ,25)
- Tanto más se amigan los hombres entre sí cuanto más comunes son las cosas que aman (Sol. 1, 13,22).
- La mayor consolación en medio de las agitaciones y penalidades de la sociedad humana es la fidelidad y el amor de los buenos amigos (De ciu. Dei, 9,8).
- Ama de verdad a su amigo quien ama a Dios en él (Serm. 336, 2,2).
- La verdadera amistad no tiene precio. Es gratuita (Epist. 155,1).

La identidad y comunión entre los amigos fue tan consistente, que, incluso antes de la Conversión de Agustín, que abordaron el proyecto de vivir juntos en la misma casa, compartiendo todos sus bienes. Proyecto que se frustró porque varios de ellos tenían esposa y familia.

Es significativo que, cuando al fin, Agustín da el paso a su Fe Cristiana, arrastra consigo a buena parte de sus amigos. Y es con estos amigos con los que funda su primera Comunidad de Vida Consagrada, en su propio pueblo natal, Tagaste. Y ante la pregunta: "¿Para qué quieres vivir con tus amigos que tanto amas?" Agustín responde: "Para buscar, en amistosa concordia, el CONOCIMINTO DE DIOS Y EL ALMA" (Sol. I, 12, 20). En el mismo sentido, al redactar su Regla Monástica, la iniciará diciendo: "Lo primero para lo que os reunís en comunidad es para tener una sola alma y un solo corazón hacia Dios" (Regla, I,3).

Para Agustín, el amor de amistad supera la calidad de todos los demás amores, paterno, materno, filial, fraterno y demás: Cuando una hija afirma que su madre es su mejor amiga, o un hermano declara que su mejor amigo es su hermano mayor, todos entendemos la excelente relación que viven, más allá de la maternidad o la fraternidad.

Pero, tras su Conversión, Agustín inicia un itinerario espiritual que amplía su carisma en dos calificaciones fundamentales:

B. LA INTERIORIDAD

Ya convertido a la Fe, Agustín hace un análisis de su pasado, en el que buscó satisfacer sus anhelos de felicidad en simples exterioridades, con repetidas frustraciones. Y, a la luz del Mensaje Evangélico, decide cambiar sus rumbos y se dijo: "No quieras derramarte fuera; entra dentro de ti mismo, porque en el HOMBRE INTERIOR reside la verdad. Y, si hallares que tu naturaleza es mudable, TRASCIÉNDETE A TI MISMO. Mas no olvides que, al remontarte sobre las cimas de tu ser, te elevas sobre tu alma, dotada de RAZÓN. Encamina, pues, tus pasos allí donde la LUZ DE LA RAZÓN se enciende. Pues, ¿dónde arriba todo buen pensador sino a la verdad? La cual no se descubre a si misma mediante el DISCURSO, sino es más bien la meta de toda dialéctica racional. Mírala como la armonía superior posible, y vive en conformidad con ella. Confiesa que tú no eres la Verdad, pues ella no se busca a sí misma, mientras tú le diste alcance por la investigación, no recorriendo espacios, sino con el AFECTO ESPIRITUAL, a fin de que EL HOMBRE INTERIOR concuerde con su huésped, no con la fruición carnal, sino con subidísimo deleite espiritual". (De Vera Rel.XXXIX,72)

Y, recordando su pasado, se lamenta: "Tarde te amé, oh Hermosura siempre antigua y siempre nueva; tarde te amé. Yo, Señor, andaba fuera, y por fuera te buscaba. Y he aquí que Tú estabas dentro, más interior a mí mismo que yo mismo". (Conf.III,6,11). En efecto, Dios no es una Exterioridad más, sin el que define nuestro propio misterio interior. Ciertamente, estamos rodeados de "milagros" reveladores de Dios: Hasta la más pequeña planta, que brota de una pequeña semilla, se desarrolla en hojas, flores y frutos, y se reproduce por sí mismo, es un "milagro" que supera todas las capacidades humanas. Pero la creación eminente de Dios es el ser humano, dotado de un "espíritu", a imagen y semejanza de Dios, con la luz de una conciencia que discierne el bien y el mal; una creatividad transformadora y servidora y un amor unificante, a través del cual Dios mismo irradia su propia Inteligencia, Creatividad y Amor, en íntima Alianza con el hombre.

Agustín nos diseña ampliamente el ITINERARIO ESPIRITUAL para alcanzar ese Centro nuclear que define al "alguien" que somos en unión íntima con Dios, más allá del cuerpo de carne, que es "algo" que tenemos para hacer el camino de esta vida.

- "Dentro del corazón soy lo que soy" (Conf. 10, 3,4)
- Nuestra morada es nuestro corazón; allí es donde se sufren las consecuencias de la mala conciencia, y allí disfrutamos del descanso, cuando nuestra conciencia es buena. (In ps. 35,5).

- “Cuántas riquezas atesora el hombre en su interior! Pero ¿de qué le sirven si no se sondea e investiga a sí mismo? (In Ps. 76, 9).
- EI fin de nuestro bien es llegar y unirnos para siempre al sumo bien. (Cart. 155,12).

C. “LIBRES BAJO LA GRACIA.

Otra característica que define el Carisma de Agustín, íntimamente ligada a la amistad y la interioridad, es la “Libertad bajo la gracia”. Implica el pleno señorío sobre nuestra carne, con sus instintos y apetencias, que derivan más bien hacia el libertinaje. La verdadera libertad define nuestra autenticidad: “Nadie es bueno en su interior, si actúa por la fuerza, aunque sea bueno lo que hace" (Conf.XII, 9).

Modernamente, se ha promovido la libertad con énfasis en los “derechos humanos individuales”, con frecuencia con abierta marginación de los “deberes sociales”. Para Agustín la verdadera libertad es inseparable del Amor: "La ley de la libertad es la ley del amor"(Ep.167, 19).Es el amor el que nos libera verdaderamente de nuestros esclavizantes egoísmos.

Por ello, Agustín amonesta, en su Regla Monástica: “Que Dios os conceda observar todas estas cosas movidos por la caridad, como enamorados de la belleza espiritual, y exhalando en vuestro trato el buen olor de Cristo; no como siervos bajo el peso de la ley, sino como personas libres movidos por la gracia"(Reg.VIII,48). “La verdadera libertad consiste en la alegría del bien obrar” (Ench. 30,9)

V. LOS SIGNOS DE LOS TIEMPOS

El Vaticano II, en la “Gaudium et Spes”, dedica amplias páginas a este importante tema. Entiende como “Signos de los tiempos” los nuevos rumbos que ha ido emprendiendo la historia humana, concretamente, las realidades sociales, políticas, religiosas y culturales del mundo y de la Iglesia. Signos, señales o llamadas que implican desafíos para la Iglesia y sus creyentes. Por supuesto, ni todo en estos Signos es positivo, no todo negatividades. Tampoco en el pasado, incluso en la Iglesia misma, todo fue verdaderamente evangélico; lo que exige una nueva actitud de la Iglesia para encarnar el Evangelio en los nuevos tiempos.

Por ejemplo, en una larga etapa histórica, el Papado y los políticos, emperadores y reyes, unieron sus poderes para imponer sus mutuos intereses, y los reyes participaron en la elección de obispos y aun del Papa; en la Inquisición y en las guerras religiosas. La Gaudium et Spes expone con claridad la verdadera naturaleza de la autonomía de las cosas terrenas y subraya que lo profano, o secularidad, tiene sus valores intrínsecos que el hombre tiene que conocer, ordenar y utilizar. El Concilio quiere exponer con claridad y brevedad la justa autonomía de la que deben gozar las realidades terrenas ante la Iglesia y la religión. Ni la indiferencia a los valores de las realidades terrenas, ni la vinculación absoluta debe ser la actitud de la Iglesia, sino una postura de amor y servicio hacia las realidades terrenas.

Particularmente relevante ha sido la Confrontación y mutua condena entre Religiones o Confesiones Cristianas. Y el Concilio amonesta a sustituir tal confrontación por el Diálogo fraterno

abriendo paso a un sano Ecumenismo. San Agustín lo justificaba ya diciendo: “No hay doctrina falsa que no oculte un mensaje de verdad". (Qu.Ev.II, 40,2)."El Verbo baña a todos con su rocío". (Serm.4, 31). "En medio de los paganos hay hijos de la Iglesia, y dentro de la Iglesia hay falsos cristianos". (De Civ. Dei, I, 35, título). "El cristiano bueno y verdadero ha de entender que la verdad, dondequiera que se encuentre, pertenece a su Señor"(DOC.II, 19,28).

Sin embargo, cuando hablamos de la Modernidad, no faltan en ella negatividades, frente a las cuales la Iglesia necesita ejercer su Misión Protética. Y uno de esos desafíos es el “Contagio” de los mismos creyentes: Se ha comentado repetidamente que no faltan Religiosos excesivamente secularizados, más admiradores de los rumbos de la Secularidad que las actitudes de la Iglesia.

La Gaudium et Spes concreta los “signos de los tiempos” hoy más relevantes y cuál debe ser la respuesta evangélica de la Iglesia a ellos. Los Documentos de Medellín y Puebla entendieron que “los pobres” son un “signo privilegiado” de nuestro tiempo, y la respuesta creativa de la Iglesia latinoamericana ha sido el énfasis preferencial en una “Iglesia de los pobres”.

PREGUNTAS PARA EL DIÁLOGO

1.- ¿Cuáles son las deficiencias en nuestras Comunidades que obstaculizan un futuro mejor para nuestra Orden?

2.- ¿Qué lo que más aprecian y admiran quienes nos conocen: A determinados religiosos, o a la Comunidad de que forman parte?

3.- ¿En qué medida nuestro ejemplo personal y comunitario deja entrever a los cercanos el Carisma que define a los Agustinos?

4.- ¿Cuáles habrán de ser las tres deficiencias más determinantes, por las que habríamos de emprender la revitalización de nuestra Orden?

TEMA 4:

EL AMOR SE GOZA EN LA VERDAD (1COR 13,6)
EL EVANGELIO COMO FUENTE DE LA VERDADERA ALEGRÍA

En este Año de la Vida Consagrada hemos recibido la invitación a alegrarnos. Digámoslo de una forma más clara: el Papa Francisco, desde los primeros momentos de su pontificado, ha hecho a toda la Iglesia una invitación a redescubrir la alegría como una clave de la vida cristiana. Basta, sólo por mencionar un dato al azar, recordar que la primera encíclica de su Magisterio lleva por nombre Evangelii Gaudium, es decir, la alegría del Evangelio. Hace falta transmitir esta alegría en nuestro mundo, pues si somos capaces de manifestar una sincera alegría en lo que somos y hacemos en el apostolado, no habrá testimonio vocacional más fuerte ni predicación más elocuente de la belleza del Evangelio.

Es por ello que estas líneas quisieran recordar, más allá de promover el motivo por el Santo Padre propone el valor de la alegría a todo el Pueblo de Dios, algunas reflexiones que nos ayuden a conectarnos con las fuentes de la alegría cristiana. Porque, dicho sea de paso, cualquier género de alegría no es necesariamente un indicador decisivo de felicidad. ¿No nos damos acaso cuenta que, en los comerciales televisivos, todo el mundo sonríe? Y, sin embargo, muchos países de Occidente ya están a estas alturas sacando cuentas, no siempre muy alegres, de cómo la fantasía de felicidad materialista está llegando a su fin y haciendo desaparecer, según esta mentalidad, las "sonrisas" de la gente.

¿Por qué, entonces, alegrarse? ¿De dónde proviene el coraje para proponer la alegría, a menudo en situaciones de dolor, de depresión, de estrechez económica, que arrastran a nuestros prójimos a la tristeza? ¿De dónde sacar el coraje para transitar nosotros mismos por los valles oscuros de nuestra humanidad, confiando en que hay más allá fuentes tranquilas y verdes praderas (cf. Sal 23, 2-4)? Dicho en otras palabras ¿Creemos seriamente que la alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús? ¿Estamos convencidos de que quienes se dejan salvar por Él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento? ¿Podemos dar testimonio cierto de que con Jesucristo siempre nace y renace la alegría?

Nacen estas reflexiones a partir de preguntas que parecen tan obvias que parecen estar fuera de lugar. En primer lugar, porque se supone que nosotros somos los hombres de Dios, y no debiéramos estar haciéndonos preguntas tan básicas; en segundo lugar, porque al hablar de la alegría como testimonio, al hablar sobre estos temas puede existir la tentación de pensarlo todo en tercera persona: mi acción pastoral es porque ellos lo necesitan; leo la Biblia porque debo preparar una homilía para ellos; y un largo etcétera que pone en peligro nuestra vocación cuando no hay nada que preparar, o hacer, y de este modo -especialmente en vacaciones-, nuestra oración declina y nuestra vida espiritual se declina, porque no la comprendo como espacio para el diálogo gratuito con Dios, sino como un hacer en vista de. Reducir las fuentes de mi vocación a un mero funcionalismo es muy injusto, como también desaprovechar los ejercicios espirituales pensando en cómo debo hacer mejor las cosas... más que pensar en el hacer, es preciso reflexionar cómo ser mejor. Y esto requiere el diálogo orante y silencioso con el Dios que encuentro en el silencio, en la Palabra y en los sacramentos. Sólo así podré reconocerme como soy delante de Dios; sólo así

podrá hacerse realidad la oración de Agustín en el libro X de las Confesiones: Que yo te conozca, conocedor mío, que yo te conozca como tú me conoces, Virtud de mi alma, entra en ella y ajústala a ti, para que la tengas y poseas sin mancha ni arruga (Conf. X, 1,1).

Por ello, preguntémonos: ¿Es aún cierto que podría afirmar con mi vida entera, como en los tiempos de mi amor primero, que si me olvido de ti, Jerusalén, que se me seque la mano derecha (Sal 137, 5)?

1. La alegría verdadera nace del encuentro con Dios.

Recordemos ante todo que en la palabra de Dios, la alegría nace sobre todo como el indicio de la cercanía de Dios y el regocijo por la obra de sus manos (Alegraos, 2). La obra más grande que Dios ha cumplido por su pueblo es la salvación. Dios está continuamente salvando a su pueblo, desde la salvación operada en la liberación de la tiranía del Faraón, pasando por el regreso a la tierra prometida luego del destierro en el siglo VI antes de Cristo, hasta la liberación del pecado y de la muerte realizada a través de la Muerte y Resurrección del Señor Jesucristo.

En toda la historia, traspasada y marcada por el signo de la misericordia de Dios, surge la invitación a la alegría y a la alabanza; es decir, la llamada de Dios a la salvación se hace gratitud por el bien recibido y alegría por la certeza que Dios se hace presente en la existencia completa del pueblo y de cada persona. Sin exagerar, la acción de Dios invita a celebrarla, a hacerla liturgia, en que se hace memoria de la vida y se cimienta la existencia del hombre.

Desde esta perspectiva, permitámonos comprender algunas expresiones que hallamos en los salmos, a modo de lectio divina, si se quiere, acompañados del oportuno comentario de San Agustín. ¿Qué nos enseñan los salmos sobre la alegría? Digamos que ésta es el producto del encuentro con Dios y la certeza de sus obras en bien de su pueblo: Cuando el Señor cambió la suerte de Sión, nos parecía soñar: la boca se nos llenaba de risas, la lengua de cantares. Hasta los gentiles decían: «El Señor ha estado grande con ellos». El Señor ha estado grande con nosotros, y estamos alegres (Sal 125, 1-3). Alegría que halla su culmen, en la experiencia del creyente, al descubrir que Dios nunca abandona y que el sentido más profundo de su existencia creatural proviene de Dios como fuente de la vida. Este descubrimiento no sólo es capaz de generar en el alma del creyente un sentimiento momentáneo de alegría, sino que tiene el poder (el Espíritu Santo) de transformar por entero la existencia de quien se ha encontrado con Dios. La alegría, por tanto, es el indicio de algo más profundo: es la huella de la presencia de Dios mismo en la persona de quien le ha abierto su vida entera. No en vano el apóstol Pablo presenta la alegría dentro de los frutos del Espíritu en la carta a los Gálatas:

Por el contrario, el fruto del Espíritu es: amor, alegría y paz, magnanimidad, afabilidad, bondad y confianza, mansedumbre y temperancia.

Notemos algo más: todos los frutos del Espíritu trascienden el ámbito de los meros sentimientos o la emoción de algo que nos embarga por momentos, ya que el Espíritu nos capacita a vivir la vida desde la perspectiva de la misericordia de Dios, que con su gracia Dios está continuamente sosteniendo nuestra vida:

Tú socorres a hombres y animales; ¡qué inapreciable es tu misericordia, oh Dios!, los humanos se acogen a la sombra de tus alas; se nutren de lo sabroso de tu casa, les das a beber del torrente de tus delicias, porque en ti está la fuente viva, y tu luz nos hace ver la luz.

En el salmo 37, aquel que reniega de esa fuente, es llamado en el Salmo "el malvado" (Sal 35,2): no teme a Dios, manifestándolo en sus acciones desviadas, y no cree que Dios pueda estar tan cerca del hombre, al contrario del creyente, que su fe le hace tocar a Dios con el corazón. Pierde el tesoro que le permitiría, en palabras de Agustín:

Tocar con el corazón: he aquí en qué consiste el creer. En efecto, también aquella mujer que tocó la orla lo tocó con el corazón, porque creyó. Además, él sintió a la que lo tocaba y no sentía a la multitud que lo apretujaba. Alguien me ha tocado-dice el Señor-; me tocó, creyó en mí. Y los discípulos, al no entender lo que significaba ese me tocó, le dijeron: La multitud te apretuja y dices: ¿Quién me ha tocado? ¿No sé yo lo que digo con estas palabras: Alguien me ha tocado? La multitud apretuja, la fe toca. Suba, pues, Cristo para nosotros y toquémosle creyendo que es el Hijo de Dios, eterno y coeterno a él; que existe no desde que nació de la virgen María, sino desde siempre.

El malvado no toca a Dios, ni se deja tocar, porque no cree sinceramente que Dios sea capaz de hacerlo. Otros dioses resuenan con mayor fuerza en su corazón. Por esto, no tiene sentido para él ni la sensatez, ni el bien, gastando su vida -y sus noches, como sugiere el salmo- acostado, meditando el crimen, sin rechazar la maldad.

Hay momentos en que como creyentes debemos hacer un enorme esfuerzo para no dejarnos abatir por las situaciones de la vida, que parecen quitarnos la alegría de la fe y simplemente, como si de una cachetada se tratara, ante nuestros ojos vemos cómo prosperan quienes cometen injusticia y hacen el mal. Dice el salmo 72:

Entonces, ¿para qué he limpiado yo mi corazón y he lavado en la inocencia mis manos? ¿Para qué aguanto yo todo el día y me corrijo cada mañana? Si yo dijera: "Voy a hablar con ellos", renegaría de la estirpe de tus hijos. Meditaba yo para entenderlo, porque me resultaba muy difícil; hasta que entré en el misterio de Dios, y comprendí el destino de ellos.

Agustín se pregunta lo mismo, ante esta cruda realidad. Comentando este salmo, dice:
¡Claro que es una gran labor conocer cómo se preocupa Dios de las cosas humanas, siendo así que les va bien a los malos y los buenos sufren! Esto es algo muy difícil; por eso dice que es laborioso para mí. Como si una muralla se hubiera levantado ante mí. Pero aquí tienes un salmo que te habla: Fiado en mi Dios asalto la muralla. Esto es laborioso para mí. Dices bien que esto es laborioso para mí. Pero ante Dios no hay cansancio. Ponte ante Dios, para quien no hay trabajo, y tampoco tú lo sentirás. Él hizo esto mismo, puesto que explica hasta cuándo sintió la fatiga: Hasta que entre en el santuario de Dios y comprenda las últimas realidades. ¡Grande cosa ésta, hermanos! Por mucho tiempo, dice, me estoy esforzando, y se abre ante mi presencia un esfuerzo casi inenarrable, esperando conocer cómo Dios es justo y se ocupa de las cosas humanas, y no es injusto porque los pecadores y delincuentes gocen de felicidad en la tierra, y los que sirven a Dios estén, en cambio, casi siempre rodeados de tentaciones y de fatigas. Conocer esto es un gran trabajo, pero hasta que entre en el santuario del Señor. Y una vez que hayas entrado, ¿qué ayuda recibirás para poder aclarar la cuestión? Comprenderé, dice, sus últimas realidades, no las del

presente. Yo, dice, en el santuario de Dios, dirijo la mirada al final; no me preocupa el presente. Todo esto que llamamos género humano, toda esta masa de mortalidad, ha de ser juzgada, ha de ser pesada en la balanza. Allí se pesarán las obras de los hombres. Ahora todo está como envuelto entre nubes, pero Dios conoce los méritos de cada hombre. Y comprenderé, dice, el final, pero no por mí, porque para mí es trabajoso. ¿Cómo comprenderé el final? Entrando en el santuario de Dios. Allí entendió, y, también, por qué ahora estos otros (malvados) son felices.

Es laborioso, dice Agustín, recuperar la lozanía de la fe en las situaciones de cuestionamiento y de crisis. Pero es necesario. Por la fe, aprendemos poco a poco lo que significa esperar contra toda esperanza. Por ello, es necesario prevenirnos para que nuestra alegría no sea la meta final en nuestro camino espiritual: siempre ella es una consecuencia, y muchas veces subversiva, de la esperanza que Dios mismo nos ofrece. Es subversiva, porque no hunde sus raíces en un bienestar económico, o en la ausencia de problemas, sino que, en todo momento, sobre todo en la oscuridad de la fe, nos hace, como Agustín, dirigir la mirada al final, sin preocuparme el presente. Mirar más allá, penetrar en el santuario de Dios, en el misterio en que todo cobra sentido, me hace sopesar en el modo justo todo lo que sucede en mi vida, en la vida de mi comunidad y en la vida de las personas desde la perspectiva de Dios. Por ello la alegría se construye y se renueva día a día en la vida espiritual y sacramental que nos debe abrir a la verdadera libertad de los hijos de Dios.

2. La misericordia y la verdad se encuentran (Sal 84, 11).

Continúa diciendo Agustín en el primer párrafo del libro décimo de sus Confesiones: Esta es mi esperanza, por eso hablo; y en esta esperanza me gozo cuando mi alegría es sana (Conf. X, 1,1). La esperanza de que Dios, virtud de su alma, entrará en su vida y la ajustará a Él, es la certeza que le permite a Agustín tener una sana alegría. Volvamos al Comentario al Salmo 72 para meditar este aspecto: la certeza que Agustín, junto al salmista, vislumbra a la solución del problema de la maldad, nace únicamente de la vida en la presencia de Dios:

¿Y tú qué haces? Para mí lo bueno es estar junto a Dios. Esto es todo mi bien. ¿Queréis algo más? Me da pena de los que sí lo quieren. Hermanos, ¿qué más queréis? Nada mejor hay que estar junto a Dios, cuando le veamos cara a cara. Pero ¿mientras tanto qué? Como hablo, siendo aún peregrino, lo bueno es estar junto a Dios, dice; pero ahora, como todavía me hallo en el exilio, y no ha llegado todavía la realidad, pongo en Dios mi esperanza. Mientras no estés unido a Dios, pon en él tu esperanza. Si tu barca fluctúa, echa a tierra el áncora. No te has unido aún por la presencia: únete por la esperanza. Pondré en Dios mi esperanza.

Poner en Dios la propia esperanza es hacer una profesión de fe con el propio corazón y con toda la vida. Tenemos la certeza de que si confiesas con tu boca que Jesús es el Señor y crees en tu corazón que Dios le resucitó de entre los muertos, serás salvado. Pues con el corazón se cree para conseguir la justicia, y con la boca se confiesa para conseguir la salvación. Porque dice la Escritura: todo el que crea en él no será confundido. Dios se hace la razón y el sentido de la propia existencia cuando nuestra esperanza ha sido depositada en Él, seguros de no ser defraudados. A este propósito, Agustín comenta el salmo 24, una oración de abandono y de confianza en la misericordia de Dios, con menciones que nos recuerdan su propia experiencia personal:

Dios mío, por haber puesto mi confianza en mí me he visto remolcado hasta la debilidad de la carne en que me encuentro. Y yo que, tras abandonar a Dios, pretendí ser como él, temiendo la muerte que me puede acarrear incluso la más diminuta alimaña, siendo objeto de burla por mi orgullo, me sentí avergonzado. Pero ya confío en ti; que no sienta vergüenza, pues.

En la experiencia agustiniana, un elemento fue decisivo para abrazar la conversión y, de paso, conseguir la libertad de los hijos de Dios, y lo dice nuestro comentario: yo, que, tras abandonar a Dios, pretendí ser como él. ¿Cuál es la solución? Asumir que la propia cerrazón ha constituido un muro entre el hombre y Dios, y esa soberbia ha hecho que el hombre sea para sí mismo su propia verdad, su propio Dios. Asumirme a mí mismo como mi propia verdad, es hacer girar todo el universo de mis decisiones, sentimientos y pensamientos a la luz de mí mismo, sin admitir otra autoridad diferente.

El camino de Agustín hacia su conversión va delineándose dolorosamente hacia el momento en que Dios llega a ser la Verdad de su propia vida, renunciando a las certezas humanas que le daban su inteligencia y su carrera profesional. Sobran en estas páginas las menciones directas a los episodios narrados en el libro octavo de las Confesiones; sin embargo, el motivo decisivo que le hizo comprender a Agustín que era Dios mismo quien lo venía a socorrer en su miseria era el Cristo que se hizo camino, verdad y vida, para que todo hombre lo pudiera transitar, comprender y vivir. En breves palabras, el Cristo hombre, el Dios que por misericordia con la humanidad pecadora se hace carne:

Y buscaba yo el medio de adquirir la fortaleza que me hiciese idóneo para gozarte; ni había de hallarla sino abrazándome con el Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, que es sobre todas las cosas Dios bendito por los siglos el cual clama y dice: Yo soy el camino, la verdad y la vida, y el alimento mezclado con carne (que yo no tenía fuerzas para tomar), por haberse hecho el Verbo carne, a fin de que fuese amamantada nuestra infancia por la Sabiduría, por la cual creaste todas las cosas.

Pero yo, que no era humilde, no tenía a Jesús humilde por mi Dios, ni sabía de qué cosa pudiera ser maestra su flaqueza. Porque tu Verbo, verdad eterna, trascendiendo las partes superiores de tu creación, levanta hacia sí a las que le están ya sometidas, al mismo tiempo que en las partes inferiores se edificó para sí una casa humilde de nuestro barro, por cuyo medio abatiera en sí mismo a los que había de someterse y los atrajese a sí, sanándoles el tumor y fomentándoles el amor, no sea que, fiados en sí, se fuesen más lejos, sino, por el contrario, se hagan débiles viendo ante sus pies débil a la divinidad por haber participado de nuestra túnica pelícea, y, cansados, se arrojen en ella, para que, al levantarse, ésta los eleve.

La humildad del Hijo de Dios enseñó, pues, a Agustín el modo de ser hombre, no con la libertad propia del libertino, sino con la libertad de hijo.

Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, Camino, Verdad, Vida... son los rasgos que para Agustín definen la persona de Jesucristo. No la definen únicamente desde una perspectiva libresca, sino -y sobre todo- desde una perspectiva vital.

Detengámonos, sin embargo, en uno de los títulos de Cristo en el pensamiento agustiniano: Cristo como la Verdad. En su obra Sobre el Libre Albedrío -poco citada entre nosotros y que vale la pena gustar en esta ocasión-, Agustín nos regala un bello diálogo sobre lo razonable y necesario de admitir que existe una verdad absoluta, y que esa verdad es la única fuente de la felicidad verdadera. Como hoy, en el tiempo de Agustín se presentaban muchas ofertas de felicidad que no corresponden necesariamente a la felicidad cristiana, aunque, tanto ayer como hoy, acusan el profundo grito del ser humano por alcanzar la plenitud de la vida.

Agustín, en el tratado citado, explica a su discípulo Evodio, que es necesario que la verdad esté por encima de nuestra mente y no dependa de nuestra subjetividad, ya que debe ser una sola e inmutable. Aunque el argumento es apasionante, especialmente para los tiempos tan pródigos de relativismo que corren incluso en el seno de nuestra Iglesia lo que hace de esta obrita un texto inusualmente actual, invitamos al lector a que siga el hilo reflexivo de la cuestión, que se halla en el libro tercero del escrito agustiniano. En este contexto, Agustín evidencia que la verdad es necesario buscarla, ya que sólo ella puede hacer feliz al hombre:

Te prometí demostrarte, si te acuerdas, que había algo que era mucho más sublime que nuestro espíritu y que nuestra razón. Aquí lo tienes: es la misma verdad. Abrázala si puedes; goza de ella. Sea el Señor tu delicia y él te dará lo que pide tu corazón. Porque ¿qué más pides tú que ser feliz? ¿Y quién más feliz que el que goza de la firme, inconmutable y excelentísima verdad?

Luego de pasar revista a las alegrías que se cosechan con las experiencias tomadas de los sentidos del cuerpo, Agustín invita a ir mucho más allá y descubrir la razón última de todo, en el Sumo Bien, Dios mismo, Verdad absoluta:

En la verdad se conoce y se posee el bien sumo. La verdad es la sabiduría. Fijemos, por tanto, en ella nuestra mente y conservemos así el bien sumo y gocemos de él, pues es feliz el que goza del sumo bien. Esta es la verdad que ofrece todos los bienes que son verdaderos, y de los que los hombres inteligentes, según la capacidad de su penetración, eligen para su dicha uno o varios (…). Cuando una poderosa y vigorosa inteligencia contempla con certeza la multitud de cosas inalterablemente verdaderas, se dirige hacia la verdad misma, que todo lo ilumina, y, adhiriéndose a ella, parece como que se olvida de todas las demás cosas, y, gozando de ella, goza a la vez de todas las demás, porque cuánto hay de agradable en todas las cosas verdaderas, lo es precisamente en virtud de la misma verdad.

La Verdad, pues, existe, y puede ser vivida. Esta Verdad, que es Jesucristo mismo, es, para unos, el tesoro escondido ante el cual se hace posible vender todo lo que tenemos para conseguirlo, mientras que para otros es la piedra rechazada que, sin embargo, es la piedra angular sobre la que construir la vida en un fundamento válido. Sólo la existencia de una Verdad permite la realidad de la fe. Agustín lo dice claramente en las Confesiones: Me estabilizaré y solidificaré en ti, en mi forma, en tu verdad.

3. Anunciar a Dios como la Verdad que libera

Finalmente, quisiéramos hacer una reflexión sobre la gran paradoja que supone el tesoro que constituye para los cristianos vivir y anunciar la Verdad de Cristo. El mismo Señor valora la

perseverancia en sus mandamientos como una muestra de amor: Si me amáis, guardaréis mis mandamientos (Jn 14,15). Guardar la Palabra es vivir una relación de intimidad familiar con el Maestro: Todo el que cumpla la voluntad de mi Padre de los cielos, ese es mi hermano, mi hermana y mi madre. Mantenerse en la Palabra de Dios, en fin, nos hace experimentar el gozo de la verdadera libertad: Si os mantenéis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; conoceréis la verdad y la verdad os hará libres (Jn 8,32).

La primera consecuencia que podemos sacar en limpio es un mayor esfuerzo por mostrar al mundo esta alegría verdadera, la alegría que Dios nos mostró en su Hijo hecho Hombre, que nos transmitió la Buena Noticia del Evangelio. Es la fuente perenne de alegría que no pasa. En una época de cambios sostenidos que tiene al ser humano privado de su autoctonía, por utilizar un concepto acuñado por Martin Heidegger, o decir simplemente que vivimos inmersos, según Zbigniew Bauman, en una modernidad líquida, ¿Acaso la fe no podría ofrecer el inigualable servicio de hacer recordar al hombre su origen, sentido y significado en el conjunto de la creación? ¿No podríamos replicar en nuestra vida la experiencia agustiniana, llegando a decir como san Agustín, me estabilizaré y solidificaré en ti, en mi forma, en tu verdad. ? Pensemos en los problemas que traen a nuestros oídos, redes sociales y confesionarios quienes se acercan a nosotros: ¿No son acaso frutos de nuestro tiempo, tan loco como vertiginoso, en que el ser humano no es capaz de conseguir un arraigo que le permita sortear las preguntas existenciales y las crisis personales?

La serenidad ante las cosas y la apertura al misterio van juntas. Ellas nos conceden la posibilidad de permanecer en el mundo de un modo por entero diferente. Ellas prometen un nuevo suelo sobre el que, en medio del mundo técnico, podamos estar y perdurar fuera de peligro. La serenidad ante las cosas y la apertura al misterio nos abren la perspectiva de una nueva autoctonía. Esta, incluso, podría un día ser adecuada para reintegrar a una figura transformada la vieja autoctonía que hoy vemos desaparecer rápidamente.

Al respecto, Agustín nos ofrece un elemento de su teología de la vida religiosa que nos ayuda a encontrar una solución para vivir las problemáticas arriba mencionadas: al iniciar su camino de vida religiosa, lo comprende bajo el concepto de monje. En el Comentario al Salmo 132 lo entiende a la luz de dos elementos: el monje como Uno, Solitario, Unificado, según la tradición de los Padres del Desierto, que evidencia el estado de unión del monje con Dios a través de la vida espiritual centrada en la meditación de la Palabra, la oración incansable y la práctica de los sacramentos, que le permite vencer la división y la dispersión de la vida en medio de los quehaceres del mundo, unificándose en su propia historia y con Dios. Por otra parte, Agustín concibe el monacato desde el unificarse con el prójimo, teniendo un solo corazón y una sola alma orientados hacia Dios. El monje, pensado desde Agustín, es el hombre nuevo, regenerado por las aguas del bautismo y llamado por Dios a vivir la radicalidad de su ser hijo, asumiendo como hoja de ruta el mandamiento principal (Cf. Regla, 1) y llamado de día en día a dejarse transformar por la acción de la gracia divina.

Esta unificación, a nuestro juicio, es la clave para ubicar la alegría en el contexto del cristianismo. No es nada nuevo, ya que todos estos elementos se hallan presentes en el bagaje teológico que constituye la razón de ser de nuestra vida religiosa. Basta redescubrirlo y reencantarse con él desde la perspectiva de una escuela de humanidad, o, si se quiere, a partir del servicio que, desde

nuestra espiritualidad, podemos ofrecer como pedagogos de la interioridad, en palabras de San Juan Pablo II.

¿Acaso el esfuerzo de cimentar la propia vida sobre la Verdad de Dios no es un camino que trae como fruto una alegría imperecedera porque hemos redescubierto el sentido de ser hombres en medio de este mundo? ¡Qué hermoso servicio ofrecemos los agustinos cuando nos esforzamos en vivir la comunión con la Verdad de Dios para entrar en comunión con los hombres de nuestro tiempo!

4. Permanecer en la Verdad, signo de contradicción

Sin embargo, la Verdad es incómoda. Sobre todo en tiempos en que se niega que exista una Verdad con mayúsculas. Los hombres de hoy, incluso creyentes, tenemos mucho de Poncio Pilato, quien sin reconocer a Quien tenía delante de sí, le preguntó ¿Qué es la verdad? (Jn 18, 38). Nos preguntamos lo mismo, aun teniendo delante a Quien es la Verdad... y quien ha entendido esto, sólo por vivir la vocación como discípulo de la Verdad, es ridiculizado en muchas partes, sobre todo en los países en que el secularismo arrecia y se vive una época de nuevas formas de martirio. A este punto, no debemos jamás olvidar que ser cristiano es ser, como el Maestro, un signo de contradicción (Cf. Lc 2,34). No le hacemos un buen servicio a la Verdad del Evangelio de Jesucristo cuando aceptamos acríticamente todo lo que el mundo nos ofrece, como tampoco somos objetivos si vivimos pensando que todo lo moderno es malo. Ser signos de contradicción consiste en identificarnos con el Maestro, que no renegó de la cruz por dar testimonio de la Verdad. Lo dicen los mártires de todas las épocas, especialmente de la nuestra, que se delinea como un tiempo aún más sanguinario que los primeros siglos del cristianismo. Por eso, el servicio a la Verdad, a partir de la cruz -que hoy viene silenciada por ley, ocultada por respeto a la libertad religiosa, condenada por ser motivo de escándalo, ridiculizada porque la religión es el opio del pueblo-, a imagen de Cristo, siempre será un servicio que conllevará la participación, en diverso grado, de la cruz de Cristo en nuestra vida.

Presentar el panorama de este modo provoca inquietud. La reacción humana más común es rehuir del dolor, y es legítimo. Nadie quiere sufrir. Pero el misterio de la cruz aparece tarde o temprano en el horizonte del discípulo del Señor, como también se manifiesta, al mismo tiempo, la dulce tentación de abandonar la Verdad. Una forma en que se está presentando actualmente esta tentación, tal vez ante el desánimo que genera el vivir contracorriente, o para ganar aceptación, para ser apreciados en la sociedad o para que vuelvan a llenarse nuestros templos y catequesis, consiste en hacer las paces con los anti-valores del mundo, especialmente cuando la realidad nos invita a dar una respuesta evangélica ante algunas situaciones. En el marco del Jubileo de la Misericordia que el Papa Francisco nos ha invitado a vivir este año, es necesario que profundicemos en este valor: muchos, ante el dilema de responder desde el Evangelio a realidades difíciles, han acuñado un concepto de misericordia que se reduce a una mirada benevolente de Dios ante la realidad del hombre, sin ofrecerle las herramientas de la gracia para salir de la situación de pecado. Este modo de comprender la misericordia divina ha sido tomado de algunos teólogos contemporáneos que postulan que la fe nunca nos pone ante el ser de Dios como ser, sino que sólo nos pone ante, o dentro, de nuestras situaciones, que no podemos trascender. Por ende, no tenemos acceso al ser ni a la verdad, sino sólo a nuestras interpretaciones progresivas desde el interior de nuestras experiencias, sin un absoluto como punto de referencia. Dios se revela, de este

modo, no mediante verdades trascendentes, sino mediante mensajes cambiantes, que hoy afirman algo y mañana se contradicen. Si es así, no es posible saber si estamos en pecado ni existen acciones intrínsecamente malas, ya que desde la complejidad de la existencia siempre se hace necesario interpretarla. Desde esta teología, el cristianismo corre el riesgo de aprisionarse en los parámetros de la modernidad líquida, de reducirse a una ideología cambiante como todas, porque en la práctica, cree en Dios, pero ha dejado de creerle a Dios como la Verdad -dos cosas muy distintas-, pues si Dios no puede irrumpir en la vida del hombre con su gracia, se hace imposible que el hombre viva en la Verdad. El Evangelio queda dentro del ámbito de la teoría, o de la doctrina -consideradas como algo rígido, opresor, de otro tiempo- mientras que la práctica debe considerar al hombre concreto y sólo quedarse en él. Sin embargo, aquello que llamamos doctrina es la fe por la que hemos sido salvados, contenida en el símbolo de la fe (Credo), y la gracia de Dios nos capacita a vivir según el Evangelio, como nuevas creaturas. De más está decir que este modo de pensar no está de acuerdo con el concepto de misericordia que se halla ni en la Escritura, ni en los Padres de la Iglesia.

¿Qué diría Agustín sobre este modo de entender la misericordia divina? ¿Acaso Dios sólo se limitó a mirar con benevolencia desde el cielo a nuestro Padre, pero lo dejó abandonado a su situación de esclavitud y de soberbia, sin concederle la gracia de la conversión? En el fondo, la pregunta vuelve a nosotros: ¿Creemos, como cristianos de este siglo, que Dios tiene aún el poder de transformar al hombre desde su raíz y que, como anunciadores del Evangelio, hemos de proclamar a los cuatro vientos esta verdad liberadora al hombre que sufre? ¿Estamos convencidos aún del poder de Dios que toca nuestra existencia concreta, para transformarla? Es cierto que a veces podemos tener la tentación de silenciar algunos momentos de la Palabra de Dios, porque nos damos cuenta, como los oyentes del Señor, que es duro este lenguaje. ¿Quién puede escucharlo? Sabemos que la Palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que cualquier espada de dos filos. Penetra hasta la división entre alma y espíritu, articulaciones y médulas; y discierne sentimientos y pensamientos del corazón. No hay criatura invisible para ella: todo está desnudo y patente a los ojos de Aquél a quien hemos de dar cuenta (Heb 4, 12-13) y que, a veces, ser discípulo de Jesucristo es ir caminando cuesta arriba, porque la Palabra deja de manifiesto mi realidad, en la que está presente el pecado, del cual estoy llamado -y en esto consiste el apostolado de la misericordia, según el pensamiento agustiniano, como veremos- a convertirme, ayudado de la gracia divina. Es, ni más ni menos, la experiencia de Agustín, cuyo momento culmen en su conversión lo constituyó el experimentar que sin Dios nada podía, y que con su gracia podía liberarse, o mejor, ser liberado, de su vida pasada. El crudo relato de la conversión en el jardín de Casiciaco testimonia la lucha que culmina en el abandono sereno en Quien tiene el poder de recibirlo y sanarlo (Cf. Confesiones, VIII, 11,27). Agustín sabía que Dios tenía misericordia de él, pero la experimentó de modo concreto cuando, con su gracia, el Señor lo liberó del vínculo del deseo de unión sexual, que me tenía muy cautivo, y de la servidumbre de los negocios mundanos, y confesaré tu nombre, ¡oh, Señor!, ayudador mío y redentor mío . No podemos, por ende, dejarnos convencer que asumir un comportamiento pastoral que consista en dejar al hermano con una herida necesitada de curación constituiría un acto de misericordia, cosa que, muy por el contrario, Agustín en la Regla juzga como un acto de crueldad más que de verdadera compasión (Cf. Regla, 26).

Mucho interesa saber con qué ánimo perdona cada cual. Porque así como hay a veces una misericordia que castiga, así hay una crueldad que perdona. A modo de ejemplo voy a poner algo que sea evidente. ¿Quién no llamaría con verdad cruel al que perdona al niño que se obstina en

querer jugar con víboras? ¿Y quién no llamará misericordioso al que se lo prohíbe y castiga con azotes al niño por no obedecer a las palabras?

Por eso, celebrar el año de gracia de la misericordia, desde la espiritualidad de nuestro Padre Agustín, consiste en proclamar a todos, los lejanos y los cercanos, que Dios sigue amándonos, perdonándonos y, sobre todo, sanándonos con su gracia, que se hace operante en nosotros. Todo esto no conforme a nuestros méritos, sino por la riqueza del perdón divino.

Médico mío íntimo, hazme ver claro con qué fruto hago yo esto. Porque las confesiones de mis males pretéritos -que tú perdonaste ya y cubriste, para hacerme feliz en ti, cambiando mi alma con tu fe y tu sacramento-, cuando son leídas y oídas, excitan al corazón para que no se duerma en la desesperación y diga: «No puedo», sino que le despierte al amor de tu misericordia y a la dulzura de tu gracia, por la que es poderoso todo débil que se da cuenta por ella de su debilidad.

Esta es nuestra esperanza, y por eso hablamos (Cf. Confesiones X, 1,1), podemos decir en cuanto cristianos y agustinos. Demos alegre testimonio de la razón última de nuestra alegría: pertenecer a Cristo y vivir en Él, que como médico nos cura con el amor de su misericordia y con la dulzura de su gracia, cambiando nuestra alma por medio de la fe y de los sacramentos. Los medios del anuncio de esta Buena Noticia pueden, y deben ser cambiantes de acuerdo a la época y a las circunstancias, pero jamás su contenido. Si la Iglesia predicara un evangelio diverso al que Cristo dejó, se traicionaría a sí misma, como ha sucedido en ciertos momentos de la historia. Posiblemente estemos viviendo, como Iglesia, una crisis silenciosa: tal vez, de un tiempo a esta parte, no sabemos bien cómo anunciar el Evangelio en las actuales y complejas circunstancias que nos toca vivir. Por ello puede hacerse necesario reflexionar seriamente en los modos con que anunciamos a Cristo, que posiblemente no han sido capaces de transmitir la alegría de ser sus discípulos. ¿O tal vez estemos en medio de una crisis producida por la baja calidad de nuestra vida espiritual, que ha socavado las bases de nuestra fe, y nos viene la dulce tentación de bajar la guardia y anunciar un Evangelio sin exigencias, con un concepto de misericordia tan nebuloso que no permite el encuentro con el misterio de Dios, que salva y sana mi propia vida, porque ya no creemos que Dios pueda transformar la vida del hombre a través de su Palabra y sus sacramentos? Si esto sucediera, habremos perdido el contacto con las fuentes de la verdadera alegría.
¿Es aún cierto -y terminemos con la pregunta inicial- que podríamos todavía afirmar con nuestra vida entera, como en los tiempos del amor primero, que si me olvido de ti, Jerusalén, que se me seque la mano derecha? (Sal 137, 5).

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

1. ¿Cuál es la calidad de mi vida espiritual? ¿La vivo como una “escuela de libertad del Espíritu” o considero que es una obligación o una pérdida de tiempo?
2. ¿Cuáles son las tentaciones que han acechado mi vida y me han invitado a perder la fidelidad a mi vocación cristiana y religiosa? ¿Cuáles son las tentaciones que actualmente me acechan con más frecuencia?
3. ¿Cómo vivo la cercanía de la Palabra de Dios y con los sacramentos? ¿Creo en su poder transformante sobre la vida de las personas? ¿Los menosprecio como mediaciones, existiendo incluso otras más eficaces?
4. Miro mi vida ministerial. ¿A quién anuncio? ¿Lo hago para que mis hermanos conozcan más al Señor y su Evangelio, o para ganar aprecio, prestigio y aplausos?

TEMA 5:

QUÉ LOGREMOS DESPERTAR AL MUNDO

Objetivo: reflexionar sobre la importancia del profetismo como la clave hermenéutica, que nos ayuda a leer el Evangelio y nuestra Vida Consagrada como el don precioso de Dios para despertarnos y despertar a un mundo entero (Creación), que hasta el presente, gime y sufre dolores de parto (Rom 8, 22).

1. El significado de despertar

El verbo despertar implica dos acciones que van unidas. En primer lugar, solo el que está despierto, despierta y cuando despierto a alguien del sueño lo hago en vista de algo. Este movimiento del que despierta y su contendido serán los puntos iniciales de nuestra reflexión preguntándonos ¿cuál es el uso bíblico del término despertar?

Para el autor bíblico el término 'despertar' se traduce en el hebreo awake (עור) que significa surgir o en qum (קום) que significa levantarse y que en griego se traduce con el imperativo ἀνάστηθι que significa levántate o el por el verbo ἐγείρω que se traduce como despertar a alguien. Ambos usos implican pasar de un estado de reposo o de sopor, a un estado de alerta, de atención o ponerse de pie. El uso de estos términos hace referencia por un lado, al grito de júbilo del que alaba la gloria de Yahvé y por otro, el clamor del que exige la intervención de Yahvé para salvar a su pueblo.

Estos conceptos, presentes en su mayoría en los libros poéticos, sapienciales y proféticos, ponen al autor entre dos polos: el pueblo y Yahvé. El autor sagrado o el profeta recuerdan al pueblo las maravillas obradas por Yahvé, por ello Isaías clama «¡Despierta, despierta! ¡Levántate, Jerusalén! (Is 51, 17)», mientras que intercede ante Yahvé para que no olvide su promesa ante las asechanzas del enemigo: «Yahvé, Dios nuestro, sálvanos de su mano, y sabrán todos los reinos de la tierra que sólo tú eres Dios (Is 37, 20)». Es el profeta, como hombre llamado y seducido por Yahvé (Jr 20, 7) el encargado de 'despertar' al pueblo infiel, denunciando sus faltas y anunciando la misericordia de Dios: « arrancaré de su cuerpo el corazón de piedra y les daré un corazón de carne (Ez 11, 19)». El profeta no solo despierta del sueño de la fe, sino que hace de su vida el contenido de este grito: « ¡Levántate, resplandece, porque llega tu luz y la gloria del Señor brilla sobre ti! (Is 60, 1)».

El profeta anuncia con su propia vida las palabras de Yahvé. El matrimonio de Oseas (Os 1-3), la vida de Isaías y sus hijos son signo para el pueblo (Is 8, 18). Como también el celibato de Jeremías (Jr 16, 1-9) y la viudez de Ezequiel (Ez 24, 15-27), son signo del Dios santo y del Dios fiel. El profeta como voz de Dios (Jr 1, 9), despierta al pueblo, recordándole su fidelidad a la alianza y ante Yahvé pide su clemencia y su misericordia como el Dios que salva.

En el Nuevo Testamento Jesús, hijo de Dios, llama a su pueblo, de las tinieblas a la vida (Col 1, 13). Es particularmente hermosa la resurrección de la hija de Jairo, jefe de la sinagoga (Mc 5, 22-24.35-43). Mientras Jesús predicaba en la Decápolis llega Jairo y le pide con insistencia «Mi hija está a punto de morir; ven, impón tus manos sobre ella, para que se salve y viva». Jesús, escuchándolo parte junto a él. En ese momento la historia da un giro dramático. Llegan unos diciendo «Tu hija ha

muerto; ¿a qué molestar ya al Maestro?». Jairo desecho por la noticia y por las palabras de desaliento, se deja llevar por la desesperanza. En este momento es Jesús quien le pide a Jairo, que se despierte a la esperanza y a la fe: «No temas; solamente ten fe». Jesús, como la vida, llega a la casa de Jairo, desecha por los llantos, alborotos y alaridos y anuncia a grande voz « ¿Por qué se alborotan y lloran? La niña no está muerta, sino que duerme». Al igual que el profeta, Jesús recuerda la importancia de la fe y que solo la fe hace pasar de las tinieblas a la vida. La gente consumida por el desconsuelo se burla de Él. Jesús «tomando consigo al padre y a la madre de la niña, y a los que venían con él, entró donde ella estaba» y tomándola de la mano le dice «talitá qum», que significa: «¡Niña, yo te lo ordeno, levántate¡». Esta orden de parte del Maestro y la posterior respuesta de la niña causa asombro en los presentes. Este 'levántate' tiene un doble significado. Por un lado, es Jesucristo -el hombre despierto- que pide 'a la que duerme' levantarse a la vida y por otro, es la niña que testimonia a los otros que 'duermen en el sueño de la desesperanza' que ante la fe, hasta la misma muerte se arrodilla. Este paso de la muerte a la vida, por parte de la niña, y de la desesperanza a la esperanza, por parte de los presentes, pone al Maestro como signo de vida y de esperanza, ante un mundo que duerme entre llantos, alborotos y alaridos.

Este paso de las tinieblas a la luz marca también el camino de conversión de San Pablo, el cual escucha la voz de Jesús que le dice «Yo soy Jesús, a quien tú persigues. Pero levántate, entra en la ciudad y te dirán lo que debes hacer. (Hch 9, 5-6)». Saulo necesita despertar del sueño de la Ley y reconocer a su verdadero Señor y su mensaje de salvación para los pueblos. Para Saulo, este despertar, graficado en las escamas que caen de sus ojos (Hch 9, 18) significa una nueva vida, un renacimiento a la fe, por ello Saulo cambia de nombre a Pablo (Hch 13, 9).

Este renacimiento a la fe, fue una experiencia que marco también a Pedro. Pedro, como buen judío, asumía que para ser salvado era necesario el paso por el judaísmo y todas sus leyes. Pedro (Hch 10, 1-35) encontrándose en Cesarea tiene una visión que se repite tres veces « vio el cielo abierto y que bajaba hacia la tierra una cosa así como un gran lienzo, atado por las cuatro puntas. Dentro de él había toda suerte de cuadrúpedos, reptiles de la tierra y aves del cielo.» Y en esta visión una voz le dijo: «Levántate, Pedro, sacrifica y come». Para un judío practicante comer reptiles es igual de impuro que aceptar a un gentil, a un Centurión, dentro del Reino de Dios. Con la visión y el anuncio y testimonio de Cornelio, es Pedro que se despierta a la verdadera fe, una fe en la que todos se salven y lleguen al conocimiento de la verdad (1 Tim 2, 4). Este levantarse, implica en las figuras de Jairo, Pablo y Pedro un despertar a la fe. E Jesucristo que los despierta con el fin de ser testimonios vivos de esta fe que da vida, trasciende la fe e incluye a todo el mundo en su mensaje de salvación.

2. El despertar como misión de la Vida Consagrada

El Papa Francisco tanto en el diálogo con la Unión de Superiores Generales realizada el 29 de noviembre del 2013 y la carta apostólica a todos los consagrados con ocasión del año de la vida consagrada del 21 de noviembre 2014, propone que la Vida Consagrada como «expertos de comunión» sean en el mundo profetas que anuncien y denuncien. Este espíritu profético debe llevar a la Vida Consagrada a 'despertar el mundo'. El Papa Francisco pide a los religiosos:
«¡Despertar al mundo! ¡Sean testimonio de un modo distinto de hacer, de actuar, de vivir! Es posible vivir de un modo distinto en este mundo. Estamos hablando de una mirada escatológica,

de los valores del Reino encarnados aquí, sobre la tierra. Se trata de dejar todo para seguir el Señor. No, no quiero decir 'radical'. La radicalidad evangélica no es solamente de los religiosos: se pide a todos. Pero los religiosos siguen al Señor de manera especial, de modo profético. Yo espero de ustedes este testimonio. Los religiosos deben ser hombres y mujeres capaces de despertar el mundo.»

¿Qué es necesario para que la Vida Consagrada pueda despertar el mundo? Como ya hemos visto son dos los elementos importantes: estar despiertos y tener claro el contenido de nuestro anuncio. Al hacer una análisis de nuestra Vida Consagrada en estos años en los cuales el 'retornar al carisma' ha sido una meta en casi todas las congregaciones, la pregunta que es prudente hacer es ¿somos hombres y mujeres verdaderamente despiertos con nuestras lámparas encendidas esperando y anunciando la venida de Dios en nuestras vidas y en el mundo? Creo que son dos las actitudes que nos hacen estar dormidos en el sueño de los justos. Son dos polaridades que causan sopor y angustia. La parálisis atrófica y la actividad frenética. La parálisis es lo que causa el mundo nuevo en constante cambio, un mundo al cual ¡ninguno está preparado!, un mundo que asusta, da miedo. Un mundo que no valora lo religioso, sino que sienta la institucionalidad y sus prácticas conservadoras en la silla de los acusados. Es el miedo a lo nuevo lo que naturalmente origina esta parálisis llena de añoranzas de tiempos antiguos, tiempos mejores. Esta parálisis no solo deja inmóvil, sino que atrofia, disminuye por la falta de uso la audacia pastoral y evangélica y las ilusiones del primer amor de la Vida Religiosa. Ilusiones que aspiraban a cambiar el mundo y la historia. Es la parálisis atrófica la primera causa del sueño, del sopor, de la desesperanza, del desánimo, del desasosiego que tanto afecta a la Vida Consagrada.

La segunda causa de sopor es la actividad frenética. Actividad que se traduce en conservar obras y servicios; atención de comedores u otras actividades sociales que se realizan en la soledad de un servicio pastoral hidalgo, martirial. En mi vida religiosa he visto a hermanos donde la obra o la misión pasan a ser el fin de su vocación. Desde esta visión, el trabajo no es un medio para buscar el Reino de Dios, es el fin, sin el cual yo no sé qué hacer. La actividad frenética nos lleva a un sopor tan grande que descuidamos nuestra vida personal, afectiva y nutricional por obras y servicios que pueden ser realizados por laicos más competentes y mejor calificados. La actividad frenética es la segunda causa de nuestro sueño que nos hace dormir por el cansancio de la jornada, el desánimo de la soledad y el desconsuelo de no sentirse comprendido, ni ayudado.

Si este es el presente de la Vida Consagrada, un presente de sopor, es necesario abrirse al futuro, un futuro de esperanza: «Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo quien, por su gran misericordia, mediante la Resurrección de Jesucristo de entre los muertos, nos ha reengendrado a una esperanza viva (1P 1, 3)». Para abrirse a la esperanza es necesaria la reflexión común, solo por medio del discernimiento podemos despertarnos para asumir con un ánimo profético nuestra Vida Consagrada.

Un gran ejemplo de esto son los discernimientos comunes que tantas comunidades masculinas y femeninas, han realizado durante estos últimos 20 años, tratando de discernir el mejor apostolado en vista de su carisma, aunque este discernimiento en el Espíritu signifique cerrar casas u obras, abriéndose a las periferias del mundo que exigen por un lado salir de la parálisis atrófica y evitar la actividad frenética. Este paso a conlleva, necesariamente, a que la Iglesia sea, una Iglesia atractiva y atrayente. Atractiva ya que deslumbra como Jesús en la trasfiguración y que atrae, es

decir, que impulsa a otros a su seguimiento como Jesús con sus discípulos: «Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de Vida eterna. Nosotros hemos creído y sabemos que eres el Santo de Dios (Jn 6, 68)».

3. El despertar en San Agustín

A este respecto es importante escuchar a Agustín para el cual una fe dormida es causa de turbación y angustia. Agustín afirma:
«En aquel tiempo, los discípulos, fluctuantes en la barca mientras Cristo dormía, fueron símbolo del fluctuar de los cristianos cuando su fe cristiana está adormecida. Ya ves lo que dice el Apóstol: Cristo habita por la fe en nuestros corazones. Según su presencia hermosa y divina, está siempre con el Padre; en cambio, según la presencia de la fe, está en todos los cristianos. Por eso fluctúas: porque Cristo está dormido, es decir, no logras vencer aquellos deseos que se levantan con el soplo de los que persuaden el mal, porque tu fe está dormida. ¿Qué significa que tu fe está dormida? Que está apagada. ¿Qué significa el decir que está apagada? Que te olvidaste de ella. ¿Qué es despertar a Cristo? Despertar la fe, recordar lo que has creído. Haz memoria pues, de tu fe, despierta a Cristo. Tu misma fe dará órdenes a las olas que te turban y a los vientos de quienes te persuaden al mal; al instante desaparecerán, al instante amainarán puesto que, aunque no cese de hablar el persuasor del mal, ya no sacude la nave, ya no levanta olas ni sumerge la nave que te lleva.»

De esta fe despierta, que en Agustín significa despertar al Cristo que habita en tu interior emergen las fuerzas para trasformar nuestra vida y con ella el tiempo y la historia. Con Agustín el verdadero despertar del mundo se logra por medio de una profunda conversión personal, Agustín afirma:
«Por tanto, hermanos, os digo que oréis cuanto podáis. Abundan los males, pero Dios lo quiso. ¡Ojalá no abundaran los malos y no abundarían los males! «Malos tiempos, tiempos fatigosos» -así dicen los hombres-. Vivamos bien, y serán buenos los tiempos. Los tiempos somos nosotros; como somos nosotros, así son los tiempos.»

4. El contenido del despertar al mundo

Si la actitud del profeta es despertar el mundo, siendo el mismo un hombre despierto en esta fe al Dios que lo cautiva, falta solamente hacer referencia al contenido de este despertar, es decir, ¿Para qué despertar al pueblo a fe en Dios? La respuesta se encuentra en nuestra doble dimensión de consagrados. Nosotros somos en primer lugar religiosos, es decir, personas consagradas que desean vivir su bautismo a radicalidad apoyados en los consejos evangélicos de pobreza, castidad y obediencia como pasos en la Sequela Christi. Por ello nuestro primer contenido no es otro que los Evangelios, donde Cristo se hace verbo, para el mundo. Y nuestro segundo contenido nace de nuestra especificidad, ya que como religiosos deseamos vivir esta Sequela Christi bajo la espiritualidad de San Agustín, por ello nuestro segundo gran contenido es la Regla de San Agustín y las constituciones. Por ello nuestra mejor forma de despertar al mundo, teniendo una fe despierta, es ser fiel a nuestro carisma y a nuestra particular forma de leer y vivir el Evangelio de Cristo.

A este respecto el Papa Francisco aclara que nuestro carisma no es una botella de agua destilada, sino que debe ser vivido según el lugar, los tiempos y las personas (San Ignacio de Loyola), adecuándolo a las situaciones donde nos encontramos. El Papa afirma:
«El carisma no es una botella de agua destilada. Es necesario vivirlo con energía, releyéndolo también culturalmente. Pero así se corre el riesgo de equivocarse, dirán, de cometer errores. Es arriesgado. Claro, claro: haremos siempre errores, no tengo dudas, pero no debe detenernos porque está el riesgo de cometer errores mayores. Es más tenemos que pedir siempre perdón y mirar con mucha vergüenza las frustraciones apostólicas que fueron causadas por falta de coraje.»

Es el profeta el que tiene la misión de despertar el mundo dormido en el sopor de la vida. Para que esto se realice el profeta debe ser un hombre enamorado y seducido por Dios. Un hombre que no sufra ni de una parálisis atrófica, ni de una actividad frenética. Un hombre que junto con los suyos sepa discernir cuál es el mejor lugar o forma para realizar este anuncio teniendo como misión salir a las periferias del mundo, donde la palabra de Dios se hace sorda y a la vez necesaria. Este sentido profético es asumido por la vida religiosa como parte fundamental de su misión en la Iglesia. La Vida Consagrada debe ser no solo signo de comunión, sino una comunión que testimonio al mundo, o mejor dicho que grite al mundo que Dios está vivo en medio nuestro.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN:

1. Teniendo en cuenta la necesidad de la conversión personal como primer paso para despertar el mundo ¿De qué cosas me debo todavía despertar? ¿Sufro de alguna parálisis atrófica o de alguna actividad frenética?;
2. Como comunidad local, vicarial o provincial ¿hemos realizado un discernimiento sincero en vista de insertar nuestro carisma en las realidades que nos necesitan?;
3. El Evangelio es importante en mi vida como religioso enamorado y seducido de Cristo.
4. La Regla de San Agustín y las Constituciones, me ayudan en este discernimiento a la hora de plantearme mi trabajo pastoral en vista de despertar el mundo.

TEMA 6:

QUE SEAMOS EXPERTOS EN COMUNIÓN

I. Marcados por el Espíritu

El ser humano es constitutivamente un ser para los demás, no autorreferencial, como acostumbraba a decir el Papa Francisco. Lo más auténtico de uno mismo es la apertura, la comunión, no el desconocimiento; la comunicación, no el paralelismo vital; el don no el egoísmo y la acogida, no el rechazo. El individualismo es la muerte de la persona y su desvío del camino de la realización personal y, por tanto, de la felicidad. La aportación de la vida religiosa, toda ella, respetando la singularidad de los carismas particulares, ha sido y está siendo un don, una aportación del Espíritu a la Iglesia. Miremos a nuestra historia que refleja riesgo evangélico, comunión fraterna, dificultades purificadoras y abandonos permanentes en la Providencia. Hemos sido marcados por el Espíritu que nos ha llamado para ser comunión de vida y vida de comunidad, es decir, fraternidad abierta a la gracia, al hermano y al carisma. Nuestras sanas tradiciones dan cuerpo a esa historia amorosa de Dios que, abierta al Espíritu, se ha convertido en historia de salvación y, por tanto, de comunión y entrega carismática. La vida fraterna en comunidad no es un tema periférico, sino un objetivo central, irrenunciable, indiscutible del que depende la autenticidad de nuestro ser consagrado. Nos implica mutuamente a todos. Aunque haya sido debilidad permanente también ha sido reto y llamada permanentes a la conversión, a la comunión, y a la superación personal y comunitaria. En la medida en que creamos en ella, la trabajaremos, la oraremos y la actuaremos, seremos creíbles, significativos, proféticos y evangelizadores. El testimonio de nuestra comunión es la primera palabra de la evangelización.

II. Comunión fundante

La comunión que fundamenta nuestra comunión religiosa es “que sean uno como Tú y yo Padre somos uno” (Jn 17-21). El misterio de la Trinidad en el que todos son uno, todo es de todos, cada uno se explica por los demás y todos son para el hombre, no sólo es el origen sino también el modelo último de toda comunión. La Iglesia es un pueblo de comunión, es decir, “pueblo reunido en virtud de la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”. La Iglesia se hace comunidad en la medida en que forma parte y vive de la unión del propio Dios uno y trino. La comunión de personas en Dios está en el origen (mutua relación y ato-donación de las personas abriéndose y entregándose al hombre), y en el término (comunión real de vida con el Padre, en el Hijo por el Espíritu Santo). Es una realidad de gracia que nos constituye hijos y hermanos. Si la Iglesia no hecha sus raíces en el misterio de Dios está desfondada y se hace estéril. La Iglesia es un misterio de comunión y esta realidad profunda debe manifestarse en la vida de la Iglesia. La comunión de la Iglesia está prefigurada, echa posible y sustentada por la comunión de la Trinidad, que es comunión familiar de vida y de acción. La vida religiosa por ser Iglesia, vive también de esta experiencia fundante: el amor de la comunidad trinitaria.

III. En qué consiste la Comunión Trinitaria

La Trinidad es el misterio central de nuestra fe, misterio entrañable e insondable, gozosamente cercano, dinámico, generador y referente obligado de toda comunión. Jesús nos habló del Padre como misterio de ternura. Lo llama Padre, Papá, que se conmueve hasta las entrañas y celebra con alegría la vuelta a casa de su hijo pródigo. (Lc. 15.1-25). Jesús es "mi Hijo amado en quien me complazco (Mt. 3-7), siempre fielmente obediente hasta la muerte y muerte de cruz (Flp. 2,8) y absolutamente libre. Por eso planta su tienda entre nosotros (Jn. 1-14) para redimirnos. Jesús enseñó la solidaridad comprometida, proclamó la dignidad del hombre y la liberación total. Muere para darnos vida y resucitado nos envía el Espíritu para enseñarnos que es Amor y para darnos fuerza para vivirla (Jn. 17) y así nos santifica. En este sentido la Trinidad representa lo nuevo, la apertura, la comunión absoluta. Habita en el corazón del hombre dándole capacidad de discernimiento, de decisión y de actuación conforme a sus planes. Se "ha metido" en nuestra historia para, desde su comunión trinitaria siempre dinámica y fiel, rehacer nuestra comunión rota, por el desconocimiento, el egoísmo y la desafección fraterna.

IV. Cómo es Dios Trino

Es un misterio insondable. Consciente de nuestra limitación trataremos de iluminarlo. El misterio trinitario es un misterio de amor que convoca, libera y envía. Adoramos a tres personas distintas de única naturaleza e iguales en su dignidad (prefacio de la Trinidad). Padre, Hijo, y Espíritu Santo constituyen una unidad dinámica. Las tres divinas personas son iguales pero su igualdad se da en la diferencia y en la relación entre ellas. La comunión trinitaria se hace en la diferencia y no en la uniformidad. Cada persona es distinta y actúa distintamente. El Padre como origen sin origen, envía al Hijo. Éste como el que eternamente conoce y llama al Padre, encarnándose, muriendo y resucitando, realiza la salvación. El Espíritu como vínculo de amor entre los dos, nos santifica, actuando la gesta liberadora del Hijo. La comunión trinitaria se construye por la participación de cada persona en la vida íntima de la Trinidad. Cada una participa a su modo, según sus propiedades. Sin participación no hay comunión. Comunión que no es subordinación. La comunión trinitaria se hace por la participación de las personas. La referencia a la Trinidad no sólo como origen, sino también como modelo único de comunión es esencial para una comprensión más completa y profunda de la Iglesia y, por ende, de la Vida Religiosa. Comunión es la manera de ser de Dios y la manera de realizarnos como hermanos. La comunión teologal es la fuente de la comunión fraterna y del servicio al hombre. La comunión es necesaria para la misión y la misión se lleva a efecto desde el misterio de la comunión trinitaria. "Yo soy la vid y vosotros los sarmientos" (Jn 15,15). "En cada uno el Espíritu se manifiesta para el bien común" (1Cor 12-17).

V. Algunas reflexiones de este misterio

La comunidad eclesial y, dentro de ella la comunidad religiosa:

- Brota de la comunión fundante trinitaria: es la comunión de todos los bautizados. La misma savia de la vida circula por todos los sarmientos. (Jn., 15, 1-15).
- Es comunión en la participación de la misión evangelizadora del mundo (E.N. 20). A todos se nos pide participación y responsabilidad. (1Cor. 12,4-30).
- Es comunión de personas libres y de personas diversas que se saben, se respetan y se quieren diversas, que acogen y celebran esta diversidad como una riqueza, la buscan y la desean como una necesidad. Abarca a todos y compromete a todos (1 Pt. 2, 4-5).

- Exige reciprocidad. Ni fundamentalismos impropios, ni pasividades inaceptables. Es problema de comunión activa y pasiva, de vida dada y vida recibida.
- Es acogedora, ofertante, asamblea que convoca. No es selectiva y menos excluyente. La única selección es la de la fe que da el Señor… "Para que el mundo crea" (Jn 17). A imitación de la Trinidad, no puede enfrentar carismas y ministerios diversos sino contar con todos ellos. La subsidiaridad y complementariedad es camino básico para la integración en comunión participativa y responsable. La unidad que procede del Padre por Cristo, en el Espíritu vive antes que la distinción. La relación no es de superioridad sino de estima y respeto mutuos, de consulta y diálogo en armonía y concordia, abiertos y fieles.
- Es misionera (Rom. 5,5), permanente y desbordante. Su voluntad salvadora es asumida, revelada y realizada en el Hijo y aplicada a cada ser humano en la promesa personal y personalizante del Espíritu. La Iglesia vive de esta confianza, despliega toda su sacramentalidad y se consolida en sí misma como Iglesia en la medida en que ella misma es misión permanente lo que significa que no vive para otra cosa que para el ser humano que ha de ser salvado. Comunión y misión se necesitan esencialmente. Sin comunión no se revela al Padre, sin voluntad misionera de revelarle no se es comunión. "Sólo haciéndose misionera la comunidad cristiana podrá superar las divisiones y tentaciones internas y para recobrar su unidad y su vigor de fe (R.M., 49). Sólo el absoluto de la evangelización (la causa de Jesús) asumido como tal absoluto, hace capaces de relativizar ideas, proyectos, esquemas mentales particulares, estructuras, mediaciones de personas. De no ser, éstos así bloquean la comunión y acaban minándola. No es la diversidad de criterios, que bienvenidos sean, sino la adhesión idólatra de nuestros esquemas mentales los que dificultan la misión y la comunión. Es evidente que esta comunión de personas ha de corporeizarse y hacerla visible en unidad de líneas de acción, de criterios fundamentales de disciplina de vida y de programas comunes, libremente asumidos, si no se la quiere reducir a pura ideología o a puro sentimiento. Pero ni las líneas, ni los criterios, ni la disciplina, ni los programas son la comunión sino soportes por un a lado y su signo y expresión visible por otro. Entrar y vivir en una familia religiosa es una opción libre, que pone en juego la más profunda reciprocidad personal con personas muy diversas que OTRO ha buscado y que pasan a formar parte de mi existencia. A ellas me debo en persona y de ellas no puedo prescindir para que la propia historia sea historia de salvación de Dios en mí.

VI. Aportación de la Vida Religiosa a la Iglesia

Es mucho lo que la vida religiosa, siendo, como es comunidad eclesial, ha aportado con su diversidad carismática al enriquecimiento y presencia de la Iglesia. Siendo Iglesia, y considerándose como tal, es como la ha hecho visible en las fronteras de cada de los carismas eclesiales. Lo que exige la necesidad de formarse permanentemente para esta comunión. Necesitamos personas enteramente libres, enteramente personas. Personas gratuitas, dispuestas y disponibles al amor personal y gratuito como opción permanente de riesgo y servicio (P.C. 15; Gál. 5,13; 1 Cor. 4, 5); seducidas por el Evangelio no como forma de vida, sino como pasión vital y como búsqueda incansable de la voluntad convocante de Dios, siempre abiertas y actuales a la palabra de Dios; apasionadas por el ser humano como respuesta viva de ese apasionamiento en que se sienten tratadas por Dios; en permanente discernimiento, con el gozo añadido de que el discernimiento hace comunión cristiana que es comunión en travesía. El misterio de la Trinidad en el que todo es de todos, todos son de todos y todos son para el ser humano, ilumina la comunión eclesial íntima, ofrecida, inmolada y gozosa que supera la comunión extrínseca como si se tratara

de una técnica de programación y comportamientos. Es una experiencia de amor que funde corazones y los capacita para la inmolación gozosa y martirial de la Iglesia en favor del hombre. La vida religiosa es acogedora y desconcertante. En ella se vive la identidad, la pertenencia y el compromiso con ternura y afecto. Es compromiso y convicción en crecimiento responsable, pacifica, organizada que estimula la libertad y el compartir del bien común.

VII. Los religiosos ¿expertos en comunión?

Así debería ser. Pero no siempre es así. El egoísmo, el inmanentismo y la ambigüedad han sido y son, entre otros, enemigos implacables de la comunión. Ya desde los orígenes, la vida religiosa abrigó la pretensión de ser una palabra viviente de comunión y fraternidad apostólicas. Los fundadores se sintieron Iglesia, quisieron sentirse Iglesia y sintieron con la Iglesia. Sus horizontes de comunión siempre fueron más amplios que la jerarquía. Se extendían a toda la Iglesia y también al mundo. El llamado evangélico en el que más se reconocen los religiosos es la ruptura con los modos habituales de establecer relaciones entre los hombres. Los lazos de sangre o de sentimientos espontáneos como el sistema de intereses personales, aún legítimos se ven superados por los criterios de fe, por la causa de Jesús. Los primeros monjes se retiraron al desierto no por huida del mundo, sino por una decisión positiva frente a una Iglesia decadente y aburguesada. Lo que deseaban era vivir el Evangelio en toda su integridad, salvar el espíritu de las bienaventuranzas enlazado con el ideal de la primitiva comunidad cristiana. La ruptura profética era doble: para con el mundo y para con una manera de concebir la Iglesia. Por eso el profetismo de la vida religiosa es ruptura y cuestionamiento y, sobre todo, propuesta de alternativa de vida. Es precisamente por esta propuesta comunitaria alternativa por lo que afirmamos que la vida religiosa es experta en comunión. En la vida religiosa se da un nuevo modelo de relaciones no competitivas sino iluminadas por la gracia. Los religiosos somos garante de relaciones nuevas, convencidas y hasta cordiales que expresan y favorecen las relaciones que, en la novedad del Espíritu, constituyen la vida trinitaria y que Jesús propone a su discipulado. La esencia de la fraternidad consiste en ser guardián, cuidador del hermano, de su dignidad y de su necesidad de vivir en armonía y en paz como hermanos.

Se deben cuestionar las falsas armonías y se debe trabajar la comunión evangélica hecha de convencimientos, de comprensión, de apertura y servicialidad, de amor desinteresado que no conoce fronteras. De esta relación se desprenden al menos los siguientes desafíos: aceptar la diversidad y el pluralismo que exige respeto a uno mismo y a los demás a imitación de Jesús de Nazaret, según el Evangelio. Él es fiel al proyecto salvífico del Padre, con firmeza y claridad. Convive con los suyos y con todos, respeta, alienta, expone el proyecto del Reino con su vida y su palabra generando un proceso de comunión creciente en las personas, no impone sino expone con gran libertad de espíritu, conoce los conflictos en el interior de la comunidad y la autoexclusión de algunos. En resumen, Jesús muestra con su vida y con su paz el camino de toda comunión. Este aceptarse, reconocerse, acercarse entrañablemente a los otros es la esencia de la comunión y de la comunidad religiosa que nace de ella. Remontar el sentido de pertenencia jurídica o funcional, o, incluso, afectivo para descubrir y abrazar esa reciprocidad personal con quienes no nos hemos elegido mutuamente, sino que nos hemos experimentado elegidos por OTRO gratuitamente, supone trasladarse al plano de gracia de la comunión de Dios con todo ser humano y mirarse en el radicalismo de dicha comunión: el reto trinitario de la comunión. Este reto es el mejor testimonio contra las rivalidades y violencias que desangran a la propia comunidad y a la humanidad entera.

Los religiosos no podemos renunciar jamás a esta vocación de ser constructores de comunión. Nuestros fundadores fueron hombres de Iglesia y buscaron lo fronterizo. Esta opción les supuso conflictos, dificultades, presiones etc… que aguantaron con ánimo intrépido por docilidad al Espíritu que les empujaba a explorar nuevas presencias eclesiales. Su ejemplo es para nosotros una lección fundante y profética.

VIII. Los agustinos, ¿expertos en comunión?

Así debería ser. Pero no siempre es así. A pesar de todo, debemos asumir que el tener una sola alma y un solo corazón orientados hacia Dios es nuestra identidad y especificidad como agustinos en la Iglesia buscando a Dios en comunión de vida y vida de comunidad. Como en tantos otros aspectos San Agustín, fue profundizando progresivamente su concepción del ideal de vida religiosa. Sus escritos no fueron resultado de una planificación, sino fruto de variadas circunstancias. La Regla debía ser espejo en la que debían de mirarse continuamente, el trabajo de los monjes como complemento conveniente a la oración y al estudio; la virginidad consagrada, como alternativa al matrimonio cristiano, la exposición del salmo 132 como ubicación de la vida religiosa agustiniana dentro de la Iglesia; los sermones 355-356 como dura crítica a la hipocresía. También hay otros textos de menor extensión pero todos ellos importantes. Es recomendable acudir al libro titulado "Teología espiritual de la Regla de San Agustín" del P. Pío de Luis Vizcaíno, Valladolid, 2013. De él he entresacado las reflexiones que iluminan nuestro ser comunión desde la comunión de Dios.

Debemos reseñar algunos elementos definitorios que ayudaron a San Agustín a definir su ideal monástico. Por ejemplo, la virginidad consagrada por Dios que la vincula inseparablemente con la caridad y la humildad, guardiana de la caridad; su relación con Jesucristo ilumina el carácter escatológico de la vida religiosa en la Iglesia. La Iglesia virgen en su espíritu, en la persona de los religiosos, virgen en su cuerpo a imitación de la Virgen María cuya maternidad comparten a nivel espiritual; el ideal de la Iglesia primitiva como comunión de bienes y distribución de los mismo según su necesidad (dimensión ascética); como única alma y único corazón según los Hechos de los Apóstoles (dimensión teológica) hacia Dios (in Deum) como iniciativa y aporte personal. Esto significa que la unidad de vida hay que entenderla desde la fe lo que conlleva a asumir que el Dios en quien piensa Agustín es el Dios Padre revelado por Jesucristo en el Espíritu. El hecho de que vaya con la preposición in Deum significa no solo el momento de dirección hacia Él, sino el sumergirse en su misterio de amor trino del que los religiosos se sienten a la vez objeto y sujeto. Al saberse objeto de su amor paterno, se convierten en sujetos de amor filial lo que presupone no solo dirigirse hacia Él, sino también el vivo deseo de un encuentro amoroso que da la razón de ese dirigirse hacia Él. Este hacia Dios (in Deum) en múltiples textos agustinianos es como complemento a la única alma y el único corazón propios de la primitiva comunidad cristiana de Jerusalén. Según San Agustín, esa "una alma" no es otra que la "única alma de Cristo", lo que implica integrar el ideal religioso en su doctrina del Cristo total, el organismo vivo del que Cristo es la cabeza y los cristianos los miembros de su cuerpo, la Iglesia. El fundamento de la "única alma" y, por extensión del "único corazón" es sacramental: gracias primero al Bautismo y luego a la Eucaristía los religiosos están integrados en Cristo y con Él y en Él constituyen la única alma. Integrados en Él, han devenido en Él en hijos de Dios: hijos de Dios en el Hijo de Dios, el Padre Común, para disfrutar juntos de su amor paterno y manifestarle juntos el amor filial. Nada de esto es posible sin la actuación del Espíritu, fuente divina de amor. El cumplir todas estas cosas entre

las que están el formar parte de la "única alma y el único corazón" y el encaminarse hacia Dios (in Deum) solo es posible si el Señor lo concede otorgando su amor como señala el Santo en el último capítulo de la Regla.

Una palabra puede resumir toda esta teología: "comunión. Comunión primero con Cristo, a quien todos los religiosos se han incorporado como miembros. Luego, comunión con Dios Padre de quien los religiosos se han hechos hijos por la incorporación a su Hijo y, por último, comunión con el Espíritu sin cuyo don, el amor, no cabe comunión posible. La comunión con Cristo y con Dios Padre incluye necesariamente la comunión con los demás religiosos, también ellos incorporados a Él, y con Él hijos de Dios. Una comunión pues fundada en la fraternidad con Cristo y en Cristo y en la común filiación respecto de Dios Padre. Resulta clara, pues, la referencia trinitaria de la comunión que Agustín propone a sus religiosos. La comunión de amor de las divinas personas se traslada a la comunidad religiosa. Pero si la referencia trinitaria está en su origen, en su término se encuentra la referencia escatológica. La comunidad religiosa anticipa en los límites del tiempo la que será la comunión común y plena con el Dios trino por toda la eternidad. Ambos aspectos, junto a la base sacramental de la misma, dejan claro que la comunión que Agustín propone a sus religiosos es una comunión radicalmente cristiana, eclesial y, por tanto, no exclusiva de la vida religiosa pero que ésta asume vivirla en un marco específico. La comunidad, fruto de la comunión, es el espacio en que los religiosos viven esa polimorfa comunión, el ámbito en que experimentan la común fraternidad en Cristo y la común filiación respecto de Dios Padre, gracias al don del Espíritu. La comunión interior y teologal adquiere visibilidad en la vida en común y, a la vez, la vida en común refuerza la comunión interior. Es esa comunión, interior y teológica, no otros intereses por legítimos que puedan aparecer o ser, la razón de la vida en común. En consecuencia la vida en común adquiere sentido en la medida en que manifiesta y sirve a esa comunión. Precisamente por su base sacramental la comunión de los hermanos que viven en común no se limita al propio grupo, sino que se abre espiritualmente a los demás hombres o porque ya están integrados en Cristo o porque están llamados a estarlo. La misma vivencia de la comunión lleva dentro de sí el impulso para convertirse en fuerza apostólica y misionera. La experiencia de comunión de la comunidad religiosa puede marcar el camino a seguir para alcanzar la misma experiencia en la comunidad eclesial. Cuando la comunidad religiosa realiza el ser comunión de la Iglesia, la comunidad eclesial puede volver los ojos a ella para conseguir idéntica experiencia de comunión. Si ambas comunidades, la religiosa y la eclesial, tienen idéntico ideal, la que más se acerca a él debe mostrar el camino de la otra. La comunión monástica no es sino una manifestación de la comunión eclesial. En la mente de San Agustín la profesión religiosa y el ministerio sacerdotal no se oponen sino que se complementan. La única condición es que los religiosos candidatos cumplan las condiciones morales, espirituales e intelectuales requeridas. Si la vida en común ha de manifestar y potenciar la comunión tal objetivo debe aparecer en, al menos, en sus variados aspectos: el aspecto espiritual de la persona: trato con Dios, rezo en común, etc…, el aspecto eclesial y comunitario: comunicación, diálogo, bienes materiales e intelectuales, capacidades, ejercicio de la autoridad. La comunión se manifiesta en compartir todo porque se es de todos, el perdonar toda ofensa porque todos necesitamos ser perdonados y el ejercicio de servicio como donación de amor porque todos hemos sido salvados por el amor incondicional y entregado de Dios.

La insistencia en la comunión interior traslada el discurso a la interioridad. La interioridad es ámbito de comunión. Es el espacio personal en donde los religiosos comienzan a paladear la

común relación de fraternidad con Cristo y de filiación respecto de Dios, fruto del amor que en ellos ha depositado el Espíritu. Esta diversificada comunión no ha de ser sólo verdad que el religioso afirma, sino también realidad gozosa que experimenta. Saberse incorporado a Cristo, sentirlo como hermano en la común, aunque diferente, filiación divina, tener consciencia que los demás están también unidos en la misma fraternidad y filiación es, en origen, experiencia interior aunque luego reclame manifestarse en obras externas en la vida común. Es en la profundidad del propio ser en donde los religiosos pueden tener la experiencia del amor que el Padre siente por ellos y que les ha manifestado en Cristo. Es ahí, en la propia interioridad donde el Espíritu con su don enciende en ellos, como respuesta, el amor filial y el amor fraterno. Es esta experiencia interior la que fundamenta la comunión y la que origina la vida en común como su expresión exterior. Sin interioridad, pues, no puede haber comunión, ni, consiguientemente, la vida en común que propone San Agustín, a sus religiosos.

San Agustín, es muy consciente de que propone un ideal que, por eso mismo, difícilmente se alcanzará plenamente en esta tierra: "confieso sinceramente ante Dios que desde que comencé a servir a Dios, difícilmente he hallado personas mejores que las que adelantan en el monasterio, pero que tampoco las he encontrado peores que las que han caído en él". La vida le había enseñado a ser ante todo realista. En las comunidades religiosas se manifiesta evidente el mal que acompaña inevitablemente al hombre, pero existe así mismo el bien que manifiesta que Dios es más fuerte que el mal.

Creemos que es recomendable leer los sermones 355-356. Agustín tuvo que vivir el escándalo de Genaro, religioso del monasterio de clérigos que al morir había dejado testamento. El problema consistía en vaciar de su contenido específico estructuras de vida religiosa y llenarla de cierta mentalidad incompatible con las exigencias de la vida común y los compromisos abrazados por los votos religiosos. Es decir, llenar la vida religiosa de cierta "mentalidad de cura". La solución pasa por la exigencia de autenticidad y rechazo de toda hipocresía. San Agustín, es claro en los planteamientos, en las soluciones y en los compromisos. Ante esta mentalidad reaccionó de una manera enérgica e inequívoca: él quiere en su monasterio sacerdotes con mentalidad de religiosos. Las aplicaciones son múltiples y variadas. Todo un reto a nuestras complacencias egoístas: "vivir en común" sin experiencia de comunión espiritual, teologal y estilo comunitario más funcional que vivencial, acarrea confusionismo, suplencias, permisivismos y hasta falsedad de vida. Dios no lo permita en nosotros.

IX. Naturaleza de esta comunión religiosa

Esta comunión es: teológica antes que ascética; gracia antes que mérito; realidad ya presente pero aún futura; eclesial y evangelizadora antes que social y benefaciente, profética, salvadora y fiel al proyecto trinitario de salvación. Es verdad que hay otros tipos de comunión pero que los consideramos insuficientes: la que identifica la comunión con la vida en común; la que se fundamenta básicamente en lo psicológico: satisfacer necesidades psíquicas, sociabilidad, compañerismo, colaboración etc..; la que reduce la comunión a compartir valores del Espíritu: ideales culturales, científicos, humanitarios. Por definición una comunidad teológica sólo puede sostenerse en Dios. Si Dios desaparece como fundamento, y en la manera que desaparezca, desaparece la comunidad. Salvada la comunión de base teológica, bienvenida sea cualquier otro tipo de divergencia sobre asuntos seculares.

X. Algunas conclusiones finales

La unidad y comunión se integran en la pluralidad. Mostrar la unidad en la pluriformidad es, en estos tiempos, un extraordinario y necesario servicio a la Iglesia. Los caminos de la Iglesia no pasan por la sospecha, apatía, desconfianza, prejuicios, conflictos sino por el diálogo interno y externo, la comunión en fraternidad, la participación activa y solidaria. Deberíamos evitar las polarizaciones que tanto daño ha hecho y siguen haciendo a la fluidez, espontaneidad y trasparencia comunitarias. Cuanto más nos conozcamos en la singularidad personal y carismática, mejor nos valoraremos y mejor nos sentiremos como mutuamente necesarios. Es urgente potenciar un clima de diafanidad, búsqueda, amistad y docilidad al Espíritu. El laico es un carisma eclesial que debemos conocer más y mejor, contar con él para que en creatividad, subsidiariedad, complementariedad y responsabilidad construir una Iglesia más evangélica, completa y servidora. Los diversos carismas son muchos pero único e idéntico es el Espíritu como principio dinámico de la variedad en la unidad y la caridad.

XI. A modo de ayuda para reflexión personal y/o comunitaria

La comunidad actual en que vivo ¿es para mí un espacio de vida o un contratiempo importante? Mi actitud en ella es vitalizadora, promotora de luz y de vida o cansina, de "aguante" y a la defensiva. ¿Crees de verdad en la comunidad y en esta comunidad en concreto?

Es necesario y urgente crear e incorporar en la comunidad relaciones nuevas de filiación, fraternidad en comunión de vida y vida de comunidad lo que implica, como comunidad de Jesús, conformación con Cristo (V.C. 18,2), compromiso total (V.C 18,1), adhesión conformadora (V.C. 16,3), personas cristiformes (V.C. 19,2), hacer presente a Cristo en el mundo mediante el testimonio personal y de una comunidad fiel (V.C. 72). ¿Cómo resuena esto en mí? ¿Me aburre? ¿Ya hace mucho tiempo que lo sé? ¿Me deja indiferente? ¿Me seduce, enamora? ¿Despierta en mí sentimientos de generosidad? Atrévete a compartir con humildad y serenidad estas experiencias que son básicas para romper la rutina, crear relaciones de autenticidad y esperanza

Uno de los retos más desafiantes de nuestras comunidades es no acertar en la superación de dificultades, conflictos etc…; a la luz de la fe. Es un hecho objetivo y cuestionante. De ahí se derivan los miedos, las huidas, los desánimos, las relaciones educadas pero frías etc... ¿Cómo estás viviendo esta realidad y cómo la están viviendo, a tu juicio, nuestras comunidades? Pensando en ti y en la comunidad en que vives, ¿qué te pide Dios? Sé fiel… serás feliz.

¿Qué es ser experto en comunión? Defínelo con claridad. ¿Qué te exige? Sé honesto y valiente. ¿Qué ordenación de vida debes hacer? Céntrate en ti. ¿Qué sentimientos, actitudes, convencimientos, discernimientos, comportamientos debes evangelizar? Compártelos con los o, al menos, algunos de los hermanos. Alguien tiene que comenzar: sagacidad, valentía, prudencia… serás más feliz.

La comunión es obra del amor y el amor es obra del Espíritu. El Espíritu es comunión de amor entre el Padre y el Hijo y entre la Trinidad y principio de comunión entre nosotros. ¿Cómo vives tu relación de intimidad con Cristo y con los hermanos en las pruebas, conflictos y cruz?

¿Oro y me familiarizo con la comunión trinitaria, alma de toda comunidad cristiana y, por ende, religiosa? ¿Qué cambios más importantes te pide el Espíritu? “Dios está presente en la vida de cada uno de nosotros. El ser humano está creado no paras ser isla sino comunión. Se realiza no cuando se individualiza sino cuando más es comunión. El ser comunidad es parte esencial de la vida. Nadie está llamado a ser nota suelta en la sinfonía de nuestra vida comunitaria.”

TEMA 7:

QUE SALGAMOS DE NOSOTROS MISMOS PARA IR
A LAS PERIFERIAS EXISTENCIALES
(CAPÍTULO PRIMERO DE EVANGELII GAUDIUM).

Esta actitud debe estar presente siempre en la reflexión y práctica de la Iglesia Peregrina y, por supuesto, en las Comunidades Religiosas. Los Agustinos somos herederos de una Orden Mendicante: "ir con la disposición del Misionero Jesucristo a buscar a los hermanos para el Reino de Dios", como lo entendieron los Apóstoles y lo entendió San Agustín y todos los Santos. Una Comunidad Religiosa con espíritu "nómada", misionera, permanecerá vigente en el tiempo y podrá ser testigo, en las circunstancias propias, del paso de Dios, del "kairós" de Dios. Aprendamos de la Encarnación del Verbo, salgamos de nosotros mismos, de nuestros acomodos, si no estaremos condenados a perder el rumbo, la mística, el Carisma.

Esta actitud motiva al cambio personal y comunitario, en la mentalidad y la práctica para el ejercicio de la misión evangelizadora como Iglesia Peregrina que debe recobrar la actitud de Misionera por excelencia como lo hizo Jesús y lo aprendieron los Apóstoles, posterior al acontecimiento de la resurrección (salir) de sus vidas pasivas, muertas y sin mayor exigencia en el compromiso de amar y servir al Otro del camino, a quien lo hemos abandonado, tirado, por el acomodo, el bienestar, la autoreferencialidad en la que nos sentimos satisfechos con lo mínimo, con el desamor, con la renuncia a ser peregrinos, nómadas y hemos optado por ser y permanecer sedentarios, mirándonos al espejo de la satisfacción de lo mandado, del cumplimiento, pero ignorando, "con conciencia o sin ella", a los huérfanos del amor de Dios, negándonos a hacer llegar la misericordia tal como lo enseñan los Apóstoles y los Santos, en cada momento del devenir histórico.

1. **DIOS ES EL PRIMERO EN SALIR A LA PERIFERIA DE LA NECESIDAD DE SU CRIATURA HUMANA, PARA CAMINAR CON ELLA, EN EL MOMENTO Y CIRCUNSTANCIAS CONCRETAS DE SU HISTORIA.**

LA PARRESIA DE DIOS: He venido para que tengan vida en abundancia (Jn 10, 10).
Dios es un "peregrino", un "nómada" junto a su criatura; jamás la abandona y siempre la busca porque se siente necesitado para llevar adelante la Obra de la Redención con su libre colaboración, en cada momento de la historia. Ya en el Libro de Génesis, Dios se pone del lado de su "imagen", de su criatura, cuando el Maligno.

se la quiere arrebatar: "pongo enemistad entre ti y la mujer, entre tu descendencia y la suya: ella te herirá en la cabeza (promesa de un Salvador) cuando tú hieras su talón" (Gen. 3, 15).

Si Dios es un "peregrino" junto a su criatura, esa debe ser la actitud de la Iglesia, de cada hombre y mujer, ser y sentirse "peregrinos" de un mismo camino, rumbo a una misma meta y, por lo tanto, solidarios y comprometidos para cuidarse, apoyarse y no permitir que el Maligno los disperse para poder vencerlos. El trabajo del Maligno es poner a la mujer y al hombre en discordia, romper

su unidad, para así crear la confusión, el miedo, el terror de la soledad, y poder urdir el engaño de la tentación.
Jesucristo, Dios, se abajó, se vino a la "periferia" de la necesidad de su criatura para tomarla en sus brazos y conducirla a las "fuentes de agua fresca", a los "pastos abundantes".

"Tengan los mismos sentimientos de Cristo Jesús, quien, a pesar de su condición divina, no hizo alarde de ser igual a Dios, sino que se vació de sí y tomó la condición de esclavo, haciéndose semejante a los hombres. Y mostrándose en figura humana se humilló, se hizo obediente hasta la muerte, y una muerte en cruz. Por eso Dios lo exaltó y le concedió un nombre superior a todo nombre, para que, ante el nombre de Jesús, toda rodilla se doble, en el cielo, en la tierra y en el abismo, y toda lengua confiese: ¡Jesucristo es Señor!, para gloria de Dios Padre" (Fil 2, 5-11).

Para poder realizar un acompañamiento, según el querer de Dios, a cada persona, grupo o comunidad de personas, es necesario "saber de qué están hablando esas personas", es decir, hay que "conocer" la frontera de la necesidad del otro, de su dolor, de su sinsentido, de su deshumanización. Solamente "compartiendo" la frontera de la necesidad humana en el camino del Otro podremos tener un "discurso" de acciones que le permitan al Otro sentir que Dios está junto a él, en su camino, como lo sintieron los Discípulos camino de Emaús: ardían sus corazones por el mensaje de compasión y solidaridad con que se sintieron acompañados y comprendidos en la periferia de su soledad, de su dolor, de su sinsentido.

Dios es el primero en saber, conocer y sentir el sufrimiento de su criatura, y este sentimiento lo llena de compasión y sale a buscar a su criatura, sale a su camino y convoca colaboradores.

"El Señor dijo a Moisés: He visto la opresión de mi pueblo en Egipto, he oído sus quejas contra los opresores, me he fijado en sus sufrimientos. Y he bajado a librarlos de los egipcios, a sacarlos de esta tierra de opresión para llevarlos a una tierra fértil y espaciosa, tierra que mana leche y miel… La queja de los Israelitas ha llegado a mí, y he visto cómo los tiranizan los egipcios. Y ahora, anda, que yo te envío al Faraón para que saques de Egipto a mi pueblo, a los Israelitas" (Ex. 3, 7-10).
Si Dios no anduviera en las "periferias de la necesidad humana" no sería nuestro Padre, no sería el Dios de Amor, no sería el Dios salvador. La Comunidad Iglesia, la Comunidad Religiosa, la Comunidad Familia, si no se atreve a ir a las "periferias" del dolor cotidiano de sus hijos y hermanos, deja de ser SIGNO, deja de ser la Madre y el Padre, pues se ha "secado" su corazón de sentimientos de compasión y se convierte en una "mecha humeante" que solo expide mal olor y polución de oscuridad y descomposición.

La Encarnación de Jesús es el más claro signo de la "parresía" de Dios, de su salida a buscar a su criatura, a hacer el camino humano para darle el sentido divino de ser imagen del Dios-Amor que no renuncia a su compromiso de llevar a la plenitud lo que creó en su Hijo, hecho uno de nosotros, Jesús, la imagen humana de Dios, para que todos seamos Cristo, la imagen divina del hombre y la mujer.

"El Ángel dijo a María: No temas, María, porque gozas del favor de Dios. Mira, concebirás y darás a luz un hijo, a quien llamarás Jesús. El será grande, llevará el título de Hijo del Altísimo; el Señor Dios le dará el trono de David, su padre, para que reine sobre la Casa de Jacob por siempre y su reino no tendrá fin" (Lc 1, 30-33).

Dios ha dejado en las manos de su criatura el Plan de Salvación. Los Apóstoles así lo entendieron, esa fue su resurrección, comprometerse con la Obra de Dios en esta historia, eso es resucitar. Dios pide nos pongamos en el camino del Otro para escucharlo y apoyarlo en la búsqueda y encuentro con el Dios verdadero en la frontera de su peregrinar, de su búsqueda de la Verdad liberadora.

"El ángel del Señor dijo a Felipe: ¡Levántate! Dirígete al sur, al camino que conduce de Jerusalén a Gaza, un camino desierto, (donde no hay vida, allí es donde Dios quiere hacerse cercano y pide ayuda a sus colaboradores). Felipe se puso en camino…El Espíritu dijo a Felipe: Acércate y camina junto a la carroza… ¿Entiendes lo que estás leyendo (escuchar de qué habla el ser humano, sus angustias, tristezas y esperanzas)… ¿Y cómo voy a entender si nadie me lo explica?... ¿Qué me impide ser bautizado?. Felipe respondió: ¿Crees de todo corazón?... Creo que Jesucristo es el Hijo de Dios… y Felipe lo bautizó" (Hch 8, 26-39).

No estaremos colaborando con la Obra de Dios si nos enclaustrarnos para mirarnos a nosotros mismos, para tranquilizarnos con el cumplimiento a cabalidad de las "rúbricas" en nuestras rutinas diarias. La Obra de Dios es oración y trabajo durante el camino, porque la oración de quien va a buscar a sus hermanos, a escuchar sus gritos de angustia y se queda con ellos para hacer el camino, esa oración confiada de escucha del querer de Dios y de la entrega de la vida a atender las necesidades del hermano peregrino, esa oración-acción es el alma del verdadero apostolado, del apostolado en las fronteras de la angustia humana. Esa es la enseñanza que los Apóstoles entendieron de su Maestro. De Dios se habla en el camino con el hermano (Emaús) y se le bendice en la casa de los hermanos (compartir tiempo, mirándose al rostro donde se descubre a Dios, "se les abrieron los ojos y lo reconocieron").

"Había en Damasco un discípulo llamado Ananías. El Señor le dijo: ¡Ananías!, y él respondió: Aquí me tienes, Señor. El Señor le dijo: Encamínate a la Calle Mayor (la autopista donde todos van sin esperanza y sin la luz de la Verdad) y pregunta en casa de Judas por un tal Saulo de Tarso, lo encontrarás rezando… Ve, que ése es mi instrumento elegido para difundir mi nombre entre los no creyentes… Ananías le dijo: Saulo, hermano, me envía el Señor Jesús…" (Hch 9, 10-25).

San Agustín aprendió la lección que los Apóstoles entendieron del Señor Jesús: hay que ir a buscar a los hermanos (porque en los palacios del bienestar, simbolizado por el palacio del poder humano, el palacio del Imperio del egoísmo, sede de la autorreferencialidad, solo existe guerra y opresión contra el hermano considerado siempre como enemigo). Por eso San Agustín re-hizo el camino de vuelta a donde estaban sus hermanos necesitados de un Dios cercano que los ampare, que les muestre que existe la misericordia y que es posible sentirla en esta historia. De ahí la expresión de San Agustín: "Ustedes estén atentos a las necesidades de la Iglesia peregrina", de sus hermanos y con ellos hasta dar la vida, como lo hizo el Maestro Jesucristo.

La oración auténtica es la disposición para escuchar el querer de Dios, en comunidad, y disponerse a hacer la voluntad de Dios preocupado por su criatura y colaborarle sin demora, porque su obra no espera, es necesario ir en el momento preciso, ir allí donde la luz se está apagando y la esperanza se ha perdido. La Comunidad se convierte en el soporte, en la garantía del discipulado, pues de lo que se tiene en Comunidad, a Dios, se va a la viña, la Iglesia, a dar lo recibido sin

reservarse nada, porque quien comparte a Dios, sirviendo con alegría, más lo tiene, es el testimonio de los Santos y Santas.
"Mientras los discípulos oraban y ayunaban, el Espíritu Santo les dijo: Sepárenme a Bernabé y a Saulo para la tarea a la que los tengo destinados… Les impusieron las manos y los enviaron. Ellos fueron, enviados por el Espíritu Santo, a Seleucia, Chipre y Salamina…" (Hch 13, 1-12).

La Iglesia debe salir del "cenáculo" de sus miedos, de sus seguridades, de sus prácticas rutinarias, e ir a las "periferias" de lo no hecho, de lo no programado, donde todo está por hacerse en la Obra de Dios, cada día, pues es allí donde está Dios necesitado de buenos y generosos colaboradores, como lo entendieron los Apóstoles y luego lo siguen entendiendo los Santos y Santas.

Los Apóstoles y la Virgen María "abandonaron" el lugar de encierro, el lugar de la autorreferencialidad, de la seguridad engañosa, y se fueron a donde Jesucristo los esperaba, con la única riqueza y fuerza que acaba con los miedos y las falsas seguridades: el Espíritu Santo, dado en abundancia y que nos va develando la verdad plena.

La Iglesia peregrina, la Comunidad Religiosa, la familia, han sido "enviadas" al camino, a la peregrinación, a ser luz y sal, a estar en la frontera guiando y en la retaguardia animando a los más débiles en la respuesta. Esto es claro en el mandato de Jesús resucitado y así debemos tomarlo en la Comunidad religiosa, que debe ser modelo de la Iglesia pobre, generosa y siempre en la frontera de la necesidad humana de todos los tiempos y lugares.

"Jesús se acercó a los discípulos y les dijo: Me han concedido plena autoridad en el cielo y en la tierra. Vayan y hagan discípulos en todos los pueblos, bautícenlos consagrándolos al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo, y enséñenles a vivir todo lo que yo les he enseñado. Y no tengan miedo, yo estaré con ustedes siempre, hasta el fin de los tiempos" (Mt 28, 18-20).

2. LA IGLESIA PEREGRINA, LA COMUNIDAD RELIGIOSA, LA FAMILIA, DEBEN PERMANCER SIEMPRE EN ACTITUD DE ÉXODO.

Una Iglesia con espíritu "nómada" necesita, busca, camina con el Dios auténtico porque lo llama con sus dudas en la dureza del peregrinar; una Iglesia satisfecha, "sedentaria" no necesita, no busca, se envejece en lo rutinario, vive simplemente para "cumplir", se vuelve "autorreferencial", se torna idólatra de sus propias seguridades, se enferma y deja de ser signo de esperanza.
Los Agustinos no debemos renunciar a la búsqueda: "Nos hiciste, Señor, para Ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en Ti" (S. Agustín, Conf. I, 1,1). Somos herederos de una espiritualidad de la inquietud, de la búsqueda constante, debemos mostrarlo en el servir como disponibilidad cotidiana siendo creativos en el trabajo evangelizador en cada una de las obras que acompañamos, pues el día que digas basta, empezaste a morir, expresa San Agustín.

"No hables de lo que te alaga a ti mismo, de tu propia cosecha. Exponte a la LUZ que viene de lo alto. Sin su iluminación, cuanto digas será tan falso y confuso como la fuente de donde nace" (S. Agustín, Serm. 166, 3,3). El "sedentarismo" religioso lleva a buscar discursos que satisfagan la comodidad que nos hemos creado, pues es nuestra seguridad, y nos molesta que nos cuestionen desde la LUZ que nos sacude y nos enfrenta con nuestras pasividades y acomodos.

La Iglesia y la vida religiosa deben dejarse llevar por el Espíritu al "desierto" donde la tentación (el Maligno) está muy atento para invitarnos a desear y querer volver a las "comodidades" de la no-exigencia (pueblo de Israel en el desierto, Jesús en el desierto). Es en el "desierto" de la necesidad humana donde la Iglesia, la vida religiosa está llamada a "sembrar" sin dudar que la "Roca", Dios, está allí para hacer brotar el "agua" para regar la buena siembra. Es en el "desierto" de la necesidad humana donde la Iglesia y la vida religiosa se "prueban", si confían en Dios, y pueden salir airosas de la tentación que invita a abandonar la "misión" de la Cruz y quedarse con los "halagos" pasajeros que, según la tentación, parecen evitarnos el camino de la Cruz, que es dar la vida, día a día, por lo que más ama Dios, su criatura en el mundo, único espacio y oportunidad para ser Santos.

La evangelización, el ir, el hacer camino, es la razón de ser de la Iglesia, es "la dulce y confortadora alegría de evangelizar" (Pablo VI). Es el mismo Jesucristo quien, desde dentro, nos impulsa.

3. EVANGELIZAR SUPONE CELO APOSTÓLICO, SALIR A BUSCAR.

Evangelizar supone en la Iglesia Peregrina la parresía de salir de sí misma. La Iglesia está llamada a salir de sí misma e ir hacia las periferias, no solo las geográficas, sino especialmente las periferias existenciales: las periferias del misterio del pecado, del dolor, de la injusticia, de la ignorancia y prescindencia religiosa, del pensamiento, es decir, las periferias de toda miseria padecida por el ser humano por causa del odio, del egoísmo.
Cuando la Iglesia no sale de sí misma para evangelizar deviene autorreferencial y entonces se enferma (cfr. La mujer encorvada sobre sí misma del Evangelio). Los males que, a lo largo del tiempo, se dan en las Instituciones Eclesiales tienen raíz de autorreferencialidad, una suerte de narcisismo teológico.

En el Apocalipsis Jesús dice que está a la puerta y llama. Evidentemente el texto se refiere a que golpea desde fuera la puerta para entrar… Pero pienso en las veces en que Jesús golpea desde dentro para que le dejemos salir. La Iglesia autorreferencial pretende a Jesucristo dentro de sí y no lo deja salir.

La Iglesia, cuando es autorreferencial, sin darse cuenta, cree que tiene luz propia; deja de ser el mysterium lunae y da lugar a ese mal tan grave que es la mundanidad espiritual (Según De Lubac, el peor mal que puede sobrevenir a la Iglesia). Ese vivir para darse gloria los unos a otros.

Simplificando, hay dos imágenes de Iglesia: la Iglesia evangelizadora que sale de sí; la Dei Verbum religiose audiens et fidenter proclamans, o la Iglesia mundana que vive en sí, de sí, para sí.

Esto debe dar luz a los posibles cambios y reformas que haya que hacer, a la Iglesia Institucional histórica, a la Orden Agustiniana hoy, para la salvación de las mujeres y hombres que se nos dan en el camino para guiarlos al hallazgo del Camino que es Jesucristo-Dios hecho historia humana.
Pensando en los próximos Padres Generales, Provinciales y Superiores Locales: deben ser hombres que, desde la contemplación de Jesucristo y desde la adoración a Jesucristo ayuden a la Orden, a la Iglesia a salir de sí hacia las periferias existenciales, que la ayuden a ser la Madre fecunda que vive de "la dulce y confortadora alegría de evangelizar, de hacer la Misión, más allá de las puertas de los templos, de los conventos".

4. EL “SER” Y LA “RAZON DE SER” DE LA IGLESIA PEREGRINA ES CAMINAR HACIA LA CASA DEL PADRE, BUSCANDO A LOS OTROS PARA QUE HAGAN PARTE DEL CAMINO DE LA LIBERTAD-RESURRECCIÓN

La Iglesia, la vida religiosa, "está llamada a salir de sí misma e ir hacia las periferias". Los nuevos hombres y mujeres de Iglesia (religiosos), deben ser "hombres y mujeres que, desde la contemplación de Jesucristo y desde la adoración a Jesucristo ayuden a la Iglesia a salir de sí e ir hacia las periferias existenciales".

"Cuando la Iglesia, la vida religiosa, no sale de sí misma para evangelizar, deviene autorreferencial y entonces se enferma (...) Los males que, a lo largo del tiempo, se dan en las Instituciones Eclesiales tienen raíz de autorreferencialidad, una suerte de narcisismo teológico".

Hay dos imágenes de la Iglesia: "la Iglesia evangelizadora que sale de sí (...) o la Iglesia mundana que vive en sí, de sí, para sí". "Esto debe dar luz a los posibles cambios y reformas que haya que hacer al interior de la Iglesia, de la Vida Religiosa, de la familia, para la salvación de los hombres y mujeres, en cada momento de la historia".

El Papa Francisco, al comenzar su Pontificado, llamó a la Iglesia y a los millones de católicos del mundo a salir de sí mismos "para ir al encuentro de los demás, para ir hacia las periferias de la existencia humana".
"Debemos movernos hacia nuestros hermanos y nuestras hermanas, sobre todo los más lejanos, los olvidados, los que más necesitan comprensión, consuelo, ayuda".

"¡Es tan necesario llevar la presencia viva de Jesús misericordioso y rico de amor!". El llamado a salir hacia la "periferia existencial" resonó similar al llamado que hizo, el ahora Papa Francisco, ante los Cardenales en las reuniones previas al Cónclave, que resultó decisivo para su elección.
La vida de Fe de los Religiosos, de los Consagrados, que han respondido al llamado a ser Luz y Sal en la tierra, "es un tiempo de gracia que el Señor nos dona para abrir las puertas de nuestro corazón, de nuestra vida, de nuestras obras, de nuestros movimientos, de las asociaciones, para salir al encuentro de Otros". "¡Qué pena ver tantas obras, tantos conventos cerrados, dedicados a la mínima acción, más aún, a la mínima acción por tradición y ausente de la realidad, sin amor, sin creatividad!".

Hoy, como lo fue en los comienzos con los Apóstoles, la Iglesia, la Vida Religiosa, la familia, están invitadas por Dios a "salir siempre" de sí mismas "con amor, con la ternura de Dios”, en el respeto y en la paciencia, pero con generosidad para acompañar y servir a los hermanos encomendados.
El Papa Francisco, en su Magisterio permanente, viene denunciando un modo de vivir la Fe "cansado y rutinario". Debemos vivir la Vida Religiosa con pasión, con creatividad para entrar en la lógica de Dios, de la cruz, del amor y de la Buena Nueva del Evangelio. "Seguir, acompañar a Cristo, quedarse con Él exige «salir» de un modo de vivir la Fe aletargado, dejar la actitud de cansancio y de “vejez” carente de sentido y retomar el dinamismo de la alegría y de la sencillez para poder ser presencia convocadora en los tiempos de desilusión y carencia de seguridades".

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

1. ¿Cuál es tu actitud frente a la tragedia que vive la humanidad, envuelta en guerras, corrupción y negación de la vida?
2. ¿La realidad de sufrimiento humano te es motivo de preocupación en la oración diaria y en tu práctica pastoral y sacramental en la obra que acompañas?
3. ¿Aplaudes a quienes favorecen tus seguridades, el statu quo de tu vida, y reclamas a quienes te invitan al cambio, a asumir el riesgo de "salir" e ir a buscar al hermano y compadecerte de él y tenderle tu mano "amiga" para hacer el camino de salvación histórico juntos?
4. ¿Cómo está tu práctica de escucha al hermano, en la obra encomendada, para sentir con él sus angustias, sinsentido y ausencia de esperanza?

BIBLIOGRAFÍA MÍNIMA

Textos guía de la presente reflexión:

La Biblia. Luis Alonso Schökel. La Biblia de Nuestro Pueblo. Editorial San Pablo, 2010.
San Agustín. Pedro Rubio Bardón. Recordar. La Respuesta Agustiniana. OALA, 2003.
Magisterio del Papa. Papa Francisco. Manuscrito entregado por el Cardenal Bergoglio al Cardenal Ortega. Fuente: Palabra Nueva. Revista de la Arquidiócesis de la Habana (Cuba).
Papa Francisco. Mensaje de Cuaresma. Marzo 13 de 2013.
Pope Francis. Encyclical Letter. On Care For Our Common Home. Laudato SI'. Libreria Editrice Vaticana. June 2015.

TEMA 8:

QUE NOS PREGUNTEMOS LO QUE DIOS Y LA HUMANIDAD DE HOY NOS PIDEN:
CONSOLAD, CONSOLAD A MI PUEBLO
(ALEGRAOS. MISERICORDIAE VULTUS)

1. "El rostro de la misericordia"

La Bula de convocación del Jubileo Extraordinario de la Misericordia titulada "Misericordiae vultus" se compone de 25 números. El Papa Francisco describe los rasgos más sobresalientes de la misericordia situando el tema, ante todo, bajo la luz del rostro de Cristo. La misericordia no es una palabra abstracta, sino un **rostro para reconocer, contemplar y servir**. La Bula se desarrolla en clave trinitaria (números 6-9.) y se extiende en la descripción de la Iglesia como un signo creíble de la misericordia: "La misericordia es la viga maestra que sostiene la vida de la Iglesia" (n. 10).

El Papa Francisco indica las etapas principales del Jubileo.

1. La apertura coincide con el quincuagéismo aniversario de la clausura del Concilio Vaticano II: "La Iglesia siente la necesidad de mantener vivo este evento. Para ello iniciaba un nuevo período de su historia. Los Padres reunidos en el Concilio habían percibido intensamente, como un verdadero soplo del Espíritu, la exigencia de hablar de Dios a los hombres de su tiempo en un modo más comprensible. Derrumbadas las murallas que por mucho tiempo habían recluido la Iglesia en una ciudadela privilegiada, había llegado el tiempo de anunciar el Evangelio de un modo nuevo". (n. 4).
2. La conclusión tendrá lugar "en la solemnidad litúrgica de Jesucristo Rey del Universo, el 20 de noviembre de 2016. En ese día, cerrando la Puerta Santa, tendremos ante todo sentimientos de gratitud y de reconocimiento hacia la Santísima Trinidad por habernos concedido un tiempo extraordinario de gracia. Encomendaremos la vida de la Iglesia, la humanidad entera y el inmenso cosmos al Señorío de Cristo, esperando que difunda su misericordia como el rocío de la mañana para una fecunda historia, todavía por construir con el compromiso de todos en el próximo futuro." (n. 5).

Una peculiaridad de este Año Santo es que se celebra no sólo en Roma, sino también en todas las demás diócesis del mundo, siendo posible abrir la Puerta Santa también en los santuarios, meta de muchos peregrinos.

La Bula también explica algunos aspectos sobresalientes del Jubileo:

1. El lema: **"Misericordiosos como el Padre"**,
2. El sentido de la **peregrinación**
3. Y sobre todo la **necesidad del perdón**.

El tema particular que interesa al Papa se encuentra en el n. 15: **las obras de misericordia espirituales y corporales** deben redescubrirse "para despertar nuestra conciencia, muchas veces aletargada ante el drama de la pobreza, y para entrar todavía más en el corazón del Evangelio, donde los pobres son los privilegiados de la misericordia divina".

Otra indicación atañe a la Cuaresma con el envío de los **"Misioneros de la Misericordia"** (n. 18). Nueva y original iniciativa con la que el Papa quiere resaltar de forma aún más concreta su cuidado pastoral. El Papa trata en los nn. 20-21 el tema de la relación entre la justicia y la misericordia, demostrando que no se detiene en una visión legalista, sino que apunta a un camino que desemboca en el amor misericordioso.

El n. 19 es **un firme llamamiento contra la violencia organizada y contra las personas "promotoras o cómplices" de la corrupción**. Son palabras muy fuertes con las que el Papa denuncia esta "llaga putrefacta" e insiste para que en este Año Santo haya una verdadera conversión: "¡Este es el tiempo oportuno para cambiar de vida! Este es el tiempo para dejarse tocar el corazón. Delante a tantos crímenes cometidos, escuchad el llanto de todas las personas depredadas por vosotros de la vida, de la familia, de los afectos y de la dignidad. Seguir como estáis es sólo fuente de arrogancia, de ilusión y de tristeza. La verdadera vida es algo bien distinto de lo que ahora pensáis. El Papa os tiende la mano. Está dispuesto a escucharos. Basta solamente que acojáis la llamada a la conversión y os sometáis a la justicia mientras la Iglesia os ofrece misericordia."(n. 19).

La referencia a la **Indulgencia** como tema tradicional del Jubileo se expresa en el n. 22. Un último aspecto original es el de **la misericordia como tema común a Judíos y Musulmanes**: "Este Año Jubilar vivido en la misericordia pueda favorecer el encuentro con estas religiones y con las otras nobles tradiciones religiosas; nos haga más abiertos al diálogo para conocerlas y comprendernos mejor; elimine toda forma de cerrazón y desprecio, y aleje cualquier forma de violencia y de discriminación." (n. 23).

El deseo del Papa es que este Año, vivido también en la compartición de la misericordia de Dios, pueda convertirse en una oportunidad para "vivir en la vida de cada día la misericordia que desde siempre el Padre dispensa hacia nosotros. En este Jubileo dejémonos sorprender por Dios. Él nunca se cansa de destrabar la puerta de su corazón para repetir que nos ama y quiere compartir con nosotros su vida (…) En este Año Jubilar la Iglesia se convierta en el eco de la Palabra de Dios que resuena fuerte y decidida como palabra y gesto de perdón, de soporte, de ayuda, de amor. Nunca se canse de ofrecer misericordia y sea siempre paciente en el confortar y perdonar. La Iglesia se haga voz de cada hombre y mujer y repita con confianza y sin descanso: "Acuérdate, Señor, de tu misericordia y de tu amor; que son eternos".
Fuente: www.news.va

2. "El rostro de la misericordia" en la obra de Rembrandt.

2.1. CARACTERÍSTICAS DE LA OBRA:

Nombre: Regreso del hijo pródigo
Autor: Rembrandt
Fecha: 1666-69
Museo: Museo del Hermitage
Características: 262 x 210´5 cm.
Estilo: Barroco Centroeuropeo
Material: Óleo sobre lienzo
Ubicación de la obra: N° 179, en orden cronológico.

2.2. Comentario a la obra

Rembrandt ha pintado siempre sus escenas como auténticos acontecimientos, dotándolas de la tensión exigida y despojándolas de detalles superfluos. Es el caso del final de la Parábola del Hijo Pródigo, eligiendo el momento en que el hijo regresa a casa y recibe la misericordia del padre. El abrazo de ambos es el momento culminante del suceso como bien nos muestra el maestro, observando las demás figuras que ocupan el lienzo y los espectadores del feliz desenlace.

La obra corresponde a las características de Rembrandt, aun siendo finalizada por otro pintor: importancia de la luz dorada que crea efectos atmosféricos; profundo contraste entre zonas iluminadas y ensombrecidas siguiendo a Caravaggio; empleo de colores oscuros animados por el rojo; expresiones de los personajes; y una pincelada rápida, casi abocetada tomando a Tiziano como referencia.

3. Iluminación bíblica

15,1-10 Parábola de la oveja perdida – Parábola de la moneda perdida.

Una vez más, Jesús es objeto de crítica por parte del legalismo personificado en los fariseos, pues acoge a recaudadores y pecadores para enseñarles. Para que el escándalo de los fariseos llegue hasta el colmo, Jesús va a plantear tres parábolas que revelan la absoluta misericordia de Dios.

En la primera parábola, la de las noventa y nueve ovejas, el escándalo para los "buenos" y "justos" es la preocupación de Dios por el pecador y la manera gozosa como es acogido.

En la segunda, la moneda de poco valor representa a toda esa gente que los "buenos" del judaísmo oficial habían ido dejando perder y que ni siquiera les preocupaba. En la dinámica del reino, esa moneda de poco valor es en realidad el "tesoro" de Dios; encontrarlo y ponerse al servicio de esos "desechos" es llevar a cabo la propuesta de Dios encarnada en el reino propuesto por Jesús.

15,11-32 Parábola del hijo pródigo.

Todos los publicanos y pecadores se acercaban a Jesús para escucharlo. Pero los fariseos y los escribas murmuraban, diciendo: "Este hombre recibe a los pecadores y come con ellos". Jesús les dijo entonces esta parábola: "Un hombre tenía dos hijos. El menor de ellos dijo a su padre: "Padre, dame la parte de herencia que me corresponde". Y el padre les repartió sus bienes. Pocos días después, el hijo menor recogió todo lo que tenía y se fue a un país lejano, donde malgastó sus bienes en una vida inmoral. Ya había gastado todo, cuando sobrevino mucha miseria en aquel país, y comenzó a sufrir privaciones. Entonces se puso al servicio de uno de los habitantes de esa región, que lo envió a su campo para cuidar cerdos. Él hubiera deseado calmar su hambre con las bellotas que comían los cerdos, pero nadie se las daba. Entonces recapacitó y dijo: "¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan en abundancia, y yo estoy aquí muriéndome de hambre!" Ahora mismo iré a la casa de mi padre y le diré: "Padre, pequé contra el Cielo y contra ti; ya no merezco ser llamado hijo tuyo, trátame como a uno de tus jornaleros". Entonces partió y volvió a la casa de su padre. Cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se conmovió profundamente, corrió a su encuentro, lo abrazó y lo besó. El joven le dijo: "Padre,

pequé contra el Cielo y contra ti; no merezco ser llamado hijo tuyo". Pero él padre dijo a sus servidores: "Traigan enseguida la mejor ropa y vístanlo, pónganle un anillo en el dedo y sandalias en los pies. Traigan al ternero engordado y mátenlo. Comamos y festejemos, porque mi hijo estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y fue encontrado". Y comenzó la fiesta. El hijo mayor estaba en el campo. Al volver, ya cerca de la casa, oyó la música y los coros que acompañaban la danza. Y llamando a uno de los sirvientes, le preguntó qué significaba eso. Él le respondió: "Tu hermano ha regresado, y tu padre hizo matar el ternero engordado, porque lo ha recobrado sano y salvo". Él se enojó y no quiso entrar. Su padre salió para rogarle que entrara, pero él le respondió: "Hace tantos años que te sirvo sin haber desobedecido jamás ni una sola de tus órdenes, y nunca me diste un cabrito para hacer una fiesta con mis amigos. ¡Y ahora que ese hijo tuyo ha vuelto, después de haber gastado tus bienes con mujeres, haces matar para él el ternero engordado!" Pero el padre le dijo: "Hijo mío, tú estás siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo. Es justo que haya fiesta y alegría, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y ha sido encontrado".

3.1. Comentario a la parábola

Con esta tercera parábola Jesús sigue desenmascarando los efectos negativos del legalismo cuya expresión más inmediata es la distorsión de la verdadera imagen de Dios. Jesús revela su experiencia de Dios como Padre, un Padre que ama con igual medida tanto a su hijo mayor como al menor; la diferencia de este amor la imponen los dos hijos.

El mayor cree que ha hecho los méritos suficientes para ganarse todo el amor del padre porque no ha contradicho ni uno solo de sus mandatos y por tanto tiene que ser recompensado, mientras que la conducta del menor debe ser castigada. Lo escandaloso de la parábola es cómo Jesús muestra al hijo menor que acapara el amor del padre a pesar de todo lo que ha hecho. El legalismo del hijo mayor no le permite ver la gratuidad del amor divino, amor que no se exige como "pago" a una buena conducta, sino que se recibe por gracia, y se celebra permanentemente según la propia conciencia de ese amor gratuito; y en segundo lugar, en esta relación amorosa con Dios siempre estamos ante el riesgo de romperla por nuestras actitudes anti-amorosas con los demás; pero esa misma gracia divina nos llama al arrepentimiento y a la búsqueda del perdón del Padre quien acoge de inmediato y Él mismo se pone a celebrar con nosotros la fiesta del perdón.

3.2. Aplicación teológico-pastoral

El Padre compasivo y misericordioso

Esta famosa obra de Rembrandt, que nos remite a una de las quizás más famosas parábolas de Jesús, nos presenta tres personajes centrales, como son un padre y sus dos hijos.

El hijo menor, aparentemente, deseoso de vivir nuevas experiencias, pide al padre la parte de la herencia que le corresponde por derecho, derecho que hace valer en vida del padre, lo que, a todas luces, habla de un deseo del hijo menor de sacar de su vida la presencia paterna, y todo lo que ello implica, vale decir: el referente ético, disciplinario y, por supuesto, el contexto histórico-familiar, profundamente marcado por la figura paterna.

La situación es de alta tensión, al tiempo que desafiante. Con esta petición de su herencia en vida, el hijo menor está desvinculándose de la casa paterna, dejando de manifiesto su deseo de no vivir más tiempo bajo el amparo y protección de su padre, sino que autoexiliarse, para vivir su vida al modo en que a él le parezca. Por regla general la herencia se hace efectiva una vez muerto el padre o la madre. En consecuencia, esto habla del deseo del hijo por la muerte, en este caso, de la figura paterna.

Resulta profundamente elocuente el silencio del padre ante la petición inusitada de su hijo. Simplemente le hace entrega de todo lo que este le pide, aunque esto le involucre un evidente dolor, dolor que, como hemos dicho, vive en silencio, como guardando todo esto en su corazón.

A continuación, el hijo queda convertido en el personaje principal. Se lleva todo lo suyo, y comienza a disfrutar de lo que, en justicia, le pertenece. Come y bebe sin reparos. Se deja deducir por los placeres de la carne, entre ellos, se encuentra sexualmente con prostitutas. Todo parece estar bien, y nunca mejor dicho, todo está bien aparentemente. Se hace de "amigos" con los que hace uso y abuso de lo que le va quedando, hasta que llega un tiempo de gran sequía y, por lo tanto, de escases en aquella región en la que se encontraba disfrutando de los placeres de la vida. Y entonces comienza el gran conflicto interior, el derrumbe de lo que había construido sobre arena, todo se comienza a desmoronar.

Comienza a pasar hambre y, ese deseo tan natural, le mueve a buscar un empleo, con el cual poder auto-sustentarse. En su búsqueda, nada le sale como quiere, por lo que, se ve obligado a trabajar cuidando cerdos. Recordemos que este animal, es considerado por la Ley como un animal impuro, por lo que, quien come su carne, comete pecado, ya que queda contaminado.

Pero su lamentable situación no llega hasta ahí, su deseo pasa ahora por alimentarse de lo mismo que comen esos cerdos, es decir, su caída ha sido de las más bajas. Con esto se nos está diciendo que su vida es la misma que la de un cerdo, es decir, de un animal impuro y prohibido por la Ley.

La angustia y negligencia extremas lo llevan a pensar con cordura y comienza a esbozarse un nuevo deseo interior: su retorno junto al padre. Este deseo, como vemos, lo hace titubear. No está del todo claro en la forma en que lo concretará, pero si tiene clara una cosa. Debe pedir perdón al cielo y a su padre, porque la ofensa de su pecado no solo ha ofendido al padre sino también al cielo, es decir, a Dios mismo.

Cuando ya se decide a volver, comienza a acercarse a la casa paterna, y su padre, quien lo ha estado esperando todo este tiempo, es quien sale de la casa, fuera de sí, motivado solamente por el deseo de abrazar a su hijo. Nuevamente, el silencio del padre es elocuente. Sale de la casa y corre en busca de “su” hijo, de quien le pertenece, carne de su carne y hueso de sus huesos.

Llega donde su hijo, manifestando con un abrazo largo, fuerte y prolongado, todo su amor por quien le había dejado en agonía. El hijo quiere hablar, pero el padre no se lo permite, simplemente lo abrazo en un caluroso abrazo de ternura y compasión, compadecido, precisamente por la marginalidad de su hijo, que se encontraba herido por sus propios pecados.

Aquí es cuando vemos el rostro del hijo, con forma fetal, como volviendo a ser engendrado, pues eso es lo que hace la misericordia de Dios, dar nueva vida.

El padre de este hijo, recién comienza a hablar, ahora sí toma la palabra y da instrucciones. Ponerle un anillo en el dedo, signo de la lianza de Dios con su pueblo, signo de la alianza de Dios Padre con sus hijos; sandalias en sus pies, al que se había descalzado.

4. Visión de "padre" de Henri j. M. Nouwen en la obra "El regreso del hijo prodigo: meditaciones ante un cuadro de Rembrandt".

En la obra de Nouwen podemos ver cómo el autor se va dejando interpelar por la "parábola pintada" de Rembrandt; es claro que el cuadro "El Regreso del hijo pródigo" caló fuertemente en el sacerdote, pues, así él mismo lo señala: "... (estaba) ante el cuadro que me había revelado los anhelos más profundos de mi corazón".

Pareciera que en el encuentro de Nouwen con el cuadro se producen cambios realmente profundos, cambios que pasan por concepciones y modos particulares de ver la vida, de ver el sentido profundo de su propia existencia.

Considerando esto, veamos cuál es la visión que posee Nouwen del Padre a partir del cuadro de Rembrandt.

En primer lugar, aparece del Padre una visión recurrente, es decir, una concepción por muchos conocida: la de un patriarca benévolo. Esta imagen, según Nouwen, la quiso trabajar Rembrandt pero llevándola a un extremo poco incursionado hasta entonces. No quería Rembrandt -nos dice Nouwen- enseñarnos una imagen tradicional del Padre; lo que quería, más bien era mostrarnos la forma más amplia y completa que tenemos los seres humanos como referente: la paternidad y maternidad. A esta conclusión, afirma Nouwen, llegó a partir de "las manos".

Las manos en la obra "el Regreso del Hijo Pródigo", destaca el mismo Nouwen, son algo diferentes una de la otra: "La izquierda, sobre el hombro del hijo, es fuerte y musculosa. Los dedos están separados y cubren gran parte del hombro y de la espalda del hijo. Veo cierta presión, sobre todo en el pulgar. Esta mano no solo toca, sino sostiene con fuerza. Aunque la mano izquierda toca al hijo con gran ternura, no deja de tener firmeza. ¡Qué diferente es la mano derecha! -nos dice- Esta mano no sujeta ni sostiene. Es fina, suave y muy tierna. Los dedos están cerrados y son muy elegantes. Se apoyan tiernamente sobre el hombro del hijo menor. Quiere acariciar, mimar, consolar y confortar. Es la mano de una madre." Notamos, aquí cierto asombro y sorpresa, por parte de Nouwen. Nos dice: "En cuanto me di cuenta de que las dos manos eran diferentes, se abrió ante mi todo un mundo nuevo de significados. El padre nos es sólo el gran patriarca. Es madre y padre. Toca a su hijo con una mano masculina y otra femenina. Él sostiene y ella acaricia. Él asegura y ella consuela. Es sin lugar a dudas, Dios, en quien feminidad y masculinidad, maternidad y paternidad, están plenamente presentes."

Parece que las manos que tocan la espalda del hijo recién llegado, nos dice Nouwen, son las herramientas de la mirada interior del Padre. Es que, la permanencia junto al Padre es la estancia

de la paz, y del consuelo, de la abundancia y del verdadero confort, pues, quien está junto a la Persona del Padre Dios, en relación de amante y amado, de padre e hijo, de hijo y padre, ése, experimenta la sensación de seguridad que sólo y nadie más que Dios puede dar. De de allí que, todo aquel que se aleja de Dios experimenta el desorden, el sin sentido, la desorientación y, en definitiva, el caos en su mundo interior, ya que ha perdido el camino que lo conducía al encuentro consigo mismo, al encuentro con su yo verdadero y más profundo. De esto se sigue que, quien intenta salir de si mismo para abocarse a las cosas del mundo, distrayéndose y dejándose seducir por su falsa belleza, finalmente, termina perdiéndose a sí mismo y comienza a enajenarse de la realidad que le circunda. Con esta actitud lo que se consigue es evadir las señales internas que nos guían a buscar el verdadero sentido de las cosas como su verdadera belleza.

En otras palabras, quien se engaña a sí mismo, diciéndose que puede encontrar fuera de sí los elementos para ser feliz corre un serio peligro de perderse en las banalidades del mundo presente, subvalorando lo que hay dentro de sí mismo, arriesgando, por tanto, el desenlace final de su vida. Quien no se ocupa de conocer su mundo interior y de madurar lo que ya conoce de su propio ser es como aquel constructor necio, que construye la casa sobre arena, la que, apenas vienen las tormentas y tempestades de la vida, cae de forma abrupta, dando paso al caos y la desolación. En cambio, quien busca con sincero corazón al Dios que nos inhabita, y procura serle agradable tanto con el corazón como con la conducta, ése, ciertamente, ha estado construyendo su casa en roca, en firme roca.

Por otra parte, Nouwen, destaca mucho del Padre una actitud atenta, vigilante y de angustia ante la suerte de sus amados hijos. A ambos le ama de forma entrañable, por ambos sería capaz hasta de dar la vida, si fuese necesario. Ellos son sus ojos. Como Padre sabe que el temor que siente de dejar partir, de dejar ser y dejar vivir son naturales y sanos, sin embargo, esto no le impide darles la libertad de que busquen su propio horizonte. Como Padre, nos dice Nouwen, quiere que sus hijos sean libres, libres para amar. El corazón del Padre conoce todo el dolor que traerá consigo esta elección, pero su amor no le deja impedírselo. Como Padre, quiere que los que estén en cada disfruten de su presencia y de su afecto. Pero solo quiere ofrecer amor que pueda ser recibido libremente.

Como Padre, la única autoridad que reclama para sí, nos dirá Nouwen más adelante, es la autoridad de la compasión. Tal compasión le remese el corazón ante el sufrimiento de sus hijos, sufrimiento que es su propio sufrimiento, por tanto, a este respecto, Nouwen, nos presenta a un Dios Padre que se deja traspasar el corazón por el dolor de aquellos a quienes ama de forma entrañable. No tenemos, entonces, según el decir de Nouwen, un Padre inmutable, sí de acuerdo a como lo plantea la filosofía, sin embargo, Dios no es un mero concepto abstracto, ni un ser desentendido de la realidad de sus criaturas, sino más bien, es un Padre que siente afectos y emociones particulares por sus hijos, por todos y cada uno de sus hijos.

Una de las comparaciones que Nouwen presenta de Dios Padre es la misma que presenta el Nuevo Testamento, a saber: la de la gallina que reúne a sus polluelos bajo sus alas, en donde les da de su propio calor y abrigo. Y en relación al abrigo o manto que el Padre lleva en sus hombros, en la obra de Rembrandt, nos dice Nouwen: "Cada vez que miro el manto de la pintura de Rembrandt, siento la cualidad maternal del amor de Dios y mi corazón entona las palabras inspiradas por el salmista:

Tú que vives al abrigo del Altísimo
y habitas a la sombra del Poderoso,
di al Señor, "Refugio y fortaleza mía,
Dios mío, en ti confío".
… Te cubrirá con sus plumas
y hallarás refugio bajo sus alas.
(Salmo 91, 1-4)

Conclusión

Como podemos ver, para Nouwen y para Rembrandt, la Persona del Padre tiene una especial importancia. En ambos vemos una profunda sensibilidad y finura al momento de leer el metalenguaje con el que nos hablan de Dios. En ambos se percibe una experiencia profunda de filiación. No obstante, tal experiencia, no siempre habla, necesariamente, de una buena relación con la figura paterna. Cada uno de nosotros sabe lo complejo es el varón como figura de autoridad, por lo que, si bien ambos autores tuvieron experiencias paternas, lo que nos comunican mediante sus obras no, necesariamente, trata de lo bueno que vivieron, ya que quizás puede versar de aquello que con ansias deseaban tener como experiencias con sus respectivos padres.

Pero bueno, haya sido como haya sido cada caso en particular, una cosa sí es cierta: que en ambas situaciones se aprecia un gran respeto y hasta podríamos decir una profunda veneración por la figura paterna, más aún cuando ven en sus padres la imagen vida del Padre de todos, dato que nos lleva a concluir lo siguiente:

Que la parábola del "Padre Misericordioso", para llamarla con justicia, hace en Rembrandt las veces de símbolo, ya que, de acuerdo al lenguaje sacramental, dicho pintor se ve trasladado a una realidad de otro orden sólo gracias a la gran fuerza emocional que contiene dicha parábola. El resultado práctico de la comunión entre lenguaje, recuerdos y emociones lleva a Rembrandt a representar, también de forma simbólica, la parábola que le cautivó. Por su parte, el mencionado cuadro de Rembrandt, tanto por su fuerza y cuanto por los sentimientos que capturó en la obra, también hace las veces de símbolo, ya que, para Nouwen, la experiencia de encontrarse ante citado cuadro resultó un encuentro consigo mismo, con su padre y con el mismísimo Dios. Él mismo lo dice: (estaba) ante el cuadro que me había revelado los anhelos más profundos de mi corazón", anhelos que se ven concretados y contenidos ante el encuentro, cara a cara, que tiene el que se sabe hijo y se sabe acogido por Aquel que nos ama con entrañas de padre y madre.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN PERSONAL Y COMUNITARIA:

1. ¿Cómo vivo la experiencia de pecado en mi vida? ¿Qué situaciones me hacen huir de la "casa paterna"?
2. ¿Qué lugar ocupa en mi vida el sacramento de la reconciliación? ¿Con qué frecuencia y dedicación hago mi examen de conciencia?
3. ¿Con qué mirada observo a mis hermanos y al pueblo de Dios cuando estos se han alejado de la "casa paterna"? ¿Soy capaz de dar nuevas oportunidades para la conversión?
4. ¿Qué acciones concretas puedo realizar para siempre revitalizar la alianza de amor que Dios ha hecho conmigo y todos mis hermanos?

TEMA 9:

A LA ESCUCHA: COMO GUÍADOS POR LA NUBE. MEMORIA VIVA DEL ÉXODO. ALEGRÍAS Y CANSANCIOS DEL CAMINO (ESCRUTAD)

A modo de introducción y con la certeza de saber que aquél que por amor se ofrece y se entrega a Dios, será fecundo (cf. Jun 15, 5); pido al mismo Dios y espero sea fructuoso el ofrecimiento y la entrega que hago de la presente reflexión sobre la primera parte de la carta "Escrutad…"; carta que vino a ser el segundo documento inspirado en el magisterio del Papa Francisco, dirigido a Religiosas y Religiosos como preparación del año dedicado a la Vida Consagrada, 2015 y publicado el 8 de septiembre de 2014 por la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica.

Procurando estar en sintonía con el espíritu y enseñanzas del Concilio Vaticano II y sin pasar por alto que aquello que es válido para la Iglesia también lo es para la Vida Consagrada, textualmente y en letra cursiva-negrita, iré transcribiendo las principales ideas que considero más sobresalientes y sobre las mismas fundamentaré mi reflexión. El texto que he ocupado para el presente trabajo está editado por Obra Nacional de la Buena Prensa, A. C., México, 2014.

Después de haberlo leído pacientemente y con particular interés religioso, puedo asegurar que desde su primera página, este documento subraya el valor eterno de la Vida Consagrada, valoración que le viene no de ella misma, sino de Aquel que la ha llamado a la existencia, y por esta razón, aunque ha pasado y siga pasando por las más adversas situaciones y dolorosamente experimentando la desaparición de algunas de sus concretas expresiones, siempre gozará con la garantía de su origen en Jesucristo y la autoestima de considerarse vida y santidad de la Iglesia, como bien y para siempre ha quedado estipulado en la Constitución Dogmática sobre la Iglesia, Lumen Gentium, n. 44.

Por medio de este escrito, "Escrutad…", se nos exhorta a desarraigarnos de lo que pudiera ser un peligroso fingimiento que nos impidiera respirar «el aire puro del Espíritu Santo que nos libera de estar centrados en nosotros mismos, escondidos en una apariencia religiosa vacía de Dios. ¡No nos dejemos robar el Evangelio! La Vida Consagrada es signo de los bienes futuros en la ciudad humana, en éxodo a lo largo de los caminos de la historia (Ibíd. 7). Considerada la Vida Religiosa, como signo escatológico de los bienes eternos en la ciudad humana, siempre se le estará reclamando que afronte la vida con la certeza de que Dios constantemente le ofrece horizontes inesperados que le permiten separarse de las rutinas de un mundo subversivo y hasta cierto punto deshumanizado, para entrar en la dinámica de un mundo que da vida y renueva.

Si verdaderamente sintiéramos el vivo deseo de renovación, no deberíamos dudar que el Espíritu nos empuja a tomar un camino más evangélico… No opongan resistencia al Espíritu Santo (Ibíd. 9), se nos advierte para que atentos y dispuestos nos encontremos a tan especial asistencia y así, libre y voluntariamente, permitamos que sea el Espíritu Santo quien actuando en nosotros lo haga de manera silenciosa y admirable, mediante sus siete Dones:

Con el don de la SABIDURÍA nos ilumina para que podamos discernir entre lo divino y lo humano; entre lo importante, lo menos importante y lo nada importante; permitiéndonos así establecer una jerarquía de valores y un orden de preferencias. Con el don del ENTENDIMIENTO nos capacita para que apreciemos las cosas desde su origen y su significado, y así, interpretando los signos de los tiempos podamos concluir que nada es casual, y que si a veces parece que Dios calla, es porque todo nos está hablando de Él. Con el don de la CIENCIA nos va instruyendo para que no separemos la fe de la razón, ni la virtud de las letras; y podamos santificarnos en el ejercicio de nuestras personales profesiones. Con el don del CONSEJO nos va orientando sin que nos sintamos forzados al mantenernos en la libertad de la última decisión. Con el don de la PIEDAD nos inspira para que descubramos la presencia de Dios hasta en lo más insignificante y adverso de la vida diaria, aleccionándonos, al mismo tiempo, para que al invocar a Dios como nuestro Padre lo hagamos desde la convicción de habernos aceptado ya como hermanos. Con el don de la FORTALEZA nos vigoriza para que apreciemos nuestra vocación cristiana como una constante invitación hacia la santidad. Con el don del TEMOR DE DIOS nos permite saber que donde no hay temor reverencial, no hay verdadera amistad por el hecho de no amar suficientemente lo que debemos amar. Este séptimo Don es el que nos auxilia para que combatamos los pecados de omisión y sintamos los reproches de nuestra conciencia por vacilar en todo aquello que es nuestro deber: "Hacer siempre el bien".

Ha sido, pues, el Espíritu Santo quien nos ha elegido para una nueva misión, con una nueva identidad y garantizándonos jamás dejarnos solos (1S. 19, 5-8; Mi 3, 8; Ez 2, 2-3; 11, 5; Za 7, 12; 2P 1,21) porque: La vida de fe no es simplemente algo que se posee, sino un camino que conoce momentos luminosos y túneles oscuros, horizontes abiertos y senderos tortuosos e inciertos… La tradición interpretativa de la vida espiritual, estrechamente conectada de diversas formas con la de la Vida Consagrada, a menudo ha encontrado símbolos y metáforas sugerentes en el paradigma del éxodo del pueblo de Israel de Egipto (Ibíd. 13)

La disminución de la Vida Consagrada en gran parte del hemisferio occidental y de modo alarmante en el continente europeo, disminución manifestada, entre otras: por edad avanzada; por personas estresadas, desilusionadas, desmoralizadas y algunas hasta angustiadas; por la poca vitalidad apostólica y obras en decadencia; escasez de vocaciones y casas religiosas que se van quedando vacías. Si bien es cierto que dicha "disminución" se considera como un fenómeno que debe ser analizado e interpretado en el contexto más amplio del mismo cristianismo disminuido; es aquí, donde el Magisterio Eclesiástico nos invita a que retomemos el símbolo de la nube… que guiaba misteriosamente el camino del pueblo… lo hacía deteniéndose, incluso por mucho tiempo, y por lo tanto creando malestar y arrepentimientos… indicando el ritmo de la marcha, bajo la guía de Dios… Es evidente que este tipo de presencia y guía por parte de Dios exigía una constante vigilancia (Ibíd. 14).

Las históricas y providenciales intervenciones que Dios sigue regalando a su pueblo merecen respeto, agradecimiento y una mirada inteligente para interpretarlas a la luz de la fe más pura que nos ubique en la indiscutible verdad de lo que el escritor sagrado, nos dice: quien aparece, es el ángel de Yahvéh en forma de llama de fuego, pero quien ve, habla y actúa es Dios mismo (Cf. Ex.3, 2-6). Fundamentados en este dogma bíblico, bien podemos interpretar que el pasado símbolo de la nube que misteriosamente guiaba al pueblo de Israel, actualmente, debe ser el estatuto ontológico que de Dios hemos recibido: la LIBERTAD. Libertad agradecida y necesitada de una constante

vigilancia para que jamás olvidemos que tanto en el pasado como en el presente, todos los hombres y en especial los Religiosos, debemos tener la certeza del amor misericordioso que Dios desde un principio nos ha tenido, creados como fuimos a su imagen y semejanza.
Los Consagrados, por lo tanto, no debemos sentirnos coaccionados ya que sin libertad nos sería imposible vivir la OBEDIENCIA EVANGÉLICA, hija del más auténtico AMOR. Los Consagrados debemos ser libres servidores de todos, no porque las leyes y normas nos lo manden o porque otros así lo decidan, sino porque nosotros mismos, conducidos, por la gracia divina (nube o llama de fuego), así lo hemos determinado. Cuanto más conscientemente vivamos en esta dimensión de libertad y obediencia evangélicas, mayor autoridad moral poseeremos, al nutrirnos, como Consagrados, no de voluntarismos, sino del misterio de Dios, tal y como se nos va revelando durante nuestro peregrinar servicial y generoso a favor de nuestros semejantes, compañeros de camino.

Por esta más que suficiente razón, al hablar del Cristianismo y en él de la Vida Consagrada, es hablar de algo más que filosofía, teología o religión; es hablar de una calidad de vida que jamás parte de cero. El cristianismo tienen toda una historia previa, es decir, existen raíces de las que no puede prescindir: el judaísmo. El cristianismo nació del judaísmo, judío fue Cristo, su comunidad, sus ascendientes y toda su primera estructuración y andamiaje. Grandes problemas surgirían cuando el cristianismo abandona el seno materno del judaísmo para encarnarse en el mundo greco-romano. El cristianismo, bien podemos decirlo, es la culminación de una larga historia de salvación, es el punto de llegada y Cristo es ese punto luminoso que divide la historia de la humanidad, en dos: antes de Cristo, tendiendo hacia Él y, después de Cristo, partiendo de Él. Por consiguiente, al tratarse de cualquier organismo encarnado y vivo en el seno del cristianismo, ya sea en sus orígenes o en su posterior evolución, habrá que preguntarse por su posible enraizamiento en la primera parte de la historia de la salvación que es el judaísmo, o sea, el Antiguo Testamento.

Por lo anteriormente dicho, al estudiar la historia del Monacato Cristiano, tenemos que preguntarnos: ¿Existe en el Antiguo Testamento algo que pudiera parecerse a lo que, hoy, en la Iglesia llamamos Vida Consagrada? Sabemos que en la historia de Israel existieron algunos grupos de especial observancia que aunque no sean más que figuras alegóricas o simbólicas tienen algunas coincidencias con la Vida Consagrada, continuadora del Monacato Cristiano; entre otros, cabe mencionar a los Nazireos, las Comunidades Proféticas, los Recabitas, los Asidéos, los Esenios y los Terapeutas, entre los más típicos.

Así la historia de Israel y en consideración a la actual organización de la Iglesia en la que se encuentra una multiforme variedad de Institutos Religiosos, es por lo que la "Escrutad…", con toda propiedad se atreve a decir: La vida consagrada…, llevada por el impulso carismático del Concilio, ha caminado como si siguiese las señales de la nube del Señor… auténtico «camino del éxodo». Tiempo de entusiasmo y de audacia, de invención y de fidelidad creativa, pero también de certezas frágiles, de improvisaciones y desilusiones amargas... el Señor ha conducido la vida y los proyectos de los consagrados y de las consagradas por los caminos del Reino (Ibíd. 18) Es un camino que pide una obediencia y una confianza radicales, a las que sólo la fe consiente el acceso y que en la fe es posible renovar y consolidar (Ibíd. 19).

La Vida Consagrada, si bien es cierto que se sabe llevada por el impulso carismático del Concilio Vaticano II, jamás debe perder la conciencia y la firme convicción de que solo Cristo renueva, consolida y salva; y que esa gracia divina, le llega por la FE (Rom 5, 1-2; Hech 10, 42-43). Así nos lo recuerda el llamado Prisionero por Cristo, San Pablo, quien desea y pide a Dios "que Cristo habite por la fe en nuestros corazones (Ef. 3,17) Para que Cristo habite en nuestros corazones por la fe, esa fe no debe reducirse a una mera adhesión intelectual o cosa que no podamos entender, ni sentimentalismo que se mida por la emoción, ni tampoco es autosugestión. La fe por la que Cristo habita en nuestros corazones, debe ser virtud teologal que nos capacita para decirle, a Dios: Sí, te creo y acepto, cien por ciento, al que Tú enviaste a este mundo para salvarme, a Jesucristo tu Mesías, tu Ungido, tu Consagrado por excelencia. Fe no es creer en algo, sino en Alguien y entregarse a ese Alguien sin límites ni condiciones.

Sobre los consagrados henchidos de esa fe, el Papa San Juan Pablo II, afirma: "A lo largo de los siglos nunca han faltado hombres y mujeres que, dóciles a la llamada del Padre y a la moción del Espíritu, han elegido este camino de especial seguimiento de Cristo, para dedicarse a Él con corazón "indiviso" (cf. 1 Co 7, 34). También ellos, como los Apóstoles, han dejado todo para estar con Él y ponerse, como Él, al servicio de Dios y de los hombres. De este modo han contribuido a manifestar el misterio y la misión de la Iglesia con los múltiples carismas de vida espiritual y apostólica que les distribuía el Espíritu Santo, y por ello han cooperado también a renovar la sociedad" (Vita Consecrata, n. 1).

La vida consagrada, en definitiva, viene propuesta como signo para el Pueblo de Dios en el desempeño de la común vocación cristiana y manifestación de la gracia del Señor Resucitado y de la potencia del Espíritu Santo que obra maravillas en la Iglesia (Ibíd. 23). Esta doctrina expresada como ya había sido por el Decreto Perfectae Caritatis refiriéndose a la radicalidad de la llamada, es por lo que la "Escrutad, afirma: Como quiera que la última norma de vida religiosa es el seguimiento de Cristo, tal como lo propone el Evangelio, todos los institutos han de tenerla como regla suprema (Ibíd. 24).

El seguimiento de Cristo, en su acepción más amplia, es gracia y deber de todos y cada uno de los cristianos; más para los Religiosos que siguen a Cristo no para anunciar el Evangelio, sino que más bien anuncian el Evangelio porque siguen a Cristo (Cfr. Severino María Alonso R, Una Pasión de Amor, Publicaciones Claretianas, 2006, pág. 136)… por vocación, tienen la misión irrenunciable en la Iglesia de representar de forma visible, verdadera (=sacramental) y real a Cristo en su pro existencia; es decir, en su modo de vivir y de existir para los demás (Ibíd. 138). Lo cual quiere decir, que para los Religiosos, la esencia y la consistencia de su compromiso cristiano, debe ser la vivencia y la práctica de las tres dimensiones más hondas y significativas del vivir humano de Nuestro Redentor como expresión y manifestación de su amor a Dios y a los hombres en Pobreza, Castidad y Obediencia, que los Consagrados profesamos públicamente como Votos Religiosos.

La vivencia del Estado Eclesial, así tratada la Vida Consagrada por el Derecho Canónico (cc. 573-606), debe remitirnos constantemente a la consideración, siguiente: antes de Cristo, el Templo de Jerusalén era el lugar exclusivo de la presencia de Dios. Después de Cristo, el Verdadero y Único Templo será Jesucristo, el Mesías, quien superior a dicho templo, fue el único que pudo decir: "Destruyan este templo y en tres días lo reconstruiré" (Jn 2, 19 - 21) San Pablo, enraizado en el

mesianismo de Jesús, escribiría más tarde a los cristianos de Corinto: "El templo de Dios es santo y vosotros sois ese templo" (1 Cor 3,16 - 17), Iglesia, Cuerpo Místico de Cristo.

La iniciativa de seguir a Cristo es de Él, exclusivamente suya, porque llamó "a los que Él quiso" (Mc 3, 13). Su palabra es más que una invitación, es una apremiante llamada, un imperativo: ¡Sígueme! (Mc. 2, 14) "No me habéis elegido vosotros a Mí, sino que Yo os he elegido a vosotros, y os he destinado para que vayáis y deis fruto y que vuestro fruto permanezca; de modo que todo lo que pidáis al Padre en mi nombre os lo conceda" (Jn 15, 16). Seguir a Cristo no es nuestra opción por Cristo, sino la opción misma de Cristo; y si los Religiosos podemos profesar compromisos definitivos (Votos Perpetuos) lo hacemos confiados en la inquebrantable fidelidad de Jesucristo.

A la luz de este misterio Cristológico, tanto los Institutos de Vida Consagrada como las Sociedades de Vida Apostólica deben considerar siempre oportuno renovar su vocación cristiana, su profesión de vida y su apostolado a sabiendas de que la gran seguridad no está solo en su palabra y decisión humanas, sino en la determinación y palabra de Cristo, porque su determinación y palabra son eternas, valederas para todos los tiempos.

Ante la singularidad, muy propia de la Vida Consagrada, la "Escrutad…", como si nos estuviera apremiando, dice: Los consagrados y las consagradas se encuentran y se miden con nuevas realidades sociales y culturales… Nuevos escenarios que piden un nuevo y unánime discernimiento (Ibíd. 27) Estos apremiantes retos de obras y demás actividades nos cuestionan seriamente: ¿Podremos responder con propiedad y positivamente? Sin vacilación, contestamos: sí, si podemos, siempre y cuando sin resistencia alguna y desde una actitud valiente de fe permitamos ser invadidos plenamente por el Espíritu de Cristo. Será entonces cuando no solo nos concretemos a vivir con Cristo, sino a vivir como Cristo: en comunión fraterna con aquellos por Él, igualmente, llamados y como si fuéramos "Otra Humanidad Suya, para perpetuar en la Iglesia y para el mundo su particular género de Vida, compartiendo su misión evangelizadora, sus mismos riesgos y sus mismas esperanzas; fiándonos de Él sin otra garantía que no sea Él mismo; y, estar dispuestos a todo por Él, incluso hasta perderlo todo; convencidos en lo que San Pablo de sí mismo, dice: Con Cristo estoy crucificado: y no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí (Gal. 2, 19-20).

Los Consagrados, así viviendo y actuando lejos de lamentarse recordando las glorias pasadas… (Ibíd. 28); más bien se dirá, han intentado revitalizar el tejido social y sus peticiones, con la viva traditio eclesial, verificada a través de los siglos en los avatares de la historia, según el habitus de la fe y de la esperanza cristiana. (Ibíd. 28) Con esta clara y acomodada convicción, la memoria histórica de la Iglesia no estaría más que ratificando la radicalidad con la que los Religiosos siguen a Cristo; y que San Agustín preveía definiendo al Religioso como el prototipo de hombre que con exclusividad se reserva totalmente para Dios: "Homo Dei nomine consecratus et Deo votus", "Hombre consagrado en nombre de Dios y dedicado a Él" (Cfr. La Ciudad de Dios, Tomo I, BAC, Madrid 2006, p. 609) Dios, por ser autosuficiente, nada necesita y si alguien, mediante su consagración, se reserva exclusivamente para Él, Él lo acepta y lo reenvía al mundo que sí está necesitado de instrumentos y mediaciones que visibilicen y actualicen su amor y su salvación. Así pues, el Consagrado es un hombre sacado del mundo y reenviado por Dios a ese mismo mundo de manera más profunda y con la misión específica de recrear un mundo reconciliado con Dios, libre de toda alienación, rebeldía y pecado. Dicha Consagración que al Religioso exige vivir como

Jesucristo, si bien implica una renuncia al mundo, eso no equivale a evadirse del mundo, sino a reservarse completa y exclusivamente para Dios, a fin de adquirir una experiencia que cualifique de forma novedosa y halagüeña las relaciones con las cosas, con la sociedad y con Dios.

El Consagrado, consciente de su misión y como reenviado de Dios, debe trabajar y luchar por lograr un mundo más humano, más fraterno, más justo y más abierto a Dios, porque solo así la vida religiosa se abre a la renovación… principalmente, por obediencia responsable tanto al Espíritu creador, que "habla por medio de los profetas"… como a la llamada del Magisterio de la Iglesia, expresada con fuerza en las grandes encíclicas sociales, Pacem in terris (1963), Populorum progressio (1967), Octogesima adveniens (1971), Laborem exercens (1981), Caritas in veritate (2009). Se ha tratado –por seguir con el icono de la nube- de una fidelidad a la voluntad divina, expresada a través de la voz acreditada de la Iglesia. (Ibíd. 29).

Con la autoridad acreditada del Magisterio Eclesiástico, el Motu proprio Ecclesiae sanctae, para la aplicación de los documentos del Concilio Vaticano II, al tratar sobre el Decreto Perfectae caritatis, decreta para que sin demora los Religiosos renueven sus legislaciones y al tratar sobre este particular Código, ordena se excluyan de él las cosas que pudieran estar anticuadas o mudables dadas las costumbres de un determinado tiempo o que responden a usos meramente locales.

Con la intención tan expresa, de esas que siempre son oportunas cuando se declara algo relevante y con resultados altamente positivos para el mismo ente que así lo determina, la "Escrutad…", sin más, certifica: La Iglesia no ha detenido el proceso, sino que lo ha acompañado con un Magisterio atento y una vigilancia inteligente, conjugando, con la prioridad de la vida espiritual, siete temas principales: carisma fundacional, vida en el Espíritu alimentada por la Palabra (lectio divina), vida fraterna en común, formación inicial y permanente, nuevas formas de apostolado, autoridad de gobierno y atención a las culturas (Ibíd. 30 – 31).

No debemos pasar por alto que cuando la "Escrutad...", dice: La Vida Consagrada en los últimos 50 años se ha evaluado y ha caminado aceptando estos retos (Ibíd. 31); si bien está valorando y ratificando lo que ha sido preocupación y trabajo concienzudo para la mayoría de los Institutos de Vida Consagrada; indirectamente, también pudiera estar alertando a los Institutos atrasados para que atiendan y se actualicen en dichas necesidades, que por ser básicas para la Vida Consagrada conviene decir algo sobre cada una de las mencionadas, pues, La misma fidelidad al Concilio, como acontecimiento eclesial y como paradigma, pide ahora que nos sepamos proyectar con confianza hacia el futuro (Ibíd.31) Precisemos sobre lo arriba considerado básico para la Vida Consagrada:
Carisma fundacional. Aquí se detecta lo que pudiera ser la principal anomalía de separar o ignorar la tridimensional unidad en la que deben vivir actualizadas las Ordenes Mendicantes, las Congregaciones y los Institutos de Vida Consagrada y Sociedades de Vida Apostólica:
1.- El Carisma del Fundador es un don personal y transformador de la persona que lo recibe por parte de Dios y le prepara para una vocación y misión particular en la Iglesia;
2.- El Carisma Colectivo-Comunitario que implica a otras personas para que realicen el mismo proyecto divino encomendado al Fundador; y
3.- El Carisma Eclesial, que a través del fundador y de su comunidad se le ofrece a toda la Iglesia para su edificación dinámica.

Vida en el Espíritu alimentada por la Palabra (lectio divina). Esta metodología de reflexión-oración basada en textos bíblicos y observante de cuatro partes: Lectio, Meditatio, Oratio y Contemplatio, fue exclusiva del Monaquismo. Actualmente se ha convertido en una praxis común entre los católicos, principalmente.

Vida fraterna en común. El testimonio de la propia vida y la disponibilidad total, son el mejor aporte que la Vida Consagrada puede ofrecer a la Iglesia: sus miembros viven compartiendo la pobreza con los necesitados; comunidades abiertas a la gente que les rodea, abiertas a sus culturas y a sus valores; aleccionadora unidad entre vida, oración, servicio a Dios y a sus semejantes; el Evangelio se hace vida y es anunciado como humanización y liberación, soportando con las comunidades populares los riesgos, las amenazas y las consecuencias de tal compromiso.

Formación inicial y permanente. Interpretando al Concilio Vaticano II podemos afirmar que la adecuada renovación de la Vida Consagrada depende en grado sumo de la formación inicial de sus miembros. Ir creando en todos los miembros actitudes evangélicas que los lleven a discernir y a adecuar la respuesta de la Vida Religiosa al mundo en que se vive a fin de tomar conciencia crítica de la realidad y de las implicaciones de la solidaridad. La formación en esa línea debe ser permanente, progresiva y actualizada a fin de capacitar a los Religiosos para que puedan responder adecuadamente a la problemática de la auténtica solidaridad cristiana.

Nuevas formas de apostolado. Las pluriformes actividades y obras de apostolado que, en la variedad de los carismas, caracterizan la actividad de los Religiosos, constituye uno de los medios más importantes para realizar la misión de evangelización y promoción humana que la Iglesia desempeña en el mundo. De ahí la importancia que reviste la renovación de los Religiosos para la renovación misma de la Iglesia y del mundo. Abiertos a los signos de los tiempos, los Religiosos sabrán buscar y promover una nueva modalidad de presencia, que responda a la creatividad de sus fundadores así como a la finalidad original del propio Instituto.

Autoridad de gobierno. La Vida Consagrada tiene necesidad de estructuras de autoridad y gobierno, representativas de Dios y orientadas a favorecer sus serios compromisos; manteniendo vivos y dinámicos sus ideales por medio de determinaciones claras y específicas. Estructuras que deben mantenerse sujetas a cambio y evolución, porque cuando no se tiene presente este soporte, se corre el peligro de absolutizar moldes pasados que tienen una fuerza esclerotizadora para la vida de las comunidades y por consiguiente de las personas que las integran.

Atención a las culturas. Como la Iglesia, la Vida Consagrada está llamada a testimoniar y anunciar el proyecto de Dios, cuestionando todo aquello que en la sociedad no está de acuerdo con él. En los exabruptos que se provocan como fruto del encuentromulticultural, la Vida Consagrada se convierte en signo e instrumento de un nuevo modelo cultural que, respetando y asumiendo los valores de todas las culturas, contribuye a purificarlos desde la fe cristiana.

Termino esta breve reflexión, haciendo eco con la feliz certeza que la “Escrutad…”, expone, al final de su primera parte, sobre la Vida Consagrada: La memoria fidei nos ofrece raíces de continuidad y perseverancia: una identidad fuerte para reconocernos parte de un proyecto, de una historia. (Ibíd. 32).

Como Consagrados, deseosos de ofrecer y dar lo mejor de nosotros mismos, debemos refundar constantemente nuestra vocación, convencidos de que sólo como profetas, con visión y agradecida experiencia del amor de Dios, seremos capaces de mantener y avivar nuestra propia fe en Dios, como el único Señor de la historia que libera de las esclavitudes. Los Consagrados, por nuestro carácter profético, debemos ser hombres clave para estar recuperando la fe en Dios y la esperanza en el futuro; para lo cual, necesitamos creer y esperar en Dios con una fe viva y eficaz; con una fe y una esperanza que nos permitan sentir que Dios actuará tal y como nos lo ha prometido; con una fe y una esperanza que al mismo tiempo que sea gracia de Dios, sea también nuestra respuesta humana; con una fe y una esperanza que coexistan como fuente de inspiración, raíz de motivaciones y la fuerza de todas nuestras acciones. Esta sería la identidad propia del Consagrado con la que trascendería su particular misión en el Cuerpo Místico de Jesucristo que es la Iglesia.

PREGUNTAS:

1. ¿Cuál será, según tú, la principal razón teológica y espiritual de considerar a la Vida Consagrada como signo escatológico de los bienes eternos en este mundo?
2. En esta época tan escéptica y conflictiva en la que nos ha tocado vivir: ¿sientes realizarte como persona y miembro de una Comunidad Religiosa? ¿Por qué sí o por qué no?
3. ¿En qué te ha beneficiado el hecho de haberse celebrado el año 2015, dedicado a la Vida Consagrada?

ESCRITOS CONSULTADOS:

DOCUMENTOS DEL CONCILIO VATICANO II, BAC, Madrid, 1970.
DICCIONARIO TEOLÓGICO DE LA VIDA CONSAGRADA, Madrid, 1989.
SEVERINO M. ALONSO, La vida Consagrada, Inst. Teológico de Vida Religiosa, Madrid, 1975.
JESÚS ALVARES, Historia de la Vida Religiosa, Publicaciones Claretianas, Madrid, 1989.
CAMILO MACCISE, Un Nuevo Rostro de la Vida Consagrada, Edit. Frontera, Gasteiz-Victoria, 2004.
TEOFILO VIÑAS ROMÁN, Los Religiosos y las Religiosas, ayer, hoy y mañana, San Pablo, Madrid, 2010.
RAFAEL BALTASAR TORRES D., Apuntes personales.

TEMA 10:

A LA ESCUCHA: EL MODELO BÍBLICO: EL PROFETA ELÍAS.
LA PROFECÍA DE LA VIDA CONFORME AL EVANGELIO, LA PROFECÍA DE LA VIGILANCIA Y LA PROFECÍA DE LA MEDIACIÓN.
(ESCRUTAD. LAUDATO SÍ).

OBJETIVO: Quedarnos con la imagen de una figura Bíblica para la vida.

1. UN MODELO: LA FIGURA DE ELÍAS, EL PROFETA.

Para concluir nuestro retiro sobre la temática de la vida consagrada, se nos propone un modelo, una figura que se quede en nuestra retina y en nuestro corazón: la figura del profeta Elías.

Elías, el Tesbita, fue llamado a ser profeta. Nosotros hemos sido ungidos desde pequeños, en nuestro bautismo, como profetas, sacerdotes y reyes. El profeta, o la profetisa, son el hombre o la mujer de la Palabra. Y no de cualquier Palabra, sino de la Palabra de Dios. Y esa Palabra a partir de la Nueva Alianza o del Nuevo Testamento tiene nombre: se llama Jesucristo.

Por lo tanto a partir de Jesucristo el profetismo tiene una nueva dimensión y un nuevo sentido. El modo de vida del profeta ha de orientarse hacia el modo de vida de Jesús, las opciones del profeta han de ser las opciones de Jesús; el contenido de la predicación del profeta ha de ser el contenido de la predicación de Jesús: El Reino de Dios.

"Justamente, San Juan Pablo II ha reafirmado que: «El testimonio profético [...] se manifiesta en la denuncia de todo aquello que contradice la voluntad de Dios y en el escudriñar nuevos caminos de actuación del Evangelio para la construcción del Reino de Dios» (JUAN PABLO II, Exhort. Ap. postsinodal Vita Consecrata (25 de marzo de 1996), 84.).

En la tradición patrística, el modelo bíblico de referencia para la vida monástica es el profeta Elías: tanto por su vida de soledad y de asceta, como por la pasión por la alianza y la fidelidad a la ley del Señor, y por la audacia en la defensa de los derechos de los pobres (cfr. 1Re 17-19; 21). Lo ha recordado incluso la exhortación apostólica Vita Consecrata, sosteniendo la naturaleza y función profética de la vida consagrada (Ibídem.).

En la tradición monástica, el manto que simbólicamente Elías dejo caer sobre Eliseo, en el momento del rapto al cielo (cfr. 2Re 2,13), ha sido interpretado como el paso del espíritu profético del padre al discípulo y también como símbolo de la vida consagrada en la Iglesia, que vive de memoria y profecía renovadas.

Presentemos de una vez la figura: Elías, el tesbita, se presenta de pronto en el escenario del reino del Norte con una amenaza contundente: En estos años no caerá rocío ni lluvia si yo no lo mando (1Re 17,1).

Manifiesta así una rebelión de la conciencia religiosa ante la decadencia moral a la que la prepotencia de la reina Jezabel y la pereza del rey Acab conducen al pueblo.

La sentencia profética que cierra forzadamente el cielo es un desafío abierto a las funciones especiales de Baal y del grupo de los baalîm, a los que se atribuía fecundidad y fertilidad, lluvia y bienestar.

Partiendo de aquí, se va tejiendo la acción de Elías en episodios que, más que narrar una historia, presentan momentos dramáticos y de gran fuerza inspiradora (cfr. 1Re 17-19.21; 2Re 1-2).

A cada paso Elías vive "in progress" su servicio profético, conociendo purificaciones e iluminaciones que caracterizan su perfil bíblico, hasta el punto más alto del encuentro con el paso de Dios en la brisa tenue y silenciosa del Horeb.

Estas experiencias son inspiración también para la vida consagrada.

• Ésta también debe pasar desde el refugio solitario y penitente del wadi del Carit (cfr. 1Re 17,2-7)
• hasta el encuentro solidario con los pobres que luchan por sus vidas, como la viuda de Sarepta (cfr. 1Re 17,8-24);
• aprender la audacia genial representada en el reto del sacrificio sobre el monte Carmelo (cfr. 1Re 18,20-39)
• y de la intercesión por el pueblo entumecido por la sequía y la cultura de muerte (cfr. 1Re 18,41-46),
• hasta defender los derechos de los pobres atropellados por los prepotentes (cfr. 1Re 21)
• y poner en guardia contra las formas idolátricas que profanan el santo nombre de Dios (cfr. 2Re 1).
• Página especialmente dramática es la depresión mortal de Elías en el desierto de Berseba (1Re 19,1-8): pero allí Dios, ofreciendo pan y agua de vida, sabe transformar delicadamente la fuga en peregrinación hacia el monte Horeb (1Re 19,9).
• Es ejemplo para nuestras noches oscuras que, como para Elías, preceden el resplandor de la teofanía en la brisa tenue (1Re 19,9-18),
• y preparan para nuevas temporadas de fidelidad, que se convierten en historias de llamadas nuevas (como para Eliseo: 1Re 19,19-21),
• y también infunden coraje para intervenir contra la justicia sacrílega (cfr. el asesinato del campesino Nabot: 1Re 21,17-29).
• Por último, nos conmueve el saludo lleno de afecto a la comunidad de los hijos de los profetas (2Re 2,1-7) que prepara para la subida final más allá del Jordán, hacia el cielo, en el carro de fuego (2Re 2,8-13).

El texto bíblico ofrece también numerosos símbolos "menores". Podemos citar:

• los pocos recursos de vida en el torrente Carit, con esos cuervos que obedecen a Dios llevando al profeta pan y carne, como gesto de misericordia y solidaridad.
• La generosidad, arriesgando la propia vida, de la viuda de Sarepta, que sólo posee un puñado de harina y un poco de aceite (1Re 17,12) y se los ofrece al profeta hambriento.

• La impotencia de Elías ante el niño muerto, su grito indeciso y el abrazo desesperado que la viuda interpreta teológicamente son la revelación del rostro de un Dios misericordioso.
• La lucha interminable del profeta postrado en intercesión -después del clamoroso y un poco teatral choque con los sacerdotes de Baal en el Carmelo- implorando lluvia para el pueblo extenuado por la sequía. En una especie de juego de equipo entre Elías, el chico que sube y baja del monte y Dios, que es el auténtico señor de la lluvia (y no Baal), llega finalmente la respuesta en forma de una nubecita como la palma de la mano (cfr. 1Re 18,41). Una respuesta minúscula de Dios que, sin embargo, se convierte rápidamente en lluvia abundante y reparadora para un pueblo al límite de sus fuerzas.
• Algunos días después, aquel pan cocido y aquel jarro de agua que aparecen al lado del profeta, en depresión mortal en el desierto, serán igualmente una pobre pero eficaz respuesta: es un recurso que da fuerza para caminar cuarenta días y cuarenta noches hasta el monte de Dios, el Horeb (1Re 19,8).
• Y allí, en el hueco de una cueva donde Elías se refugia, todavía ardiendo de rebelión contra el destructor pueblo sacrílego que amenaza incluso su vida, asistirá a la destrucción de su imaginario de amenaza y de potencia: El Señor no estaba... ni en el huracán, ni en el terremoto, sino en una voz de silencio tenue (1Re 19,12). [En hebreo: qôl demamáh daqqáh, la traducción no es fácil ni unánime, por el múltiple significado de cada palabra. Qôl: significa voz, sonido, viento, silbido, murmullo, brisa, susurro; demamáh: significa silencio, vacío de muerte, suspensión, sin aliento; daqqáh: significa ligero, tenue, fino, sutil, tranquilo. Los Setenta traducen en griego: phonè aúras leptês; Jerónimo en latín: sìbilus aurae tenuis].

Una página sublime para la literatura mística, una caída vertical hacia la realidad para toda la "rabia sagrada" del profeta: debe reconocer la presencia de Dios más allá de cualquier imaginario tradicional que lo aprisionaba. Dios es susurro y brisa, no es un producto de nuestra necesidad de seguridad y de éxito, no quedaba rastro de sus huellas (cfr. Sal 77,20), pero está presente de forma auténtica y eficaz.

Elías con su rabia y sus emociones, que podían estropearlo todo, creía ser el único fiel. En cambio, Dios sabía que había otros siete mil testigos fieles, profetas y reyes dispuestos a obedecerle (1Re 19,15-19), porque la historia de Dios no se identificaba con el fracaso del profeta deprimido y vehemente. La historia continúa, porque está en las manos de Dios, y Elías tiene que ver con ojos nuevos la realidad, dejarse regenerar por el mismo Dios en esperanza y confianza.

Esa postura encorvada sobre la montaña para implorar la lluvia, que asemeja al niño recién nacido en el vientre de su madre, aparece simbólicamente también en el Horeb al esconderse en la cueva, y se completa con un nuevo nacimiento del profeta, que caminará erecto y regenerado por los misteriosos caminos del Dios viviente.

Al pie de la montaña el pueblo luchaba todavía contra una vida que no era ya vida, una religiosidad que era profanación de la alianza y nueva idolatría.

El profeta debe cargar sobre sí mismo esta lucha y esa desesperación, tiene que desandar sus pasos (1Re 19,15), que ahora son sólo los de Dios, volver a atravesar el desierto que ahora florece con nuevo sentido, para que triunfe la vida y los nuevos profetas y jefes sean servidores de la fidelidad a la alianza.

2. LA PROFECÍA DE LA VIDA CONFORME AL EVANGELIO.

Así como Elías vuelve a los orígenes de la Alianza, al Horeb (Sinaí), donde Dios entregó un día a Moisés las normas del pacto que hacían de Israel su propio Pueblo; así nosotros como Profetas de la Nueva Alianza, consagrados a Dios para servicio de su Pueblo, debemos volver a los orígenes de nuestra propia vocación religiosa (a Cristo), y con ello al propio Carisma Institucional que nace del Evangelio de Cristo, por obra del Espíritu, como una gema para la Iglesia y como un don para el mundo.

Volver a la centralidad de Cristo y de la Palabra de Dios, como el Concilio (Cfr. CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Decreto sobre la adecuada renovación de la vida religiosa Perfectae caritatis,5; IDEM, Constitución dogmática sobre la divina revelación Dei Verbum, 21, 25) y el Magisterio sucesivo nos han invitado a hacer con insistencia (Cfr. JUAN PABLO II, Exhort. Ap. postsinodal Vita consecrata (25 de marzo de 1996), 84; JUAN PABLO II, Carta Ap. Novo millennio ineunte (6 de enero de 2001), II. "Un rostro para contemplar" (16-28); III. "Caminar desde Cristo" (29-41); BENEDICTO XVI, Carta Enc. Deus caritas est (25 de diciembre de 2005), 12-18; CONGREGACIÓN PARA LOS INSTITUTOS DE VIDA CONSAGRADA Y LAS SOCIEDADES DE VIDA APOSTÓLICA, Instrucción Caminar desde Cristo. Un renovado compromiso de la vida consagrada en el Tercer Milenio, 19 de mayo de 2002).

a) Evangelio regla suprema

Una de las característica de la renovación conciliar para la vida consagrada ha sido el regreso radical de la sequela Christi: «Desde los primeros tiempos de la Iglesia nunca faltaron hombres y mujeres que, por medio de la práctica de los consejos evangélicos, quisieron seguir a Cristo con mayor libertad e imitarlo de más de cerca, y condujeron, cada uno de modo específico, una vida consagrada a Dios» (CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Decreto sobre la adecuada renovación de la vida religiosa Perfectae caritatis, 1).

Seguir a Cristo, como se propone en el Evangelio, es la «norma última de la vida religiosa» y «la regla suprema» (Ibídem 2) de todos los institutos. Uno de los primeros nombres con los que fue denominada la vida monástica es "vida evangélica".

Las diversas expresiones de vida consagrada testimonian dicha inspiración evangélica, comenzando por Antonio, precursor de la vida solitaria en el desierto. Después con Pacomio en el cenobio.

Basilio, el gran maestro del monacato de Oriente: Su punto de referencia son los Moralia, selección de textos bíblicos comentados y aplicados a las situaciones de la vida en santa koinonia (Cfr. BASILII, Moralia, PG, 31,692-869; Idem, Regulae fusius tractatae, PG, 31,889-1052); Ídem, In Regulas Brevius tractatae, PG, 31, 1052-1305). En Occidente, el camino se conduce en la misma dirección. La regla de Benito es obediencia a la Palabra de Dios (Cfr. BENITO, Regla, prologo, 1 y 9).

El surgir de las Órdenes Mendicantes convierte en más radical todavía, si esto es posible, el regreso al Evangelio.

Para Francisco de Asís, la Regla es «la vida del Evangelio de Jesucristo» (Regola non bollata, Titolo: FF 2,2. La Regola bollata inicia con el mismo tenor: «La Regla y la vida de los hermanos menores es ésta, es decir, observar el Santo Evangelio del Señor nuestro Jesucristo...» I, 2: FF 75).

En tiempos más recientes, Giacomo Alberione afirmaba que la Familia Paulina «aspira a vivir integralmente el Evangelio de Jesucristo» (G. ALBERIONE, «Abundantes divitiae gratiae suae». Historia carismática de la Familia Paulina, Roma 1977, n. 93).

Cada carisma de vida consagrada se radica en el Evangelio. La pasión por la Palabra bíblica en muchas de las nuevas comunidades que florecen hoy en toda la Iglesia es evidente y significativa.

Volver al Evangelio suena hoy como una provocación que nos reconduce a la fuente de toda vida arraigada en Cristo. Una fuerte invitación a realizar un camino hacia el origen, en el lugar donde nuestra vida se realiza, donde toda Regla y norma encuentra inteligencia y valor.

Para Nosotros como Agustinos como lo dice el número 17 de nuestras Constituciones:

"La norma fundamental de la vida religiosa es el seguimiento de Cristo (RdC [Caminar desde Cristo], 22), como aparece en el Evangelio (Cfr. Perfectae Caritatis 2a), que nos impulsa al amor según nuestra personal consagración. Por eso, ante todo, amemos a Dios y luego al prójimo (cfr. Mt 22,40; Regla 1; Perfectae Caritatis 6); como Jesús mandó a sus discípulos y que es la ley suprema del Evangelio, a semejanza de la primitiva comunidad cristiana constituida bajo los santos apóstoles en Jerusalén (cfr. Hch 2,42-47; De consensu evangelistarum libri quattuor 1, 1,1; Sermones 265, 350, 350A)".

Con la Regla (carta 211), San Agustín trató de organizar la vida interna de su comunidad; y el ideal de vida comunitaria lo basó en el modelo bíblico de la primera comunidad cristiana, presentado por los Hechos de los Apóstoles 2, 42 – 47 y 4, 32 – 35. Una comunidad basada en la oración común, en la celebración de la Eucaristía (la fracción del pan), la asistencia al templo, tres acciones que revelaban la vida litúrgica de la comunidad. Una comunidad basada también en la unión de una sola alma y un solo corazón, en el compartir juntos el alimento, y en la comunión de bienes, según la necesidad de cada uno; características que revelaban la vida fraterna de la comunidad. Y una comunidad basada en la enseñanza, en la predicación apostólica y la apertura a la entrada de los nuevos miembros que el Señor llamara; esto mostraba la vida apostólica y misionera de aquella primera comunidad.

Aunque San Agustín no hable en su Regla de Vida de esta dimensión apostólica, sin embargo parece que en la Regla tampoco hay nada que la coarte. Puede ser que la Regla haya sido escrita para una comunidad de índole más monacal, pero sabemos también que este era el ideal de vida de la Comunidad de Hipona, que junto a Agustín Obispo, y por la ayuda a éste, esta comunidad tendrá un carácter más pastoral. Cuando leemos la Regla aparecen en ella también los diversos temas de la vida comunitaria que se enuncian en los Hechos de los Apóstoles, y que Agustín comenta más profundamente, dando criterios muy prácticos para la vida de la comunidad, todos ellos precisamente basados en el Evangelio.

Igualmente, la primera nota de nuestra Espiritualidad Agustiniana, como es presentada en el Capítulo segundo de nuestras Constituciones (Llamado Espiritualidad de la Orden), es que ésta es precisamente: EVANGÉLICA Y ECLESIAL, porque se basa en las Escrituras y se vive en comunión con la Iglesia.

b) Formación: Evangelio y Cultura.

Tiene carácter urgente la formación espiritual, muy a menudo limitada casi sólo a simple acompañamiento psicológico o a ejercicios de piedad estandarizados.

Estamos invitados a redescubrir y estudiar las verdades fundamentales de la fe (Puede ser útil a tal fin leer y asimilar el Catecismo de la Iglesia Católica, que presenta una síntesis sistemática y orgánica de la que emerge la riqueza de la enseñanza que la Iglesia ha acogido, guardado y ofrecido. «Desde la Sagrada Escritura a los Padres de la Iglesia, de los Maestros de teología a los Santos de todos los siglos, el Catecismo ofrece una memoria permanente de los diferentes modos en que la Iglesia ha meditado sobre la fe y ha progresado en la doctrina, para dar certeza a los creyentes en su vida de fe». BENEDICTO XVI, Carta Ap. en forma de motu proprio Porta Fidei con el que se convoca el Año de la Fe, 11 de octubre de 2011, 11).

La Palabra, fuente genuina de espiritualidad de la que se ha de extraer el supremo conocimiento de Cristo Jesús (Flp 3,8), debe habitar lo cotidiano de nuestra vida (Cfr. CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Constitución dogmática sobre la divina revelación Dei Verbum, 25; JUAN PABLO II, Exhort. Ap. postsinodal Vita consecrata (25 de marzo de 1996), 94; BENEDICTO XVI, Exhort. Ap. postsinodal Verbum Domini (30 de septiembre de 2010), 86).

Sólo así su potencia (cfr. 1Tes 1,5) podrá penetrar en la fragilidad de lo humano, fermentar y edificar los lugares de vida común, rectificar los pensamientos, los afectos, las decisiones, los diálogos entretejidos en los espacios fraternos.

Siguiendo el ejemplo de María, la escucha de la Palabra debe convertirse en aliento de vida en cada instante de la existencia.

El apóstol Pablo pedía al discípulo Timoteo que buscara la fe (cfr. 2Tim 2,22) con la misma constancia que cuando era niño (cfr. 2Tim 3,15), en primer lugar, permaneciendo firme en lo que había aprendido, es decir, en las sagradas Escrituras: “Toda Escritura está inspirada por Dios y es útil para enseñar, argüir, encaminar e instruir en la justicia. Con lo cual el hombre de Dios estará formado y capacitado para toda clase de obras buenas” (2Tim 3,16-17).

Escuchamos esta invitación como dirigida a nosotros para que nadie se vuelva perezoso en la fe (cfr. Hb 6,12). Ella (la Fe alimentada por la Palabra leída, escuchada, orada, escudriñada, e interpretada en la misma Fe) es la compañera de vida que nos permite percibir con ojos siempre nuevos las maravillas que Dios realiza con nosotros y nos orienta hacia una respuesta obediente y responsable (Cf. BENEDICTO XVI, Carta Ap. en forma de motu proprio Porta Fidei con la que se convoca el Año de la Fe (11 de octubre de 2011, 15).

Esto mismo es lo que nos señalan nuestras Constituciones: "La vida cristiana se renovará en nosotros cada día y florecerá en la Orden, si cada uno "lee ávidamente, escucha con devoción y aprende con ardor" (Cfr. Ep. 132; Const. Ratisb., c. 17,113) la Sagrada Escritura, sobre todo el Nuevo Testamento, ya que "casi en cada página no suena otra cosa que Cristo y la Iglesia" (Sermón 46, 33). Acuérdense además los Hermanos de acompañar la oración a la lectura de la Sagrada Escritura para que se realice el diálogo del hombre con Dios (Cfr. DV 25)". (Const. OSA, 19).

El Evangelio, la norma ideal de la Iglesia y de la vida consagrada, debe representar su normalidad en la práctica, su estilo y su modo de ser.

Evangelizar no significa llevar un mensaje reconocidamente útil por el mundo, ni una presencia que se impone, ni una visibilidad que ofende, ni un esplendor que ciega, sino el anuncio de Jesucristo esperanza en nosotros (cfr. Col 1,27-28), hecho con palabras de gracia (Lc 4,22), con una conducta buena entre los hombres (1Pe 2,12) y con la fe que obra por medio del amor (Gal 5,6).

3. LA PROFECÍA DE LA VIGILANCIA.

¿Qué tierras estamos habitando y qué horizontes se nos ha dado escrutar?

El papa Francisco llama a acoger el hoy de Dios y sus novedades, nos invita a las «sorpresas de Dios» (FRANCISCO, Homilía en la Vigilia de la Noche Santa, Roma (30 de marzo de 2013): « ¡Nos asustan las sorpresas de Dios! ¡Él nos sorprende siempre! Hermanos y hermanas, no nos cerremos a la novedad que Dios quiere traer a nuestra vida».).

Acoger las "sorpresas de Dios": "en la fidelidad, sin miedo ni resistencias, para «ser profetas que dan testimonio de cómo Jesús ha vivido en esta tierra, que anuncian cómo será en su perfección el Reino de Dios. Jamás un religioso debe renunciar a su profecía». (A. SPADARO, "¡Despierten el mundo!". Coloquio del Papa Francisco con los Superiores Generales, en La Civiltà Cattolica, 165 (2014/I), 7.).

Percibimos la ligereza y el peso mientras escrutamos la imprevisible llegada de la nubecita. Humilde germen de una Noticia que no se puede callar.

La vida religiosa vive un periodo de exigentes cambios y de necesidades nuevas. La crisis es el estado en el que se es llamado al ejercicio evangélico del discernimiento, es la oportunidad de elegir con sabiduría -como el escriba, que extrae del tesoro cosas nuevas y cosas antiguas (cfr. Mt 13,52)- pero a veces no queremos botar lo que ya no sirve, o que nunca más vamos a usar, porque ahora ya no es necesario aquello como lo fue en otro momento. Al respecto nos dice el mismo Agustín: "No es verdad lo que se dice que una cosa bien hecha una vez no debe ser cambiada en modo alguno. Varían las condiciones del tiempo. La misma recta norma exige que se cambie lo que con anterioridad estaba bien hecho. De manera que, mientras hay quienes dicen que no se obraría bien si se cambiase, la verdad proclama que se haría mal en no cambiar" (Discurso 138, 1, 4; PL 33. 526).

Corremos el riesgo de conservar "memorias" sacralizadas que vuelven menos cómoda la salida de la cueva de nuestras seguridades. El Señor nos ama con amor perenne (cfr. Is 54,8): dicha confianza nos llama a la libertad.

Para ser profetas debemos sentirnos libres como el profeta Elías, o como el profeta Amós, que en confrontación con el sacerdote Amasías, que le prohibía predicar en el Santuario Real, pidiéndole que se fuera a ganar su pan a otro lado; Amos le responde: "yo no soy profeta ni hijo de profeta", para indicarle que él no pertenecía a la institución de profetas casados con el rey, que no dependía su manutención de la institución gubernamental, sino que estaba libre para predicar de parte de Dios su Palabra (Am 7, 12 – 14). A nosotros que hemos sido ungidos profetas o profetisas en el bautismo, desde el mandamiento principal dado por Cristo, San Agustín nos exhortará precisamente como cristianos a asumir esa libertad: "Ama y di lo que quieras" (Comentario a la Carta a los Gálatas 57, 6, 1). Se lo dice precisamente a aquél que ha sido ungido(a) como el hombre o la mujer de la Palabra: el Profeta o la Profetisa, que desde su bautismo participa del propio Profetismo de Cristo. Y la vida consagrada es radicalización de esto.

La Palabra Profética brota del encuentro interior con Jesucristo. Esa palabra ha de nacer del contacto íntimo que el profeta del Nuevo Testamento tiene que tener con Cristo, su Señor, que le urge desde dentro, sobrepasando todo condicionamiento externo, producido muchas veces por la Institución, la autoridad o el ambiente: "No te limites a aceptar y creer pasivamente, lo que el maestro te enseña, el ambiente te insinúa, o la autoridad te dicta. Enciende tu propia luz, la del Maestro Interior que te ilumina desde dentro, y descubre por ti mismo, hasta la plena comprensión" (Cf. Del don de la Perseverancia II, 21,57; De la dimensión del alma 23,41; Exposición de la Epístola de san Juan 3,13).

Pero esa palabra no es decir cualquier cosa, es una palabra que hace al profeta responsable ante Dios, es nada menos que la fidelidad del profeta a la Palabra de Dios, que nadie ni nada puede callar por la fuerza; ni mucho menos amedrentando al profeta, o queriendo hacerle cerrar su boca a través del miedo a una represalia. "Nadie que actúe por la fuerza actúa bien, aun siendo bueno lo que hace, ya que no son las imposiciones desde fuera las que hacen responder libremente a la persona, sino las que nacen de su interior". (Cat. Rud. 12,19), las que nacen de su fidelidad a Dios, que le urge desde dentro a hablar y a actuar en su Nombre.

Y es una palabra de compromiso con la situación del Pueblo, por eso mismo, el profeta debe ser libre y sentirse libre, para libremente poder amar a los destinatarios del mensaje de Dios: "Ama y haz lo que quieras" (Comentario a la 1ª Carta de San Juan 7,8). Precisamente a través de la palabra y de la acción del profeta el pueblo debe percibir la preocupación y el gran amor de Dios por él.

a) Unidos para escrutar el horizonte.

Una disimulada acedia (άκηδία) desgana, a veces, nuestro espíritu, ofusca la visión, agota las decisiones y entorpece los pasos, conjugando la identidad de la vida consagrada en un modelo envejecido y autoreferencial, en un horizonte breve: «se desarrolla la psicología de la tumba, que poco a poco convierte a los cristianos en momias de museo» (FRANCISCO, Exhort. Ap. Evangelii gaudium, 24 de noviembre de 2013, 83).

Ya Benedicto XVI exhortó: «No os unáis a los profetas de desventuras que proclaman el final o el sinsentido de la vida consagrada en la Iglesia de nuestros días; más bien revestíos de Jesucristo y portad las armas de la luz -como exhortaba san Pablo (cfr. Rm 13,11-14)-, permaneciendo despiertos y vigilantes (BENEDICTO XVI, Homilía para la Fiesta de la Presentación del Señor - XVII Jornada Mundial de la vida consagrada, Roma, 2 de febrero de 2013).

Al respecto ya San Agustín nos exhortaba: "Yo todavía avanzo, todavía progreso, todavía voy hacia delante, estoy todavía en camino, todavía estoy en tensión pues todavía no he llegado", decía el Obispo Agustín predicando a sus fieles. Y proseguía: "Por tanto, si tú también caminas, si estás en tensión y prestas atención a lo que está por venir, olvida entonces lo que queda atrás. No mires hacia atrás, para no anclarte en el lugar donde has puesto tus ojos; acuérdate de la mujer de Lot… Nosotros somos al mismo tiempo perfectos e imperfectos. Perfectos en nuestra condición de caminantes, imperfectos porque aún no hemos llegado a la meta… Ves que somos caminantes. Con todo preguntas: "¿Qué significa caminar? En pocas palabras, significa avanzar. Pero puede que, aun entendiendo esto, eches a andar más despacio. Avanzad, hermanos míos, examinaos honestamente una y otra vez. Poneos a prueba. No estéis contentos con lo sois si queréis llegar a lo que aún no sois. Porque donde te consideras satisfecho de ti mismo, allí quedarás parado. Si dices: "Basta", entonces estás acabado. Así pues, añade siempre algo más, avanza sin parar, progresa siempre" (Sermón 169, 15 y 18).

La vida religiosa está atravesando un vado, pero no puede quedarse en él definitivamente. Estamos llamados a pasar al otro lado, como Elías hacia Sarepta de Sidón: todos hacia tierras misteriosas vislumbradas sólo en la fe.

No se trata de responder a la pregunta de si lo que hacemos es bueno: el discernimiento mira hacia horizontes que el Espíritu sugiere a la Iglesia, interpreta el murmullo de las estrellas de la mañana sin salidas de emergencia, ni atajos improvisados, se deja guiar a cosas grandes a través de señales pequeñas y frágiles, poniendo en juego débiles recursos.

Estamos llamados a una obediencia común que se vuelve fe en el hoy para continuar juntos con «el coraje de echar las redes con la fuerza de su palabra (cfr. Lc 5,5) y no de motivaciones sólo humanas» (CONGREGACIÓN PARA LOS INSTITUTOS DE VIDA CONSAGRADA Y LAS SOCIEDADES DE VIDA APOSTÓLICA, Instrucción El servicio de la autoridad y la obediencia. Faciem tuam, Domine, requiram, 11 de mayo de 2008, 11).

La vida consagrada alimenta la esperanza de la promesa, está llamada a seguir el camino sin dejarse condicionar por lo que se queda atrás: "Yo no pienso tenerlo todo ya conseguido. Únicamente, olvidando lo que queda atrás, me esfuerzo por lo que hay por delante" (Flp 3,13-14). La esperanza no se construye basándose en nuestras fuerzas o nuestros números, sino mediante los dones del Espíritu: la fe, la comunión, la misión.

Los consagrados somos un pueblo liberado por la profesión de los consejos del Evangelio, dispuesto a mirar en la fe, más allá del presente, invitado a «ampliar la mirada para reconocer un bien mayor que nos beneficiará a todos» (FRANCISCO, Exhort. Ap. Evangelii gaudium, 24 de noviembre de 2013, 235)..

La meta de este camino está marcada por el ritmo del Espíritu, no es una tierra desconocida. Se abren delante de nuestro caminar nuevas fronteras, realidades nuevas, otras culturas, necesidades diversas, suburbios.

- Imitando el juego en equipo del profeta Elías y de su siervo, es necesario recogerse en oración con un sentido de pasión y compasión por el bien del pueblo que vive en contextos desorientados y a menudo dolorosos.
- Urge también el servicio generoso y paciente del siervo, que sube a escrutar el mar, hasta percibir la pequeña "señal" de una historia nueva, de una "lluvia grande".
- La brisa tenue se puede identificar hoy con muchos deseos inquietos de nuestros contemporáneos, que buscan interlocutores sabios, pacientes compañeros de camino, capaces de una acogida a corazón abierto, facilitadores y no controladores de la gracia, para nuevas épocas de fraternidad y salvación. (Cfr. FRANCISCO, Exhort. Ap. Evangelii gaudium, 24 de noviembre de 2013, 47).

b) Un guía "detrás del Pueblo".

Es indispensable que el éxodo lo realicemos juntos, guiados con sencillez y claridad, por quien sirve con autoridad.

Exhortamos a una guía que no deje las cosas como están (Cf. FRANCISCO, Exhort. Ap. Evangelii gaudium, 24 de noviembre de 2013, 25), que aleje «la tentación de dejar pasar y considerar inútil cualquier esfuerzo por mejorar la situación. Asoma, entonces, el peligro de convertirse en gestores de la rutina, resignados a la mediocridad, inhibidos para intervenir, sin ánimo para señalar las metas de la auténtica vida consagrada y con el riesgo de que se apague el amor de los comienzos y el deseo de testimoniarlo» (CONGREGACIÓN PARA LOS INSTITUTOS DE VIDA CONSAGRADA Y LAS SOCIEDADES DE VIDA APOSTÓLICA, Instrucción El servicio de la autoridad y la obediencia. Faciem tuam, Domine, requiram, 11 de mayo de 2008, 28).

Corre el tiempo de las pequeñas cosas, que sabe entrever en la nubecilla la llegada de la lluvia.

No estamos llamados a una guía preocupada y administrativa, sino a un servicio de autoridad que oriente con claridad evangélica el camino que tenemos que realizar juntos y con los corazones unidos, dentro de un presente frágil en el que ya el futuro se está generando. No nos sirve una «simple administración» (Cfr. FRANCISCO, Exhort. Ap. Evangelii gaudium, 24 de noviembre de 2013, 25), es más bien necesario «caminar detrás del pueblo para ayudar a los rezagados y, sobre todo, porque el rebaño mismo tiene su olfato para encontrar nuevos caminos» (Ibíd., 31).

Una guía que acoja y anime con ternura empática la mirada de los hermanos y las hermanas, incluso la de aquellos que caminan con dificultad o frenan la marcha, ayudándoles a superar prisas, miedos y actitudes de renuncia.

Se puede oír el eco del siervo de Elías que repite, escrutando el horizonte: ¡No se ve nada! (1Re 18,43). Estamos llamados a la gracia de la paciencia, a esperar y volver a escrutar el cielo hasta siete veces, todo el tiempo que sea necesario, para que el camino de todos no se detenga por la indolencia de algunos.

Se nos ha dado el saber orientar el camino fraterno hacia la libertad según los ritmos y los tiempos de Dios. Escrutar juntos el cielo y vigilar significa estar todos llamados a la obediencia para «entrar en "otro" orden de valores, captar un sentido nuevo y diferente de la realidad, creer que Dios ha pasado también cuando no ha dejado huellas visibles, pero lo hemos percibido como voz de silencio sonora (Traducción más literal respecto a brisa ligera de 1Re 19,12) que nos lleva a experimentar una libertad imprevisible, para tocar los umbrales del misterio: Porque mis planes no son vuestros planes, vuestros caminos no son mis caminos, oráculo del Señor (Is 55,8)» (CONGREGACIÓN PARA LOS INSTITUTOS DE VIDA CONSAGRADA Y LAS SOCIEDADES DE VIDA APOSTÓLICA, Instrucción El servicio de la autoridad y la obediencia. Faciem tuam, Domine, requiram, 11 de mayo de 2008, 7).

En este éxodo que asusta a la lógica humana -que exigiría metas claras y caminos experimentados- resuena una pregunta: ¿quién robustecerá las rodillas vacilantes (Cf. Is 35,3)?

La acción del Espíritu en situaciones complejas y bloqueadas se hace presente en el corazón, que es el que simplifica e indica prioridades y da sugerencias para llegar a las metas a las que nos quiere conducir.

«Pero no hay mayor libertad que la de dejarse llevar por el Espíritu, renunciar a calcularlo y controlarlo todo, y permitir que Él nos ilumine, nos guíe, nos oriente, nos impulse hacia donde Él quiera. Él sabe bien lo que hace en cada época y en cada momento. ¡Esto se llama ser misteriosamente fecundos!» (FRANCISCO, Exhort. Ap. Evangelii gaudium, 24 de noviembre de 2013, 280).

c) La mística del encuentro.

El papa Francisco nos invita a vivir la "mística del encuentro": «la capacidad de escuchar, de escuchar a las demás personas. La capacidad de buscar juntos el camino, el método [...] y significa también no asustarse, no asustarse de las cosas» (FRANCISCO, Discurso a los Rectores y a los alumnos de los Pontificios Colegios y Residencias sacerdotales de Roma, 12 de mayo de 2014).

«Si cada uno de vosotros es para los demás – continua el Santo Padre – una posibilidad preciosa de encuentro con Dios, se trata de redescubrir la responsabilidad de ser profecía como comunidad, de buscar juntos, con humildad y con paciencia, una palabra de sentido que puede ser un don y testimoniarla con sencillez» (FRANCISCO, Audiencia a los participantes al encuentro promovido por la Conferencia Italiana de los Institutos Seculares, Roma (10 de mayo de 2014).

Un paradigma conciliar ha sido la preocupación por el mundo y por el hombre, por lo tanto, el compromiso con los hombres y las mujeres de nuestro tiempo sigue siendo prioritario para nosotros. Al respecto no debemos olvidar la sentencia de San Agustín: "Hombre soy, y nada de lo humano me es ajeno" (Epístola 78, 8).

El hombre en su corporeidad, en su realidad social, es el camino de la evangelización.

Nuestra misión se sitúa en la perspectiva de la centralidad de la persona que sabe empezar desde lo humano.

Pero ¿qué hombre y qué mujer se nos presentan? ¿Cuáles son los retos y las renovaciones necesarias para una vida consagrada que quiera vivir con el mismo "estilo" del Concilio, es decir, en actitud de diálogo y de solidaridad, de profunda y auténtica "simpatía" con los hombres y las mujeres de hoy y su cultura, su íntimo "sentir", su autoconciencia, sus coordenadas morales?

Movidos por el Espíritu de Cristo estamos llamados a reconocer lo que es verdaderamente humano. Nuestra acción, si no, se limita a una identidad social, parecida a una piadosa ONG, dirigida a construir una sociedad más justa, pero secularizada, cerrada a la trascendencia, y en definitiva, ni siquiera justa (Cf. FRANCISCO, Homilía en la Santa Misa con los Cardenales, Roma, 14 de marzo de 2013). Los objetivos de la promoción social debemos situarlos en el horizonte que evidencie y cuide el testimonio del Reino y la verdad de lo humano.

- En nuestro tiempo, dominado por una comunicación invasiva y global incapaz, al mismo tiempo, de comunicar con autenticidad, la vida consagrada está llamada a ser signo de la posibilidad de relaciones humanas acogedoras, transparentes y sinceras.
- La vida consagrada, en sus múltiples formas de fraternidad, está modelada por el Espíritu Santo, porque «donde está la comunidad, allí está también el Espíritu de Dios; y donde está el Espíritu de Dios, allí está también la comunidad y toda gracia» (IRENEO DE LYON, Contra las herejías III, 24, I).
- Estamos invitados a pasar de la forma de vida en común a la gracia de la fraternidad. De la forma communis a la relación humana de manera evangélica en virtud de la caridad de Dios que se infunde en nuestro corazón por medio del Espíritu Santo (cfr. Rom 5,5).

El papa Francisco nos recuerda: «Me duele tanto comprobar cómo en algunas comunidades cristianas, y aun entre personas consagradas, consentimos diversas formas de odio, divisiones, calumnias, difamaciones, venganzas, celos, deseos de imponer las propias ideas a costa de cualquier cosa, y hasta persecuciones que parecen una implacable caza de brujas. ¿A quién queremos evangelizar con estos comportamientos? [...] Nadie se salva solo, esto es, ni como individuo aislado ni por sus propias fuerzas. Dios nos atrae teniendo en cuenta la compleja trama de relaciones interpersonales que supone la vida en una comunidad humana» (FRANCISCO, Exhort. Ap. Evangelii gaudium, 24 de noviembre de 2013, 100, 113).

Estamos llamados entonces a reconocernos como fraternidad abierta a la complementariedad del encuentro en la relación entre las diferencias, para proceder unidos: «Una persona que conserva su peculiaridad personal y no esconde su identidad -exhorta el papa Francisco- cuando se integra cordialmente en una comunidad no se anula, sino que recibe siempre nuevos estímulos para su propio desarrollo» (Ibíd, 235; cfr. 131).

Nosotros como Agustinos no debemos olvidar la concepción de comunidad que tenía San Agustín. Él sabe también que comunidad no significa uniformidad: "Donde no hay envidias, las diferencias, lejos de crear divisiones, causan armonía" afirmará en su libro sobre La Santa Virginidad (Sobre la S. Virginidad 29, 29). Y en el mismo libro tiene esta otra sentencia: "No te conviertas en un mero imitador o seguidor, cada cual tiene de Dios su don particular; unos de una manera, otros de otra" (Sobre la S. Virginidad 46, PL 40, 423). Y en los Sermones 101 y 88, respectivamente: "Guardemos todos lo que hemos recibido todos ¿Cómo? Amándonos mutuamente con una caridad ardiente.

Esto hará que yo ame tu fortaleza y que tú me ayudes a llevar mi debilidad" (Sermón 101, 11). "Lo que se posee por muchos armónicamente es de cada uno íntegramente" (Sermón 88, 12).

Igualmente San Agustín ve el camino de la vida comunitaria como una instancia excelente para el crecimiento y desarrollo de la persona humana. Convencido de esto expresa en el comentario al Salmo 125: "Necesitamos de los demás para ser nosotros mismos" (Com. Sal. 125, 13).

Para San Agustín la comunidad es escuela de Diálogo y "en la escuela del único Maestro, todos somos condiscípulos" nos dirá en su Comentario al Salmo 126 (Com. Sal. 126, 3). Y en las Confesiones: "La verdad no es mía, ni del otro, ni del de más allá, sino de todos nosotros; no queramos poseerla en privado para no ser privados de ella" (Conf. 12, 25, 34).

Y el Papa nos recuerda: «El estilo del "diálogo" que es «mucho más que la comunicación de una verdad. Se realiza por el gusto de hablar y por el bien concreto que se comunica entre los que se aman por medio de las palabras. Es un bien que no consiste en cosas, sino en las personas mismas que mutuamente se dan en el diálogo» (FRANCISCO, Exhort. Ap. Evangelii gaudium, 24 de noviembre de 2013, 142).

Son dos los "lugares" en los que, de manera privilegiada, el Evangelio se manifiesta, toma cuerpo, se dona: la familia y la vida consagrada.

- Llegamos a ser "lugar del Evangelio" cuando aseguramos para nosotros y favorecemos para todos el espacio del cuidado de Dios, e impedimos que todo el tiempo se llene de cosas, de actividades, de palabras.
- Somos lugares de Evangelio cuando somos mujeres y hombres de deseo: la espera de un encuentro, de una reunión, de una relación.
- Por eso es esencial que nuestros ritmos de vida, los ambientes de nuestra fraternidad, todas nuestras actividades se conviertan en espacios al cuidado de una "ausencia", que es presencia de Dios.

«La comunidad sostiene todo el apostolado. A veces las comunidades religiosas atraviesan tensiones, con el riesgo del individualismo y la dispersión, en cambio se necesita una comunicación profunda y relaciones auténticas. La fuerza humanizadora del Evangelio es testimoniada por la fraternidad vivida en comunidad, hecha de acogida, respeto, ayuda mutua, comprensión, cortesía, perdón y alegría» (FRANCISCO, Discurso a los participantes al Capítulo General de la Sociedad Salesiana de san Juan Bosco (Salesianos), Roma, 31 de marzo de 2014).

La comunidad así se convierte en casa en la que se vive la diferencia evangélica.
- El estilo del Evangelio, humano y sobrio (voto de pobreza), se manifiesta en la búsqueda que aspira a la transfiguración;
- en el celibato por el Reino (voto de castidad);
- en el estudio y en la escucha de Dios y de su Palabra: obediencia que evidencia la diferencia cristiana (voto de obediencia).

Signos claros en un mundo que vuelve a buscar lo más esencial.

La comunidad que sentada en torno a la mesa reconoce Cristo al partir el pan (cfr. Lc 24,13-35) es también lugar en el que cada uno reconoce su fragilidad.

- La fraternidad no produce la perfección de las relaciones, pero acoge el límite de todos y lo lleva en el corazón
- y en la oración como herida infligida al mandamiento del amor (cfr. Jn 13,31-35): lugar donde el misterio pascual obra la curación y acrecienta la unidad.
- Acontecimiento de gracia invocado y recibido por los hermanos y hermanas que están juntos no por elección, sino por llamada, experiencia de la presencia del Resucitado.

4. LA PROFECÍA DE LA MEDIACIÓN

Las familias religiosas nacieron para inspirar caminos nuevos, para ofrecer recorridos impensables o responder ágilmente a necesidades humanas y del espíritu. Puede suceder que con el tiempo la institucionalización se cargue de "prescripciones que resultan anticuadas" (CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Decreto sobre la adecuada renovación de la vida religiosa Perfectae caritatis, 3) y las exigencias sociales conviertan las respuestas evangélicas en respuestas que se basan en una eficiencia y una racionalidad "de empresa".

Puede suceder que la vida religiosa pierda la reputación, la audacia carismática y la parresia evangélica, porque se sienta atraída por luces extrañas a su identidad.

Hoy el Espíritu nos invita a la fidelidad creativa, a las sorpresas de Dios: «Jesucristo también puede romper los esquemas aburridos en los cuales pretendemos encerrarlo y nos sorprende con su constante creatividad divina. Cada vez que intentamos volver a la fuente y recuperar la frescura original del Evangelio, brotan nuevos caminos, métodos creativos, otras formas de expresión, signos más elocuentes, palabras cargadas de renovado significado para el mundo actual. En realidad, toda auténtica acción evangelizadora es siempre "nueva"» (FRANCISCO, Exhort. Ap. Evangelii gaudium (24 de noviembre de 2013), 11).

a) En la encrucijada del mundo.

Como profetas estamos llamados a habitar estas tierras inexploradas para narrar el Evangelio. «Hoy, que las redes y los instrumentos de la comunicación humana han alcanzado desarrollos inauditos, sentimos el desafío de descubrir y transmitir la mística de vivir juntos, de mezclarnos, de encontrarnos, de estar en brazos, de apoyarnos, de dejarnos llevar por esta marea algo caótica que puede convertirse en una verdadera experiencia de fraternidad, en una caravana solidaria, en una santa peregrinación» (FRANCISCO, Exhort. Ap. Evangelii gaudium (24 de noviembre de 2013), 87). Sobre todo nosotros los Agustinos que tenemos como uno de los pilares de nuestra espiritualidad la vida fraterna, la vida común.

Estamos invitados también a plantar tiendas ligeras en las encrucijadas de senderos inexplorados. A estar en el umbral, como el profeta Elías, que hizo de la geografía de las afueras una fuente de revelación: hacia el Norte, Sarepta; hacia el Sur, el Horeb; al Este del Jordán, a la soledad penitente y, finalmente a la ascensión al cielo. El umbral es el lugar donde el Espíritu gime: allí donde nosotros no sabemos ya ni qué decir, ni hacia dónde orientar nuestras esperas, pero donde el Espíritu conoce los designios de Dios (Rm 8,27) y nos los entrega.

Tenemos el peligro, a veces, de atribuir a las vías del Espíritu nuestros mapas trazados desde hace mucho, porque repetir el mismo camino nos da seguridad.

El papa Benedicto, nos abrió a la visión de una Iglesia que crece por atracción (BENEDICTO XVI, Homilía en la Santa Misa de inauguración de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe en el Santuario "La Aparecida", Aparecida, Brasil, 13 de mayo de 2007), mientras que el papa Francisco sueña con «una opción misionera capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial se convierta en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual más que para la autopreservación [...] EN CONSTANTE ACTITUD DE "SALIDA" y favorezca así la "respuesta positiva de todos aquellos a quienes Jesús convoca a su amistad"» (FRANCISCO, Exhort. ap. Evangelii gaudium (24 de noviembre de 2013), 27).

En el pasado, uno de los temas fuertes de la vida espiritual era el símbolo del viaje o de la ascensión: no en el espacio, sino hacia el centro del alma.

Los consagrados y las consagradas, expertos en el Espíritu y conscientes del hombre interior en el que habita Cristo, estamos invitados a recorrer estos caminos, impidiendo al dia-bólico que divide y separa, y liberando el sim-bólico, es decir, liberando la primacía de la unión y de la relación presente en la complejidad de la realidad creada, para anticipar el designio de "recapitular en Cristo todas las cosas, las celestes y las terrestres" (Ef 1,10). ¡Qué lenguaje más agustiniano y motivador para nosotros!

¿Dónde estarán los consagrados? Libres de vínculos por la forma evangélica de vida que profesan, ¿sabrán detenerse – como centinelas al margen, allí donde la mirada se hace más nítida, más aguda y humilde el pensamiento? ¿Toda la vida religiosa será capaz de acoger el reto de las preguntas que provienen de las encrucijadas del mundo?

La experiencia de los pobres, el diálogo interreligioso e intercultural, la complementariedad hombre-mujer, la ecología en un mundo enfermo, la eugenesia sin frenos, la economía globalizada, la comunicación planetaria y el lenguaje simbólico son los nuevos horizontes hermenéuticos que no se pueden simplemente enumerar, sino que están habitados y fermentados bajo la guía del Espíritu que en todo gime (cfr. Rm 8,22-27). Son recorridos de una época que pone en cuestión sistemas de valores, lenguajes, prioridades y antropologías. Millones de personas caminan a través de mundos y civilizaciones, desestabilizando identidades antiguas y favoreciendo mezclas de culturas y religiones.

La vida consagrada ¿será capaz de ser interlocutora acogedora «de esa búsqueda de Dios cuya presencia aletea siempre en el corazón humano»?120 ¿Será capaz de presentarse -como Pablo- en la plaza de Atenas y hablar del Dios desconocido a los gentiles (cfr. Hch 17,22-34)? ¿Será capaz de alimentar el ardor del pensamiento para alentar el valor de la alteridad y la ética de las diferencias en la convivencia pacífica?

Como profetas consagrados tenemos que «encontrar caminos nuevos y valientes para alcanzar a todos» en Cristo (Cf. FRANCISCO, Audiencia a los participantes en el encuentro promovido por la

Conferencia Italiana de los Institutos Seculares, Roma, 10 de mayo de 2014), e «ir más allá, no solamente más allá, sino más allá y en medio, allí donde se pone todo en juego» (Ibídem).

«El carisma no es una botella de agua destilada. Es necesario vivirlo con energía, releyéndolo también culturalmente» (A. SPADARO, "¡Despierten al mundo!". Entrevista al papa Francisco con los Superiores Generales, en La Civiltà Cattolica, 165 (2014/I), 8.).

b) En el signo de lo pequeño.

«No perdáis nunca el impulso de caminar por los caminos del mundo, la conciencia de caminar, ir incluso con paso incierto o cojeando, es mejor que estar parados, cerrados en las propias preguntas o en las propias seguridades» (A. SPADARO, "¡Despierten al mundo!". Entrevista al papa Francisco con los Superiores Generales, en La Civiltá Cattolica, 165 (2014/I), 8.).

Los iconos que hemos meditado –de la nube que acompañaba el éxodo, tema 9, a las aventuras del profeta Elías, tema 10 – nos revelan que el Reino de Dios se manifiesta entre nosotros en el signo de lo pequeño. «Creámosle al Evangelio, que dice que el Reino de Dios ya está presente en el mundo, y está desarrollándose aquí y allá, de diversas maneras: como la pequeña semilla que puede llegar a convertirse en una planta grande (cfr. Mt 13,31- 32), como el puñado de levadura, que fermenta una gran masa (cfr. Mt 13,33), y como la buena semilla que crece en medio de la cizaña (cfr. Mt 13,24-30), y siempre puede sorprendernos gratamente» (FRANCISCO, Exhort. Ap. Evangelii gaudium (24 de noviembre de 2013), 278).

Instauremos un estilo de obras y de presencias pequeñas y humildes como el evangélico grano de mostaza (cfr. Mt 13,31-32), en el que brille sin fronteras la intensidad del signo: la palabra valiente, la fraternidad feliz, la escucha de la voz débil, la memoria de la casa de Dios entre los hombres.

Es necesario cultivar «una mirada contemplativa, esto es, una mirada de fe que descubra al Dios que habita en sus hogares, en sus calles, en sus plazas. La presencia de Dios acompaña las búsquedas sinceras que personas y grupos realizan para encontrar apoyo y sentido a sus vidas. Él vive entre los ciudadanos promoviendo la solidaridad, la fraternidad, el deseo de bien, de verdad, de justicia. Esa presencia no debe ser fabricada sino descubierta, desvelada» (FRANCISCO, Exhort. Ap. Evangelii gaudium (24 de noviembre de 2013), 71).

La vida consagrada encuentra su fecundidad no sólo en testimoniar el bien, sino en reconocerlo y saberlo indicar, especialmente donde no es normal verlo, en los «no ciudadanos», los «ciudadanos a medias», los «desechos urbanos» (Ibíd., 74), los sin dignidad. Pasar de las palabras de solidaridad a los gestos que acogen y regeneran: la vida consagrada está llamada a dicha verdad (Cfr. Ibíd., 207).

El papa Benedicto ya exhortaba: «os invito a una fe que sepa reconocer la sabiduría de la debilidad. En las alegrías y en las aflicciones del tiempo presente, cuando la dureza y el peso de la cruz se hacen notar, no dudéis de que la kenosis de Cristo es ya victoria pascual.[…] En las sociedades de la eficiencia y del éxito, vuestra vida, caracterizada por la "minoridad" y la debilidad de los pequeños, por la empatía con quienes carecen de voz, se convierte en un evangélico signo

de contradicción» (BENEDICTO XVI, Homilía para la Fiesta de la Presentación del Señor – XVII Jornada Mundial de la vida consagrada, Roma, 2 de febrero de 2013).

Invitamos a volver a la sabiduría evangélica vivida por los pequeños (cfr. Mt 11,25): «Es la alegría que se vive en medio de las pequeñas cosas de la vida cotidiana, como respuesta a la afectuosa invitación de nuestro Padre Dios: Hijo, en la medida de tus posibilidades trátate bien [...] No te prives de pasar un buen día (Eclo 14,11.14). ¡Cuánta ternura paterna se intuye detrás de estas palabras!» (FRANCISCO, Exhort. Ap. Evangelii gaudium (24 de noviembre de 2013), 4).

La actual debilidad de la vida consagrada deriva de haber perdido la alegría de las «pequeñas cosas de la vida» (Ibídem). En el camino de la conversión, los consagrados y las consagradas podrían descubrir que la primera llamada –lo hemos recordado en la carta Alegraos – es la llamada a la alegría como acogida de lo pequeño y búsqueda del bien: «Sólo por hoy seré feliz, en la certeza de que he sido creado para la felicidad, no sólo en el otro mundo, sino también en éste» (JUAN XIII, Decálogo de la serenidad, en Il Giornale dell'anima, LEV, Città del Vaticano 2014, pág. 217).

El papa Francisco nos invita a dejarnos «llevar por el Espíritu, renunciar a calcularlo y controlarlo todo, y permitir que Él nos ilumine, nos guíe, nos oriente, nos impulse hacia donde Él quiera. Él sabe bien lo que hace falta en cada época y en cada momento» (FRANCISCO, Exhort. Ap. Evangelii gaudium (24 de noviembre de 2013), 280).

c) En coro en la statio orante

El horizonte está abierto, mientras estamos invitados a la vigilancia orante que intercede por el mundo.

En ella seguimos vislumbrando pequeños signos que presagian benéfica lluvia sobre nuestra aridez, susurros ligeros de una presencia fiel.

El camino a recorrer para seguir la nube no es siempre fácil; el discernimiento exige a veces largas esperas que cansan; el yugo suave y dulce (cfr. Mt 11,30) puede volverse pesado.

El desierto es también un lugar de soledad, de vacío. Un lugar donde falta todo lo fundamental para vivir: el agua, la vegetación, la compañía de otras personas, el calor de un amigo, incluso la vida misma. Cada uno en el desierto, en silencio y soledad, toca su imagen más auténtica: se mide a sí mismo y al infinito, su fragilidad como grano de arena y la solidez de la roca como misterio de Dios.

Elías, acurrucado sobre sí mismo, aplastado por el dolor y la infidelidad del pueblo, lleva sobre los hombros y en el corazón el sufrimiento y la traición. Él mismo se convierte en oración, súplica orante, entrañas que interceden. A su lado y por él, el chico escruta el cielo, para ver si del mar aparece la señal de respuesta a la promesa de Dios.

Es el paradigma del itinerario espiritual de cada uno, mediante el cual el hombre se convierte realmente en amigo de Dios, instrumento de su plan de salvación divino, y toma conciencia de su vocación y misión para beneficio de todos los débiles de la tierra.

La vida consagrada en el momento presente está llamada a vivir con especial intensidad la statio de la intercesión. Somos conscientes de nuestro límite y de nuestra finitud, mientras nuestro espíritu atraviesa el desierto y la consolación buscando a Dios y los signos de su gracia, tiniebla y luz. En esta statio orante nos jugamos la rebelde obediencia de la profecía de la vida consagrada, que se hace voz de pasión para la humanidad.

« ¿Tú luchas con el Señor por tu pueblo, como Abrahán luchó (cfr. Gn 18, 22-33)? Esa oración valiente de intercesión» (FRANCISCO, Discurso a los párrocos de Roma, Roma, 6 de marzo de 2014).

La capacidad de sentarse en coro hace a los consagrados y las consagradas no profetas solitarios, sino hombres y mujeres de comunión, de escucha común de la Palabra, capaces de elaborar juntos significados y signos nuevos, pensados y construidos incluso en el momento de las persecuciones y del martirio.

Se trata de un camino hacia la comunión de diferencias: signo del Espíritu que sopla en nuestros corazones la pasión para que todos sean uno (Jn 17,21). Así se manifiesta una Iglesia que –sentada a la mesa después de un camino de dudas y de comentarios tristes y sin esperanza – reconoce a su Señor al partir el pan (Lc 24,13-35), revestida de esencialidad evangélica.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN:

De estas tres afirmaciones del Documento ESCRUTAD sacaremos las tres preguntas para la reflexión:

1) «No nos quedemos anclados en la nostalgia de estructuras y costumbres que ya no son cauces de vida en el mundo actual» (FRANCISCO, Exhort. Ap. Evangelii gaudium, 24 de noviembre de 2013, 108). ¿En qué estructuras y costumbres nos estamos quedando anclados los agustinos de América Latina y El Caribe, que se están transformando en pesos que no nos dejan avanzar para dar una respuesta clara desde nuestro carisma a las necesidades del mundo de hoy?
2) «La meta de este camino está marcada por el ritmo del Espíritu, no es una tierra desconocida. Se abren delante de nuestro caminar nuevas fronteras, realidades nuevas, otras culturas, necesidades diversas, suburbios. » Los Agustinos presentes en América Latina y El Caribe ¿Qué tierras estamos habitando: las de nuestras seguridades? y ¿Qué horizontes (nuevas fronteras) se nos ha dado escrutar, se nos presentan por delante?
3) "No nos sirve una «simple administración», es más bien necesario «caminar detrás del pueblo para ayudar a los rezagados y, sobre todo, porque el rebaño mismo tiene su olfato para encontrar nuevos caminos»." (Cfr. FRANCISCO, Exhort. Ap. Evangelii gaudium, 24 de noviembre de 2013, 25, 31). ¿La vida religiosa de nuestras circunscripciones la intenta mover "una simple administración" o nos estamos dejando llevar por el Espíritu del Evangelio de Cristo que se manifiesta en el olfato del rebaño que es capaz de encontrar nuevos caminos?

PARA LA LECTURA PERSONAL:
TEMA 3:
(APÉNDICE)

Nota.- Presento a continuación dos temas Agustinianos, muy relacionados con el Tema 3, de los Ejercicios 2016; los cuales pueden ser usados por los hermanos, en una mañana o en una tarde de desierto, para la reflexión personal.

1.-PERFIL MORAL DEL HOMBRE AGUSTINIANO
-Utopía Que Buscamos Encarnar-
El Agustino está llamado a ser:
1. UN HOMBRE INTERIORIZADO.
Consciente de que "Dios y las realidades del Espíritu
han de buscarse más y más, a partir de cada encuentro" (De Trin. XV, 2, 2),
vive en proceso permanente de autoformación y crecimiento,
y en búsqueda incesante de la verdad acerca de sí mismo,
del hombre, del mundo y de Dios,
desde la propia interioridad y conocimiento de sí mismo.

Ubicado en su propio momento histórico,
permanece atento a las llamadas e interpelaciones del Espíritu,
discernidas, en la soledad y el silencio del corazón,
y confrontadas con la Palabra de Dios.

Habituado al autocuestionamiento, la reflexión, el estudio y la oración,
ha hecho de Dios el referente Absoluto de todo su vivir,
y su mirada interior vislumbra su presencia y su proceso salvador
en los acontecimientos de la historia,
en las situaciones concretas de grupos y personas
y en la realidad cotidiana de la convivencia y la acción.

De este modo, no se deja afectar por las apariencias de las cosas,
ni por la inmediatez de los acontecimientos,
ni por las etiquetaciones discriminatorias de personas,
porque su mirada alcanza al misterio profundo que todo está revelando,
entrando así en relación de compromiso fraterno con toda la humanidad.

Sabe valorar y estimular a cada persona, en sus particulares dones y logros,
al tiempo que se hace consciencia, cuestionamiento, crítica y apremio,
para impulsar a cada cual a dar lo mejor de sí mismo,
en la misma medida en que previamente lo ha hecho con su propia persona,
apasionado siempre por lo auténtico, lo verdadero, lo noble y lo justo.

2. UN HOMBRE LIBRE Y CORRESPONSABLE
El cultivo de su interioridad le ha conducido a la conquistade su propia libertad interior y de su propia consistencia personal.

Ama, pero sin apegos ni dependencias emotivas.
Da y se entrega, pero sin exigir nada a cambio.
Permanece brindando benevolencia, aun cuando no es correspondido.
Sigue siendo auténtico, aun rodeado de inautenticidades.
Denuncia con entereza toda inhumanidad, porque, no amarrado a nada,
nada tiene que perder.

Ha asumido decididamente el protagonismo y autoderminación
de su propia vida y vocación,
y su opción por lo mejor va siempre muy por delante
de normas, leyes, ritos y costumbres. Avanza, por ello,
no coaccionado por la ley, sino "libre bajo el impulso de la gracia" (Regla, 8, 48).

Brota su libertad de su profundo amor al hombre y a la vida.
Y, por ello, es solidario, acogedor, servicial y corresponsable.
Amante de la libertad de las propias opciones,
quiere, busca, estimula y defiende
la libre autodeterminación de cada persona humana.
Por eso es profundamente humano:
Sensible para el sufrimiento y opresión de la injusticia;
intolerante con la mala voluntad,
condescendiente con la debilidad,
animador de los que decaen o se rezagan,
amable corrector de los que se desvían.
Consciente de la fragilidad de su propia condición humana,
"nada de lo humano puede serle indiferente" (Carta 155).

Es respetuoso de toda honesta conciencia, y ecuménico;
Comprensivo con el error, pero alérgico a la incoherencia.
Es, en definitiva, un hombre bueno, porque es interiormente libre (Conf. I, 12,9),
y es libre, porque es bueno.

3. UN HOMBRE COMUNITARIO.
Ligado por una cordial amistad a cada uno de sus hermanos,
vive un profundo sentido de pertenencia, aun cuando está ausente,
o trabaja lejos de su comunidad.
Disfruta con la convivencia fraterna,
y él mismo es gestor de comunidad, aun con los nada comunitarios.

Es sencillo y sin complicaciones en la relación,
austero y nada exigente en su vida personal,
generoso en la colaboración,
comunicativo y receptivo en el diálogo.
Dispuesto a enseñar humilde y desinteresadamente lo que sabe,
está siempre abierto a aprender de todos, aun de los más humildes.

Centrado en Dios, y consistente y libre en su interior,
ha adquirido un perfecto señorío de sí mismo
para manejarse sabidamente en el conflicto y las situaciones problemáticas.
Amante de la unidad y la concordia,
es respetuoso de las diversidades,
valora a cada cual según su propio don, su propia gracia, su propio secreto;
es conciliador en las confrontaciones,
fácil para el perdón, y humilde para reconocer sus deficiencias.

Su autenticidad interior irradia espontáneamente
la alegría de su propia vocación,
y la riqueza de la fraternidad vivida en comunidad,
en todos aquellos con que se relaciona.
Su vida es, por ello, anuncio y testimonio
de la fraternidad que Dios quiere instaurar entre los hombres.

4. UN HOMBRE ENTREGADO AL SERVICIO EVANGELIZADOR.

Consciente de que la Comunidad Agustiniana,
de acuerdo al espíritu y praxis de Agustín y a su espíritu fundacional,
es una "Fraternidad Apostólica" (Const. 4 y 39),
y, por ello, una comunidad para la misión,
asume generosamente el servicio evangelizador entre los hombres,
en equilibrada armonía entre el "ocio santo" de la contemplación y vida comunitaria,
y la "acción justa" del servicio pastoral (C. de Dios,19, 19).

Desde su propia vivencia agustiniana,
es gestor de diálogo, comunión y participación entre los hombres,
educa para la libertad responsable y solidaria de cada persona,
y suscita en todos un sano y equilibrado espíritu crítico y de discernimiento.
Su palabra y su vida son escuela de humanismo,
y sabe orientar las miradas hacia el misterio interior
que todos y todo revelan, más allá de las apariencias, los comportamientos,
los signos y las impresiones inmediatas.

Enamorado de la gran Causa del Reino,
vive en comunión con su pueblo;
inculturado en sus valores, religiosidad, sabiduría, anhelos, sufrimientos y esperanzas,
descubriendo y dinamizando en cada persona, en cada grupo,
su particular proceso salvador,
evangelizándolo y dejándose evangelizar por él.

Conoce profundamente la realidad del mundo en que vive,
juzgándola desde su propia opción cristiana,
y en ella se inserta para transformarla con los valores del Reino.
Más que con su movimiento, actividad y organizaciones
evangeliza con su testimonio y calidad personal,

con su contacto humano,
con su experiencia de Dios,
vividas previamente en la fraternidad comunitaria.

Sensible y solidario especialmente con los pobres,
los enfermos y los miembros más dolientes de la familia humana,
ve en ellos un privilegiado "lugar teológico" de su propio encuentro con Dios,
y a ellos dirige en prioritariamente su amor, fidelidad y servicio,
en la sintonía y dinamismo del amor de Dios.

Allí donde se encuentra, eleva las miradas hacia Dios,
con su testimonio y su palabra,
y aporta, de continuo, aliento, vida y esperanza
allí donde los seres humanos viven marcados por la marginación,
la pobreza, la opresión, la violencia, la desesperanza y la muerte.

2. NUESTRA "FUERZA FERMENTO" EN LA SOCIEDAD DE HOY Y DE MAÑANA

Somos una Corporación vieja en años, y los años desgastan. Salvo un empeño colectivo y solidario por un auténtico rejuvenecimiento. Y este rejuvenecimiento implica adecuar nuestras respuestas a las preguntas que el mundo de hoy y de mañana nos plantea.

Nuestro Capítulo General 1989 quiso asumir decididamente lo que puede considerarse el Gran Reto en "la marcha cambiante de los tiempos, que nos enfrenta a condiciones históricas inéditas"; la cuestión de futuro de la Orden: "LOS AGUSTINOS HACIA EL 2000".

A este fin, quiso comprometer a todos los niveles y miembros de la Orden en la tarea y responsabilidad de "elaborar un análisis y diagnóstico de la realidad de la Orden"(n.75), y de aportar respuestas a los desafíos del presente y próximo futuro. Llegaron a la Curia 189 informes: 141 de comunidades, 13 de individuos y 35 de consejos provinciales, viceprovinciales o vicariales. Con estos aportes, el Capítulo General Intermedio Septiembre 92, re-abordó el tema y concretó un documento.

Tanto el Capítulo General Ordinario, como el Intermedio, nos apremian a una triple mirada:

1. Mirada hacia el futuro:

No podemos darnos el lujo de ser inmediatistas: reducir nuestro interés a los interrogantes y problemas del momento, y que los que vengan detrás que se las arreglen. El inmediatismo es egoísta: sólo se interesa por lo que afecta personal o grupalmente, dentro de los límites de la propia existencia, y sin seria preocupación por el alcance de nuestra siembra actual de cara a las generaciones venideras.

Hay actitudes, modos de vida, estructuras religiosas, apostólicas y comunitarias, que pueden tener un largo y respetable pasado, pero que carecen de futuro. Y es preciso tener el coraje de rediseñar nuestra vida y misión en función del futuro, más bien que pretender mantener el pasado a toda costa:

"Cada día que trascurre, se acentúa la urgencia de abandonar posiciones de retaguardia y conformismo, para hacer frente con audacia a la llamada de la historia... De ello depende aun nuestra supervivencia... Mañana puede ser tarde"(Cap. Gen., 6).

"El Capítulo ha dicho que "nuevas fronteras" no significa únicamente nuevos lugares geográficos (esto es simple emigración), sino también nuevos campos de trabajo, nueva mentalidad en el ministerio, nuevas actitudes, o nueva visión eclesial, que a veces falta. "Nuevas fronteras" son, por ejemplo, la colaboración con los laicos, la atención a los medios de comunicación social, a los marginados o a la familia, la valorización de la Iglesia local y de las culturas. "Nuevas fronteras" son también la reestructuración de las circunscripciones de la Orden y la mayor dedicación a las relaciones interpersonales en las comunidades. Mientras el Capítulo se felicita por la labor realizada por la Curia en este campo, se lamenta, sin embargo, de que en muchos casos las Provincias no se atreven a correr el riesgo de abandonar lo que tienen, o no se siente preparadas para nuevos proyectos, o bien las nuevas iniciativas son dejadas en mano de los individuos" (Cap.Gen.Int.I,1).

Hoy estamos sembrando, para bien o para mal, lo que será el mañana de cada Provincia y de la Orden. Desentendernos de ese mañana es una imperdonable irresponsabilidad. "El número decreciente de hermanos y su elevado promedio de edad" sigue sugiriendo el Capítulo ,es por sí sólo, un hecho que no augura un futuro muy optimista, si no despertamos.

Es cierto que los que pasamos de "los 50" y más aun los que han dejado atrás "los 60", nos encontramos evolutivamente en la etapa de la quietud y de la estabilidad, y nuestros huesos no están ya para demasiados zarandeos! Y deben comprenderlo los más jóvenes. Pero no es mucho pedirnos un esfuerzo generoso de apertura y, si no hacemos, permitir, apoyar, animar y estimular el vanguardismo de los jóvenes. Nuestro más fehaciente gesto de sabiduría es saber entregar protagonismos en favor de las nuevas generaciones. La Orden está dando ejemplo de ello, dando paso a Superiores Generales jóvenes, en los últimos períodos.

Sabemos que la experiencia la propia es maestra de la vida. No nos cerremos, por sistema, a que las nuevas generaciones experimenten nuevos rumbos, nuevos proyectos: y a que aprendan sobre la marcha, incluso con tropezones y, aun a veces, estrellamientos. Porque, con frecuencia, aprendemos más y mejor de los errores que de los aciertos. No hay riesgo más peligroso que pretender evitar, a toda costa, todo riesgo.

2. Mirada al Mundo y a la marcha de la historia.

Tampoco podemos tomarnos el lujo de limitarnos a vivir mirando al cielo: anclados en una religiosidad rutinaria y repetitiva del pasado, y al margen del tren de la historia. Somos portadores de un Mensaje de cara al mundo. Y éste presenta sensibilidades, interrogantes, desafíos nuevos, que están reclamando respuestas nuevas. Y corremos el riesgo de estar brindando viejas respuestas a interrogantes que ya nadie nos plantea; en tanto nos mantenemos sordos a las preguntas que el presente nos está lanzando.

Entre éstas, cita el documento del Capítulo:
Las nuevas fronteras geográficas y teológicas de la Iglesia, que tocan las mismas raíces de nuestra propia organización (Cap. G.O., proemio).

El avance del secularismo materialista, al tiempo que el ansia creciente y profunda de trascendencia y de valores, que den sentido a la propia vida (Id.p.6).

El reto de los pobres: ricos cada día más ricos, a costa de multitudes de pobres cada vez más pobres (Id.p.7).

Los pueblos que luchan por afirmar su propia identidad cultura religión (id. p.7).

Los intentos por construir la solidaridad y llegar a un nuevo orden internacional más justo, donde sea posible la vida para todos, y donde todos se sientan corresponsables.

Los movimientos internacionales en defensa de la vida, de los derechos humanos y de la Naturaleza (Id.p. 7).

La irrupción de los laicos en la vida y misión de la Iglesia (Id.p.21).

El reto de los jóvenes, con nuevas sensibilidades inquietudes idealismos, que exigen, vocacionalmente, nuevas respuestas y planteamientos diferentes (Id.p.18).

"Hasta nuestra propia supervivencia va a depender de la actitud contemplativa y de la capacidad de riesgo que tengamos, para descubrir a Dios, allí donde se encuentra Conf.10, acoger las interpelaciones que nos hace desde el sufrimiento y la esperanza del mundo de hoy. Mañana puede ser tarde"(Id. p.6). "Una proyección de futuro hacia el año 2000, puede hacerse sólo partiendo de una realidad bien concreta"(id.p.15).

El Mensaje Evangélico, que pretendemos vivir y trasmitir, tiene indiscutiblemente elementos inmutables, que es preciso conservar; pero encarnados en elementos variables, que es apremiante trascender. Así lo afirma Agustín, a propósito de las conductas éticas (Conf.III,7,13; y 9,17; De Bono Matr.15,17): los grandes principios no cambian, pero su encarnación y aplicación varían según los tiempos, lugares y circunstancias. Esto exige una gran flexibilidad y renovada creatividad frente a los cambios, como afirma el mismo Agustín, citado por el documento capitular (Cap. G.I, p.50):
"No es verdad lo que se dice, que una cosa bien hecha una vez, no puede ser cambiada en modo alguno. Varían las condiciones del tiempo. La misma recta norma exige que se cambie lo que con anterioridad estaba bien hecho, de tal manera que, mientras ellos dicen que se obraría bien si se cambiase, la verdad proclama, por el contrario, que se haría mal en no cambiar, puesto que ambas cosas estarían bien hechas, teniendo en cuenta que son distintas, ya que distintos son también los tiempos" (Discurso 138,1,4:PL 33,526).

3. Mirada a la Comunidad Agustiniana global

Un tercer lujo que no podemos permitirnos es enclaustrarnos en el ámbito de nuestra realidad comunitaria local, o provincial o viceprovincal. Y menos aún, en nuestra perspectiva personal. Hoy más que nunca se va tornando escasa la influencia de individualidades y grupúsculos, mientras la fuerza está de parte de las grandes colectividades y asociaciones, consistentes y solidarias.

A este nivel, los Agustinos hemos de reconocer honestamente que nuestra jerga en torno a la "Comunidad" se ha quedado, con frecuencia, en mero discurso. Sin él, otras Congregaciones Religiosas han manifestado una mayor consistencia y solidaridad corporativas y, por ende, un peso mayor en la historia.

Nuestro futuro depende, en gran parte, de nuestra solidaridad y consistencia como Comunidad global; de nuestro sentido corporativo, rompiendo guetos y tendiendo puentes entre islas. Es, por lo demás, signo de los tiempos: los nacionalismos cerrados tienen cada vez menos futuro, en tanto crece el sentido de fraternidad humana universal, y de sociedad sin fronteras, de acuerdo al principio de Terencio, asumido por Agustín: "Hombre soy, y nada de lo humano puede serme indiferente".

En las últimas décadas, se han venido propiciando, en la Orden, encuentros de diverso tipo, entre las diversas circunscripciones, a nivel regional, continental e internacional. Para muchos estos encuentros son una pérdida de tiempo y de dinero, guiados quizá por un criterio positivista, que pretende contabilizar frutos inmediatos. Sin embargo, son sin duda el medio más eficiente para ir desarrollando un sentido corporativo más real; una solidaridad efectiva mayor; una capacidad de proyectos comunes más amplia y una identidad agustiniana más definida.

ORACIÓN POR LA REVITALIZACIÓN DE LOS AGUSTINOS EN AMERICA LATINA

Padre Bueno, ayúdanos a convertirnos comunitariamente.
Haz de nosotros, los Agustinos de América Latina,
una sola familia al servicio de tu Pueblo.
Danos tu Espíritu de Comunión y participación
para convertirnos en hermanos entre nosotros,
y con todos los hombres y mujeres,
allí donde vivimos como discípulos y trabajamos como misioneros.

Jesús, Hijo amado del Padre, que viviste entre los pobres
amando y sirviendo a todos los hombres:
ayúdanos a convertirnos pastoralmente,
a renunciar a ejercer nuestro ministerio como una instancia de poder,
para ejercerlo con amor, como un servicio a los hermanos.

Jesús, Buen Pastor, Tú eres nuestro único modelo.
Que celebremos los sacramentos para promover la vida;
ayúdanos a consultar a todos los que trabajan
pastoralmente con nosotros,
y mediante la reflexión de tu Palabra,
a consultarte a Ti en nuestro interior, donde Tú eres el Maestro,
para que con la colaboración de todos, llegue tu Reino a la tierra,
para nuestra salvación y la del mundo entero.

Espíritu Santo, ayúdanos en nuestra conversión personal,
a ser dóciles a tus inspiraciones.
Recuérdanos siempre la Palabra de Jesús y el rostro amoroso del Padre;
arregla en nosotros lo que está mal;
realiza en nosotros lo que no podemos;
infunde en nosotros el celo apostólico que le diste a San Agustín;
danos la perseverancia inquebrantable que le regalaste a Mónica;
auxílianos en la tentación y ayúdanos a liberarnos del mal en todo momento.

María, Señora de América Latina,
Madre de la Consolación y Madre del Buen Consejo,
intercede por nosotros ante Jesús
para que todos tengamos Vida y Vida en abundancia;
para que llegue a nuestras parroquias,
misiones, colegios y lugares de trabajo apostólico,
la Vida Nueva, la Vida Feliz, la Vida Plena y Eterna
que nos viene por tu Hijo Jesucristo. Amén.